

Historias
de familia, de Bolívar y demás.

Oscar Alfredo Gallo

Correctora: Claudia Ané.

|

*A la memoria de nuestros antecesores.
A mis nietos, Francisco, Helena, Lucas,
Prieto, Nina, Pedro e Inés.*

Agradecimientos

En treinta años que llevo realizando este trabajo, he leído de todo, muchas veces sin hacer anotaciones porque, en principio no era la intención escribir un libro y menos, publicarlo.

En las primeras épocas, me alentaba mi hija Virginia. Al final me dio algunos retoques y me ayudó a concretar la impresión del libro.

De los libros sobre Bolívar, creo haber leído la mayoría, están comentados en la escritura, entre ellos, el de Felipe Martínez Pérez, muy útil porque tiene la cronología del desarrollo de Bolívar más el aporte de algunos datos que yo no había registrado.

Muchas de las fotos pertenecen a “Caza fantasmas Bolívar” creada por Adrián Ituarte, una página web con muy buen tino donde mucha gente manda fotos históricas de la vida de Bolívar. A Santos Vega, que me dio un gran aliciente para transformar mi historia en libro, más algunos datos del Archivo Histórico Municipal y sus conocimientos.

A los familiares que me aportaron datos y fotos. Algunos leyeron el trabajo preliminar y me dieron el consentimiento para publicarlos. A Claudia Ané por su paciente corrección.

A Beba Real y a Julio Fal, quienes tuvieron la amabilidad de leerlo y hacerme algunas sugerencias.

Contenido

Prólogo	11
Los Gallo Lamaita (comenzamos a principios del S XIX)	15
¡María, ese marido, no! Batalla de San Carlos	23
El amigo Chirino	31
Todo era presente, no había historias para contar, estaba naciendo San Carlos de Bolívar	39
La larga búsqueda <i>della città</i> de Doménico	43
“Ahora sí, ¡María, que no se escape!”	51
Las famosas glándulas mamarias de Juana	55
El bendito ferrocarril	59
Las 48 horas decisivas	65
Una esquina equidistante con historia, transitada por las familias	69
Y llegó el “día D”	75
“Más nervioso y excitado que el día del casamiento”	79
“ <i>Andiamo pa’ Bolívar</i> ”	83
El tarifario de Francisco	85
¡Al fin llegaron los Gallo Lamaita a buen puerto!	87
Primeras salidas al pueblo	89
“¡Ay, Amalio!”	93
Primer casamiento Gallo Lamaita-Ané	97
El maldito ciclón	103
Bolívar, desamparado... ¡Dios, se quedó sin casa!	111
Otras yuntas de bueyes muy queridas	115
La esquina de los dos Jesús	121

Algunas apreciaciones históricas sobre el desarrollo productivo y comercial de Bolívar	125
La administración del municipio en sus inicios	135
Las romerías en el Prado Español y una de nuestras historias de amor: la de mi abuela González Rubio	141
El baile de las pulgas	153
La abuela Irene se casa	155
“¡Ay, Francisco!”	159
Los martes: día de las damas bolivarenses en el cine Select ..	163
La mudanza de la abuela Irene	167
La lechería	169
Nuestros años trágicos	173
Uno se va y otro llega	175
Despedida y último acompañamiento	177
Años después	179
Los Real Rodríguez	183
Azares y más azares	187
Fuimos a la casa de Domíz	191
Al igual que los tanos, los gallegos comienzan a subirse a los barcos	199
¡Y partió el último barco de Vigo, venían los tres Real Rodríguez restantes!	203
Descubriendo América	207
De a poco se va juntando la tropilla	211
A Antonio le tocó la peor parte	219
Andrés construye su panadería en Bolívar	221
Mamá se queda sin altar	223
Inconmensurable suerte	229

Prólogo

Desde el inexorable olvido, voy a tratar de recordar a nuestros queridos antepasados reconocibles por si alguien, alguna vez, pregunta por ellos.

Los recuerdos atávicos ayudan a visualizar cómo construimos nuestra identidad, a su vez, dan una sensación de continuidad familiar a través del tiempo.

En la primera parte, hay historias y vivencias de Bolívar, inclusive, con acontecimientos que refieren a momentos previos a su fundación.

Marguerite Yourcenar decía: “cuando uno ama la vida, ama el pasado, porque es el presente que ha sobrevivido a la memoria humana”.

La escritura tiene la impronta de estar dirigida a mis nietos, ante la cada vez más cierta posibilidad de que yo no esté para contarles o ya no me acuerde.

Incorporo historias, principalmente del país que, en gran medida, influenciaron sobre la llegada y la formación de nuestras familias.

Eduardo Mallea, 80 años atrás, decía: “si nos interesáramos por la historia de nuestro país, por nuestros orígenes, sería como una ayuda memoria, veríamos los aciertos y equivocaciones que hemos cometido, de las cosas que hemos perdido, podríamos hacer un inventario de lo que hay que corregir para no seguir siempre repitiendo los mismos errores como hasta ahora.

La indiferencia hacia la lectura, al estudio, al conocimiento domina el país”. Mallea nos increpa como sociedad, nos da una pauta de nuestro subdesarrollo y de nuestra increíble imposibilidad de poder cambiar.

Me hubiera gustado leer algo sobre la vida de mis bisabuelos italianos Doménico Gallo y María Lamaita, o sobre mi abuela española Casilda Rodríguez y de su esposo, José Magín Real.

La evolución de nuestros antecesores concuerda con el incipiente desarrollo de Argentina, que por entonces ocupaba aproximadamente un tercio del territorio actual, además del nacimiento y la posterior evolución de nuestro Bolívar que se refleja en los relatos a través de los años.

Sumado a ello, añado los acontecimientos que transcurren en los países de origen, algunos tan determinantes que obligaron a aquellos europeos a que se subieran a los barcos y comenzaran la incierta travesía hacia lo desconocido en busca de un futuro mejor.

Después de muchos años de investigar, les cuento lo que pude averiguar e interpretar sobre los antepasados de nuestras familias italianas y españolas: los Gallo, los Lamaita, los Desco, los Comparata, más los Real, los Rodríguez, los Delgado, los Álvarez y los González Rubio de mi abuela paterna Irene.

Alguno de los hechos que narro fueron vividos y otros, compilados y transmitidos de boca en boca. He podido recuperarlos realizando investigaciones, publicaciones, viajes, registros y azares durante treinta años, con algunas intermitencias.

Todas las personas que aparecen son reales: el encuentro entre ellas y los hechos que se relatan muchos fueron confirmados, otros, si bien no lo están, podrían haber ocurrido; en las historias como en la vida misma el azar es impredecible.

Historias es la primera foto familiar de un álbum que comencé a armar ahora que tengo más tiempo libre y antes de que la memoria me conduzca por otros caminos.

Decía Erri De Luca: “Los recuerdos surgen de improvisto. No soy el propietario de mis memorias, no puedo elegir los recuerdos. Cuando aparece alguno, trato de escribirlo para hacerlo dudar”. En mi caso, pretendo recuperar parte de las historias olvidadas.

El álbum, como comenté, no está direccionado precisamente a las fotos, sino a pensamientos y a reflexiones, a relatos que coleccioné como producto de la curiosidad, de las ganas de saber algo más sobre el porqué y el cómo de las historias.

“Todo aquello que ignoramos, que no aprendemos, no existe para nosotros, el universo de nuestras vidas se reduce solo a nuestro saber”, decía Einstein.

Nuestros ojos ven solo lo que nuestras mentes están preparadas para comprender, lo demás es invisible.

Encontrarás mucho de mi opinión sobre nuestra historia, tómalas como una más. Con el tiempo, he comprobado que todo puede ser relativo, no hay una única verdad.

Si bien la mayoría de los hechos que relata la historia del país han existido, la verdad histórica y los porqués resultan muy difíciles de saber, aún hoy se sigue reescribiendo con diferentes ópticas.

De adulto, leyendo sobre nuestra historia y sobre los protagonistas que nos enseñaron en los colegios, me he llevado muchas sorpresas por las omisiones o enfoques de los mismos.

A partir de los hechos originales, las nuevas generaciones tienen la oportunidad de repensarlos. Fundamentalmente, tiene que ver cómo o con qué los relacionamos, los objetivos, sumándoles el paso de los años o de los siglos, más la mentalidad e ideología del escritor y su contexto.

Recuerdo haber leído una frase que aplica a esto: “a veces, las leyendas son más grandes que las verdades”.

Abonando sobre la relatividad de las cosas, en mi precario y deficitario amateurismo sobre las historias que vas a leer, si hubiera terminado esta carta abierta algunas décadas atrás, posiblemente no estarían presentes algunos de los temas históricos, o serían otros.

Estas historias estaban terminadas en el 2018, solo agregué algunos datos que fueron surgiendo.

La vida es un largo, lindo y, a veces, doloroso aprendizaje que comprendemos mejor avanzados los años.

Ingmar Bergman decía: “en la vejez, la mirada es más libre, y la vista, más amplia y serena”.

En ocasiones, vas a tener que lidiar con la anarquía del relato por sobre algo más armónico con temas complementarios que van surgiendo de las historias, en la mayoría de los casos, tratan de poner en contexto el relato familiar y, en otros, lo exceden entusiasmado por las historias.

En definitiva, como decía Discépolo en Cambalache: “igual que en la vidriera irrespetuosa de los cambalaches se ha mezclá'o la vida” y las historias”.

De cualquier manera, como todo álbum familiar, los fotógrafos somos totalmente amateurs, por eso, no importa tanto si algunas fotografías están fuera de foco, si les falta luz o se repiten. El objetivo principal es lo que puedas percibir a través de ellas.

De eso se trata.

Los Gallo Lamaita (comenzamos a principios del S. XIX)

Me tocó vivir medio siglo en la modernidad sólida, como diría Sigmund Bauman, caracterizada entre otras cosas y por lo general por un único trabajo del padre de familia sostenido durante toda su vida laboral. Ello implica el arraigo a un mismo lugar, a las costumbres, a las culturas estables heredadas de generación en generación.

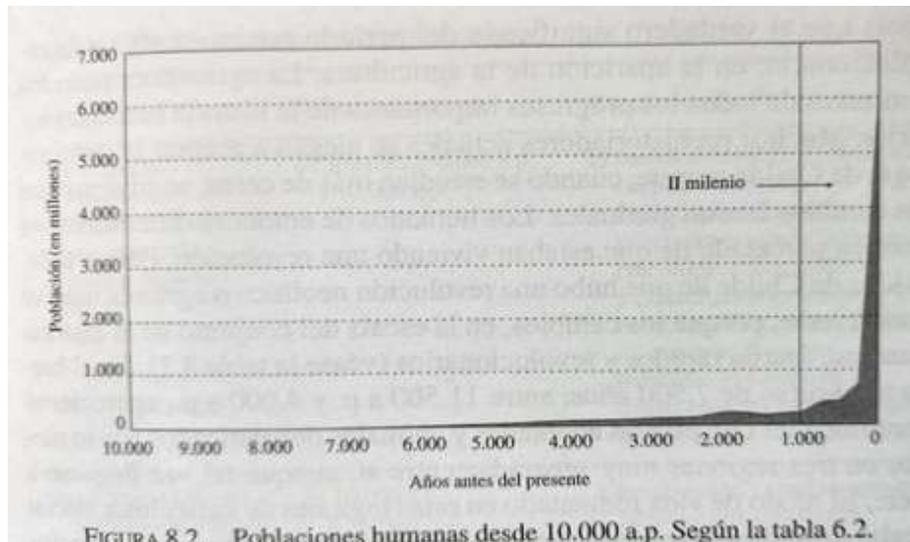
En la primera década de vida, tan importante para la futura formación, uno es una esponja e incorpora todo lo que ve, independientemente de su importancia. Nuestro mundo físico no pasaba de los cien metros a la redonda y el intelectual, a un par de metros. Dependíamos de los adultos que, por lo común, tenían solo los primeros grados de la escuela primaria.

Nuestra infancia estaba muy influenciada por nuestros padres, inclusive, como dijo Napoleón, desde veinte años antes, con la formación de ellos.

Nací cuando éramos 2500 millones de habitantes en el mundo, prácticamente, sin medios de comunicación, solo existía la radio, que no siempre se escuchaba bien y los diarios que los chicos no leíamos. Ahora somos más de 8000 millones y, a fin de siglo seremos 11 200 millones, globalizados, online, con grandes avances en la ciencia, en la tecnología, pero corriendo grandes riesgos la salud de la Tierra.

Sobre este tema, antes de seguir, les comento una preocupación. David Christian transcribe en su libro Mapas del Tiempo, un comentario de Carlos Cipolla, al ver el diagrama que refleja el reciente crecimiento de la población mundial: “en una perspectiva de largo alcance, un biólogo dijo que daba la impresión de estar viendo la curva de crecimiento de una población microbiana en un organismo repentinamente afectado por una enfermedad infecciosa”.

Hay un gráfico muy alarmante que lo demuestra.



En el gráfico, el 0 equivale al año 2000 y a. p. quiere decir, años antes del presente.

Transcribiendo el año 2100 y siguiendo el gráfico, se agrega solamente 1/10 de un milenio (para agregar esos 100 años), según el eje de los años.

Para el otro eje se estima que habrá más de 11 200 millones de habitantes en el año 2100, y si lo transcribimos al grafico anterior, asusta. ¡Al eje horizontal de los años hay que agregarle 1,8 milímetros y el vertical de la población, la sombra negra aumentaría 114 milímetros! Realmente parece una infección microbiana.

Si trasladamos esa infección a una persona, parecería tener treinta y nueve grados de fiebre y sin grandes esperanzas de cura. En este caso específico, el Homo sapiens es el “bacilo” apoderándose del “cuerpo”, la Tierra, en este caso infinitamente con más reservas que el humano.

El “Homo sapiens bacilo” ha adquirido capacidad sin precedentes para usar los recursos del “cuerpo Tierra” para su propio beneficio, en detrimento de los otros seres vivos.

Toda enfermedad que no se trata termina con el paciente. Siguiendo con nuestra historia, todo ese comentario sobre la mo-

1

derinidad sólida me ha dado tiempo y material para interpretar e imaginar la cultura, las formas de vida de mis antepasados a fines del siglo XIX y a principios del siglo XX, que trataré de reseñar.

En 1819 nacía, en la Italia gobernada por los austríacos, mi tatarabuelo paterno Francesco Gallo. Mientras, del “otro lado del charco”, San Martín marchaba con su ejército desde Chile camino a liberar Perú.

Al año siguiente, en 1820, hubo dos nacimientos importantes en Italia: el futuro primer Rey de Italia, su unificador, Víctor Emanuel II y el de María Comparata, con un solo título, nuestra tatarabuela, pero más importante que el de rey.

María y Francesco representaron la condición necesaria para que, por ejemplo, hoy, prácticamente dos siglos después, puedan existir nuestros nietos Francisco, Helena, Lucas, Pietro, Nina, Pedrito e Inés.

Mientras en Italia María Comparata se asomaba a la vida, en Buenos Aires, se despedía de la vida otro hijo de italiano, Manuel Belgrano.

En la misma época, mis otros tatarabuelos italianos fueron Pietro Lamaita y Paulina Desco.

Nuestros antecesores mencionados, Francesco Gallo, María Comparata, Pietro Lamaita y Paulina Desco nacieron cuando concluía la Revolución Industrial: el conjunto de transformaciones económicas, tecnológicas y sociales más grande que la humanidad haya visto.

Sus padres, de los cuales no tengo referencia, habían nacido a fines del siglo XVIII en Italia, cuando todavía no existía la Argentina como país.

De la unión de Paulina y Pietro nació, en 1844, mi bisabuela María Lamaita, una mujer de gran relevancia en nuestras vidas y de la que hablaré más adelante.

También, por ese entonces, posiblemente el más famoso compatriota suyo, Giuseppe Garibaldi, andaba por Uruguay peleando contra Rosas.

En 1848 y retomando el relato de la familia, María Comparata paría a mi bisabuelo paterno Doménico Gallo.

Esos dos últimos nacimientos, Doménico Gallo y María Lamaita, fueron los valientes y osados italianos que se animaron a subir a los barcos para iniciar una parte de nuestra familia en Argentina.

A los dos: ¡tante grazie!

La otra parte, medio siglo después, la completaron los Real Rodríguez, de Galicia y los González Rubio de Lugo.

A ellos, adelante las ¡¡grazas!!

Generalmente, cuando intentamos relatar sus partidas, no comprendemos en su medida el estado de desesperanza, de indigencia de las familias inmigrantes que se desmembraban para recomenzar en un país lejano, totalmente distinto, a veces con otro idioma, con otra idiosincrasia.

A fines del siglo XIX se desarrollaban las luchas por la unificación de Italia. Sus líderes eran los ya mencionados Garibaldi, Víctor Emanuele II y Cavour, quienes combatieron, según pasaban los años, contra Austria, Francia, Sicilia y Estados Pontificios hasta su unificación en 1870.

En esa década María primero, y Doménico después, decidieron emigrar.

El panorama de su amada Italia era desolador: alrededor de 600 mil muertes por desnutrición, malaria, guerras y falta de trabajo.

Según cuentan algunos historiadores, los dueños del capital y de la tierra, en vez de invertir en producir y generar trabajo y alimentos, solo estaban interesados en comprar más tierras.

Tan grande era la emigración en Italia que el gobierno, en 1873, trató de impedirla, sobre todo, porque aumentaban los costos de la mano de obra ante la falta de gente. De todas maneras, los italianos emigraban ilegalmente.

Entre 1876 y 1900 se contabilizaron más de 220 mil ciudadanos que salieron del país por año. Otras cifras aluden a que desde 1900 hasta 1915 fueron más de 8 millones los que dejaron el país.

En 1868, con mucha dificultad y sin pertenecer a ninguno de los tres grandes partidos políticos, Sarmiento fue elegido presidente. Al asumir, preparó un censo para ver el estado del país, un hecho imprescindible e impensado por esa época.

Al año siguiente, en 1869, se realizó el primer censo nacional que, a pesar de las fallas lógicas, brindó números concretos que alarmaron: de los 1 800 000 habitantes, el 75 % de los niños eran analfabetos, no iban a la escuela y, además, el 75 % de la población era pobre. Con esos números, en su primer discurso, dijo Sarmiento: “Señores, ministros, mi primera política de Estado para un siglo es escuelas, escuelas, escuelas”.

Otros datos interesantes de la época: se censaron 1047 curanderos y 458 médicos; se anotaron solamente 1117 africanos.

Ampliando sobre las tantas tragedias de los sufridos africanos, se estima que fueron enviados 60 millones a América y llegaron con vida solo 12 millones.

Florece el rubro de la prostitución: el censo estimó unas 4000 personas involucradas.

En 1852, cuando Rosas fue vencido en la batalla de Caseros, había cerca de 20 escuelas en el país y cuando terminó la presidencia de Sarmiento, se habían multiplicado hasta 1120; la Argentina quería estar dentro de la civilización.

Decía Álvaro Martínez: “lograda la independencia nacional y consolidada la unión de las provincias bajo la férrea hegemonía de Rosas, la Nación madura ya para la práctica de la libertad y bajo el influjo de las instituciones liberales y democráticas que se van dando un año después de su caída, a partir del año 1853”.

Promediando la presidencia de Sarmiento, transcurría el año 1870, era abril cuando llegó al puerto de Buenos Aires desde Italia nuestro primer eslabón italiano, María Lamaita junto con sus padres, Pietro Lamaita y Paulina Desco.

Para que ellos cruzaran el océano y vinieran para estos pagos, previamente Argentina había comenzado las grandes transformaciones económicas y políticas ofreciendo infinitas tierras vírgenes para trabajar.

Unos años después, previo a la llegada de María, con el beneficio de una coyuntura internacional favorable, Sarmiento encaró grandes transformaciones acelerando el desarrollo del país. Aumentó notablemente la inmigración, favoreció alianzas beneficiosas para la producción y la economía con capitales y con tecno-

logía inglesa en la construcción del ferrocarril. El telégrafo y el correo representaron, también, los grandes factores del progreso.

Estos gobernantes visionarios de mediados del siglo XIX e inclusive unas pocas décadas más adelante en el siglo XX, motorizaron la gran inmigración de muchas partes del mundo, dando origen a la historia de nuestras familias europeas.

Con la llegada de los Lamaita-Desco ajenos a lo que ocurría en el país, y con tres meses de vida, el diario La Nación escribía sobre la convulsionada Entre Ríos, antes el asesinato de Urquiza vencedor de la batalla de Caseros. Urquiza, anteriormente, el 1 de mayo de 1853 había promulgado la fundamental Constitución Argentina gracias a los trabajos de Juan Bautista Alberdi.

Con respecto al apellido de Pietro, no tengo la seguridad de que originalmente haya sido Lamaita o Maita; también podía haber sido LaMaita o Lamaida.

Su partida de defunción donde participa la familia y amistades figura Lamaita, pero en el casamiento de su hija Rosa aparece solo como Maita. El apellido Lamaita es más conocido en la región de Campaña de donde era Doménico, sobre todo en Salerno, mientras que Maita es más común en Breccia y algo más frecuente en Sicilia. En el pueblo donde nació Doménico, hay un monumento a los caídos en la Segunda Guerra Mundial en cuya nómina figuran varios apellidos Gallo, otros Lamaida y Tropiano que aparecen en la historia familiar.

Un alto porcentaje de la emigración del pueblo donde nació Doménico y también de sus alrededores fueron a vivir a Lobos; posiblemente nuestra María Lamaita fuera de esa zona, otros se radicaron en Temperley, Roque Pérez y Florida, en Uruguay.

Mientras tanto, no muy lejos de Lobos, se estaba peleando cuerpo a cuerpo por la colonización de los territorios para la incipiente Argentina.

Alsina, por ejemplo, terminaba su infructuosa zanja de 374 Km para defenderse de los ataques del nativo, entre el sur de Córdoba y el norte de Bahía Blanca.

Como decía anteriormente, nuestros primeros antepasados de los que tengo referencia nacieron al final de la Revolución In-

dustrial, mientras algunos de sus descendientes vivieron en plena colonización de lo que sería la futura Argentina.

Cuando María Lamaita llegó a Lobos con sus padres, Doménico, nuestro futuro príncipe valiente, estaba a más de 12 000 Km, seguramente no imaginaba que se iría de Italia, posiblemente no sabía adónde quedaba Argentina, mucho menos, Lobos, donde realmente lo necesitábamos.

¡Cuántos azares vamos a necesitar para que se encuentren!

Como referencia, mamá llegó cincuenta años después, desde Galicia. Ella contaba que cuando con sus hermanos subieron al barco que los traería desde Vigo no tenían idea de dónde estaba Argentina, solo creían que “era cerca”.

Esto nos da idea de las condiciones en las que arribaron: su precariedad, su ignorancia, su pobreza, en definitiva, la fragilidad de sus vidas que contrarrestaba con las ganas que tenían de comer, de trabajar y de progresar.

Luchaban día a día por la subsistencia, no había tiempo para enfermarse. Recién en 1928, el británico Alexander Fleming descubrió accidentalmente los antibióticos; llevaría años implementarlos en la población mundial.

Siempre se buscan los orígenes en antepasados varones porque son quienes tienen el beneficio de poner el apellido a las descendencias. He tratado de buscar en todos los antepasados, pero con la mirada inclinada hacia las mujeres que, por lo general, son las que más tiempo se dedican a la crianza de los hijos.

¡María, ese marido, no! Batalla de San Carlos

Veamos el derrotero de nuestra primera adelantada, María Lamaita.

Al segundo año de estar en Lobos, según cuentan, María ya se había adaptado a la nueva vida.

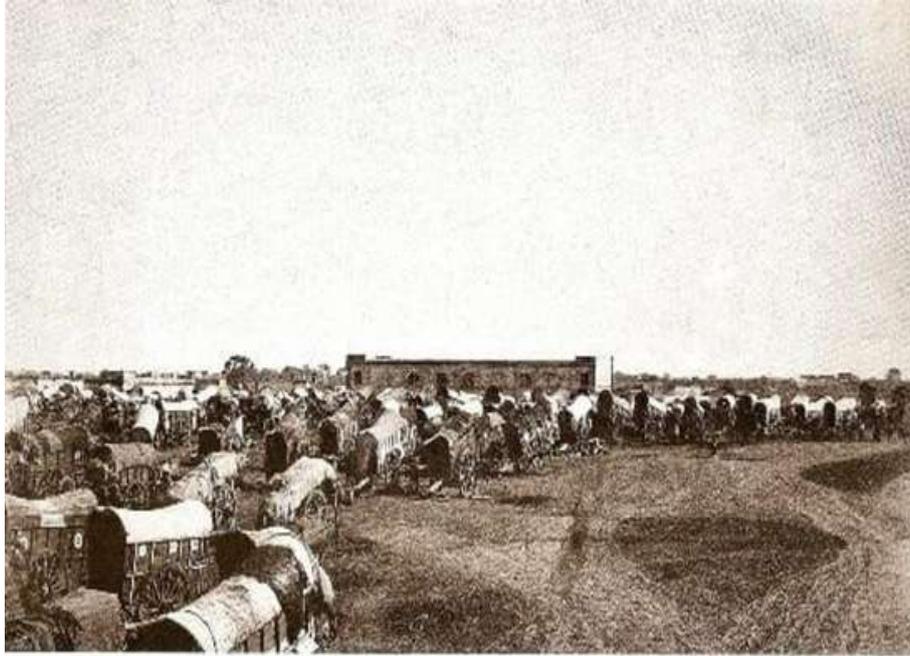
Aunque de baja estatura, con buena alimentación, había confor-
mado una buena figura.

En las polvorientas calles de Lobos, no tardó mucho tiempo en enamorarse del que iba a ser su esposo, Nuncio Tropicano. Ambos permanecían totalmente ajenos a los acontecimientos que estaban produciéndose 250 Km al sur que, con el tiempo, serían tan importantes para María.

En esta época, se estaba librando la batalla final contra los mapuches araucanos, en las inmediaciones del fortín San Carlos (de gran significado para la conquista y desarrollo no solo de Bolívar, sino también de los territorios que formaron el nuevo y definitivo sur de Argentina).

Decía Estanislao Zeballos sobre los fortines (como nuestro San Carlos): “Es este el momento primitivo de la conquista de los territorios argentinos, es como el Eger romano, como el pucarará quechua, como la Estación de las naciones europeas, la base de aldeas, pueblos, ciudades y ya que en el desierto no hay piedras, lo hacemos de tierra vegetal, diré que son el adobe fundamental de la civilización de la comarca donde se levanta por vez primera”.

Con los años, el territorio que luego se convertiría en el partido de Bolívar representó un lugar estratégico en el camino a las Salinas Grandes (descubierto por el nativo Pedro Belachichi, en busca de la tan requerida sal, a partir de 1740).



Descanso de los caballos y bueyes a la vera de una laguna, en el camino desde la zona de Mercedes a las Salinas Grandes, que emulaban a las películas de cowboys de mi niñez.

Para tener una idea de la magnitud de las expediciones, en 1778, en tiempos del virrey Vertiz, una de las travesías en su paso por lo que sería el partido de Bolívar, estaba compuesta por 600 carretas, 12 mil bueyes y 600 caballos, asistidos por 1000 hombres, además de 400 soldados, todos a cargo de un maestro de campo.

Las primeras carretas de España vinieron con los caballos. Antes de la llegada de los españoles, en estos pagos, los nativos no disponían de otro medio de locomoción que sus piernas, eran nómades, andariegos.

Dice el historiador Álvaro Martínez¹: “eran tribus surgidas recién del estadio superior del salvajismo (logrando apenas el fogón primigenio y el utensilio de piedra), dan un gran salto en su evolución al enhorquetarse en el equino foráneo, que las desplaza rápidamente por los llanos, les permite determinar la existencia de las lagunas y el camino más recto entre dos aguadas”.

¹ Martínez, Álvaro. (1939). Orígenes de San Carlos de Bolívar, Buenos Aires, Thor.

Luego concluye: “el trillo de los jinetes y los rebaños que una y otra vez se repite sobre el mismo recorrido va poco a poco matando la maciega, hasta dar lugar a la rastrillada primitiva, la marca de la uña de ganado durante todo el siglo XVII.

Las rastilladas iban lo más recto posible buscando agua y leña”.

En estos territorios, se encontraban las lagunas Las Encadenadas, El Tordillo y la Cabeza del Buey, muy frecuentadas tanto por nativos como por los colonizadores. No había, prácticamente, árboles para leña; se usaban cardones y alguna osamenta.

Unos siglos atrás los nativos habían comenzado la lucha que, con el tiempo, se hizo desigual por la precariedad y poco desarrollo de los nativos descendientes de los posibles primeros colonizadores de América. Una de las teorías dice que llegaron por el norte, alrededor de 15 000 años atrás, posiblemente con preponderancia de ascendencia mongólica.

Los nuevos colonizadores europeos que habían arribado a fines del siglo XV por barco venían con el desarrollo de una Europa extremadamente superior.

El caballo, los burros, las posteriores mulas y los bovinos fueron los revolucionarios nuevos aportes que trajeron los colonizadores españoles en 1493 y que cambiaría en parte la forma de vida en la extensa América.

Aquí, los esperaban los futuros colonizadores, los cowboys en el norte del continente, arriba de sus caballos, con sus revólveres, sus escopetas, inmortalizados en sus películas, donde “los malos” siempre eran los nativos. En el sur, los nativos se subieron por primera vez a los caballos (hasta ese momento andaban de a pie) y nuestros gauchos también, a lo largo y a lo ancho del continente.

Como decía A. Martínez, tenían sólo “el fogón primigenio y el utensilio de piedra”, recién comenzaban a conocer los caballos, las vacas, más las temibles armas que habían traído los europeos. Siguiendo con nuestra historia, María llevaban dos años en Lobos, ya “noviando” con Nuncio.

Mientras tanto, en su futura región, el 5 de marzo de 1872, el cacique araucano Calfucurá que unas décadas atrás había venido

del otro lado de la cordillera, iniciaba la mayor invasión conocida hasta ese momento sobre la provincia de Buenos Aires, para lo cual había reunido 6000 aborígenes.

Allá, en medio de la nada, cerca de nuestro Fortín San Carlos, el ejército argentino al mando del uruguayo de Paysandú, el General Ignacio Rivas, los enfrentó con algo menos de 800 criollos y aproximadamente 1000 nativos. Para este gran triunfo, hubo un trabajo inteligente del Estado y del Ejército argentino sobre los nativos. Además, algunos caciques se incorporaron con el compromiso de recibir tierras, alimento y poder territorial. Como resultado de la batalla de San Carlos, el Ejército Argentino obtuvo el triunfo con el 16 % de criollos argentinos, sobre un total de 5000 personas que participaron en ella.

Seis años después, los nativos se enfrentaron nuevamente al Ejército Argentino, cada vez en peores condiciones de logística, ahora por el control definitivo del sur, en la etapa más conquistadora de Argentina.

El escenario donde se desarrolló el combate de San Carlos fue declarado lugar histórico mediante el Decreto N. ° 2478 del 13 de julio de 1943.

Sobre nuestro fortín: “los coroneles Czetz y Boerr el 20 de noviembre de 1869 elegían el lugar donde construirlo, conocido como Pichicarhué (significa “pequeño lugar estratégico”), que fue denominado San Carlos”.

No está aclarado aún de dónde proviene la denominación de “San Carlos” que, con los años, se convirtió en el nombre de nuestra ciudad.

Según algunos historiadores, vendría por el segundo nombre del coronel Juan Carlos Boerr; otros dicen que fue un homenaje al hijo recién nacido del coronel, también llamado Carlos y, por último, según otros, como recuerdo al valor del joven Carlos Mayer.

La planta inicial de San Carlos era cuadrada, de 25 metros por lado. La rodeaba un gran contrafoso rectangular de 110 metros de largo por casi 60 metros de ancho en cuyo interior se encontraban el patio del fortín y el potrero para la caballada, de 30 metros por 20 metros.

Dos ranchos en forma de cabaña, contruidos de tacuaras con techos de junco, servían para alojar al personal. Disponía, además, de un pequeño cañón emplazado sobre un terraplén. En 1872, se repararon los ranchos y se reconstruyeron los reductos defensivos”.

“En 1876, el teniente coronel Marcelino Freyre, jefe de la Frontera Oeste, informó que en “San Carlos”, comandancia de la línea izquierda, se habían hecho 5 jagüeles, suficientes para abastecer de agua a toda la división que concurría allí con frecuencia por ser el punto de mayor importancia de la frontera desde el punto de vista estratégico. La finalidad principal de “San Carlos” era la vigilancia de un lugar de una enorme importancia estratégica, pues permitía controlar el camino a Salinas Grandes y había sido utilizado por los indios como aguada y punto de descanso en sus periódicas invasiones.

En los años 1871 y 1872 se hallaba a cargo de la comandancia el teniente primero Bartolomé Robles y era residencia del comandante de la línea, sargento mayor graduado Santos Plaza. El fortín se construyó a 100 metros de una laguna de agua salada sobre la orilla este al abrigo de un anfiteatro de médanos y a 800 metros del camino a Salinas Grandes”.²

Para tener una idea de la precariedad del ejército argentino en su avance colonizador, la siguiente imagen muestra la maqueta confeccionada con datos reales por el Museo Municipal Florentino Ameghino (coordinadora Aldana Lora; staff, Laura Bertelli).

² Thill, P. y Puigdomenech, J.A. (20 03). Guardias, fuertes y fortines de la frontera sur. Historia, antecedentes ubicación catastral. Editorial Servicio Histórico del Ejército, Ejército Argentino.



Maqueta

Hay que imaginar cómo vivían en el fuerte 30 hombres y 100 caballos, poco antes de la batalla de San Carlos. Esta batalla fue de suma importancia para el futuro de Argentina porque Calfucurá se retiraba derrotado hacia las Salinas Grandes y al año siguiente, el 3 de junio, moría.



Monolito que conmemora la batalla de San Carlos, en el paraje “Los cuatro vientos”.

Al poco tiempo, el 2 de marzo de 1878, aproximadamente a 17 kilómetros al sur del Fortín San Carlos, en consecuencia, fue fundada con el mismo nombre nuestra ciudad, cabecera del partido de Bolívar.

El Fortín estaba a 2100 metros del monolito, hacia el Norte por la ruta 65 y luego 890 metros perpendicular hacia el Este. La Batalla de San Carlos se desarrolló a 2500 m al Noroeste del Fortín, posiblemente del otro lado de la ruta 65, a unos 1500 metros.

Quiero recordar al Cacique Andrés Raninqueo (1816-1884), ya que él y su tribu fueron unos de los primeros habitantes del norte del actual partido de Bolívar.

Comentaba Eduardo Márquez Llanos: “en 1869, el gobierno de la provincia les donó 16 mil hectáreas fraccionadas por cabeza de familia. En su zona, fundaron el pueblo La Verde, con escuela, capilla y comisaría, lo más cerca de la futura San Carlos.

Fue un cacique inteligente y práctico, amigo de los gobiernos patrios, se instaló cerca de la Laguna Verde.

Paradójicamente, sus tierras, donadas por el gobierno a él y a su familia, pasaron a los hijos de Adolfo Alsina en 1878. Dos años más tarde, el cacique las reclamó como propias. El juicio se prolongó demasiado y ni el cacique ni su familia pudieron disfrutar de esas posesiones. Pasaron los años, algunos de sus descendientes aún viven en Bolívar, en definitiva, la historia se repite, no recibieron las tierras.

Aunque sea como consuelo, ni a Colón le dieron tierras en su América descubierta, solo títulos nobiliarios y un buen pasar para la época.

Estoy muy de acuerdo con la reivindicación de Raninqueo y su familia, lo que no entiendo es por qué no lo hicieron en la Plaza Alsina, siendo que fueron los Alsina los que se quedaron con sus tierras, y sí en cambio en la Plaza Roca cuando ambos personajes pertenecían al mismo ejército argentino y eran aliados.

Cuando la vida de Raninqueo se estaba esfumando en Carhué, en 1878, dentro de las filas del ejército argentino, el coronel Julio A. Roca iniciaba la Conquista del Desierto.

Algunos dicen que el nombre propuesto a nuestro partido, Bolívar, fue por el doctor Herrera Vega, quien tenía campos en la zona y era sobrino-nieto, por parte de madre, de Simón Bolívar. Consta en actas de la cámara de diputados y senadores donde se discutieron los nombres.

Finalmente, resultó: San Carlos, a la ciudad y Bolívar, al partido.

Retomando nuestra historia familiar, un hecho trascendente ocurrió al año siguiente, en 1873: con 28 años, se casó María Lamaita con el también italiano Nuncio Tropiano, en Lobos.

En esa época y con sus años, apremiaba el tiempo para el principal objetivo de la mujer: casarse y tener hijos; la expectativa de vida y el éxito en los partos era significativamente menor.

Todo se había encaminado para bien, María estaba conociendo una precaria felicidad, recompensada por tanto sufrimiento. Pero, así como se estaban dando los acontecimientos y con Doménico todavía en Italia, nosotros no teníamos la posibilidad de existir. Necesitábamos infinita suerte y mayores azares.

María tenía marido, estaba tratando de formar una familia, había comida y trabajo. Posiblemente, había dejado de extrañar, en parte, a su Italia.

El amigo Chirino

En el mediodía del 30 de abril del 1874 ocurrió un acontecimiento inusual que María, luego, comentaría a sus hijos.

Hay que tener en cuenta que los relatos de María tenían traducción “casera” de familiares que no sabían italiano, así que posiblemente haya algunas diferencias. Esta es la traducción:

“Mientras caminaba apaciblemente por la plaza del centro, en dirección a su casa, luego de ir a la modista, María vio aproximadamente una docena de policías armados en situación de disparar, entrando sigilosamente al burdel del pueblo, “La Estrella”.

Como era de esperar, la presunta asustadiza, caminó apresuradamente hacia su casa. Al llegar, le comentó a Nuncio lo que había visto; dejaron el almuerzo a medias y se encaminaron rápidamente hacia la plaza.

Mientras lo hacían, el nerviosismo iba in crescendo, comentaba María, máxime, al escuchar unos tiros que retumbaban en medio del silencioso pueblo. Temerosa, por un instante quiso volverse, pero Nuncio y su curiosidad la convencieron de seguir.

La gente asustada se asomaba tímidamente desde las puertas y ventanas de sus casas; sólo pocos valientes se animaban a seguirlos.

Después de caminar las tres cuadras, llegaron a la plaza, el miedo hacia más intenso el silencio.

María hacía cálculos, no estaba segura si había escuchado diez o doce tiros.

Al llegar al extremo opuesto de la plaza, se detuvieron, si bien no sabían qué hacer, estaban decididos a continuar. Tomados de la mano, siguieron avanzando con más precaución, entre los árboles. La curiosidad los convertía cada vez más en inconscientes, sabían que en cualquier momento podía comenzar nuevamente el tiroteo.

En un par de minutos, cuando se encontraban cerca del burdel, vieron a dos hombres que salían corriendo en dirección a ellos

Instintivamente, se escondieron detrás de un árbol, casi sin respirar, tomados de las transpiradas manos.

Escuchaban cada vez más cerca el sonido crujiente de las hojas ante cada zancada desesperada de los fugitivos.

Ya no había nada que hacer. Los sonidos se incorporaban cada vez con mayor intensidad, la agitada respiración y los gemidos de los fugitivos mostraban su temor por la llegada de una bala mortal.

En esos segundos que siguieron, María no sabía por qué, pero todo se ralentizaba, los segundos parecían una eternidad. Habían desaparecido todos los sonidos y ella estaba pálida, próxima a desmayarse.

En ese estado y en menos de un segundo eterno, como si se hubiera detenido el tiempo, cruzó aterradoras miradas con uno de los fugitivos cuando pasaba en el aire entre dos zancadas. Por un instante, estaban ellos dos solos, ninguno podía hacer nada, solo las miradas, el asombro, el miedo, el azar o la suerte determinarían el desenlace.

Un tirón del brazo por parte de Nuncio que casi la hizo caer la volvió violentamente a la realidad; como por instinto, su marido la llevó del otro lado del árbol para que no los vieran.

En esta parte del relato, María movía la cabeza para ambos lados, esbozando una sonrisa por la tontera que habían cometido, al no darse cuenta de que habían quedado al descubierto ante cualquier proyectil de los policías.

Los sonidos de los prófugos habían desaparecido y, con ellos, él pánico de María. Comenzaba a recuperar el desaparecido olfato, ahora sentía el vaho que habían dejado, mezcla de transpiración de varios días, cebo humano y humo que suavizaba, en parte, los olores.

Fue el día de suerte para los fugitivos: los tiros nunca llegaron porque la policía no quiso dar ninguna alerta por miedo a que se le escapara el jefe.

Sin saber qué hacer —todavía aturdidos, pero recompuestos—, después de unos minutos, vieron que se producía un revuelo de milico uniformados en la vereda.

María, según contaba, se le había transformado la cara, “no era ella”; ante la muerte perceptible, ahora ella era quien tomaba fuer-

temente la mano de su marido y lo llevaba hasta la vereda apresuradamente sin medir el peligro.

A través de los años, ante las recurrentes preguntas sobre su actitud, la respuesta de María siempre fue la misma: “no sé qué me pasó”, a la que acompañaba con una leve sonrisa cómplice.

Freud recién tenía veinte años, no existía la posibilidad de hacer una consulta.

En el estado descrito, esta “otra María” en la vereda del prostíbulo, se repreguntaba nuevamente sin mucho sentido, si habían sido más de diez tiros cuando lo importante era cuántos muertos había.

El morbo los hizo acercarse hasta la puerta del burdel justo cuando sacaban un cuerpo sin vida.

María vio que el finado era blanco, casi rosado y que la viruela había dejado marcas en su cara.

Tenía nariz fina, pelo castaño y un largo mentón que hacía mucho no se afeitaba.

No, no lo conocía —se lamentaba—, no había mucho para comentar en el vecindario. Se preguntaba en puntas de pie agarrada al hombro de Nuncio si habría otros, mientras miraba para dentro del burdel.

Al que sí conocieron fue a un policía que venía desde adentro, era de la Capital, se llamaba Andrés Chirino, hacía unos meses que andaba por Lobos y habían entablado una amistad.

Por su estado, veían que había participado en la contienda, caminaba con dificultad con ayuda de otro milico. Con una mano, se tapaba el pómulo y parte del rostro, mientras que la otra, estaba cubierta por un trapo completamente ensangrentado. Estaba irreconocible, agitado, rengueando, muy dolorido, se notaba que se había tuteado con la muerte.

Al vernos, se acercó y con voz nerviosa, entrecortada, pero eufórica, nos dijo: “¡lo mandé a otra vida al Juan Moreira!”.

“Habían pasado unos años del incidente del pobre Moreira, quien había tenido una vida de infortunio desde el momento en que un teniente alcalde, abusando de su poder, había querido quedarse con su mujer”, según el escritor Eduardo Gutiérrez.

La otra historia, según los hechos: vivió en tiempos de las pujas políticas entre los que pretendían la federalización de Buenos Aires y los que sostenían la autonomía.

La violencia aplicada por algunos métodos de hacer política abría el juego a personajes que estaban al margen de la ley y servían de guardaespaldas, para controlar los atrios de las iglesias en jornadas electorales o para cualquier menester en que fuera necesario la fuerza, la coacción o la acción directa. Por momentos al servicio de la gente de Adolfo Alsina y por otros, a sueldo de los seguidores de Bartolomé Mitre, según su conveniencia.

Juan Moreira, de joven, había trabajado en campos de Navarro donde había aprendido el oficio de baqueano. Tenía facilidad para la guitarra e inclinación por apostar a las tabas, a los naipes y a las carreras. Construyó su fama de temerario y de habilidoso con el cuchillo por los campos de Lobos, Navarro, Luján, Las Heras, Saladillo, Cañuelas y 25 de Mayo.

Pasado un tiempo, nuestra pareja recibió una carta de su amigo Andrés y una foto “para que no lo olviden”, con letra bastante ilegible. En ella, les decía que le habían prometido 40 mil pesos por matar a Moreira, pero que nunca le habían pagado.

Ahora, avanzado en edad, sin cuatro dedos y un ojo menos de recuerdo, les contó que para mejorar la jubilación estaba trabajando de portero en Buenos Aires.



Andrés Chirino (fotografía que enviara a María Lamaita y Nuncio Tropiano, publicada en un reportaje en Caras y Caretas, en 1903).

Siguiendo con nuestra historia, luego de tres años, la vida le demostraba a María que la felicidad podía ser efímera. Su querido Nuncio iba a hacerle compañía al Moreira, sólo separados por escasos veinte metros de tierra. La precariedad, la falta de medicina, el azar o las cosas de la vida la transformarían en viuda.

El panorama no podía ser peor: toda la felicidad se había esfumado en un segundo, estaba como decía el refrán, “sola como cuando vino de Italia”, ahora con 30 años y “el pescado sin vender”. No había esperanza ni consuelo para María, el día del entierro llovía afuera y adentro de su casa.

Vaya paradoja de la vida: esa muerte tan sentida por María (diría, también, sentida un poco, por mí) en el futuro, fue una de las innumerables causas y azares de la existencia de toda nuestra familia.

Adelantándome a los acontecimientos para cerrar la historia, después de varias décadas, se volvieron a encontrar nuestro Tropiano con el desdichado Moreira, al cual lo siguieron ultrajando después de muerto.

Cuando retiraron del cementerio varios cuerpos para llevarlos a un osario, ahí aparecieron nuevamente Tropiano y Moreira. El médico E. del Mármol se quedó con el cráneo del ahora más famoso Juan, de las novelas de radio (“Juan Moreira no ha muerto”); con el tiempo se lo regaló al abuelo de Perón.

Pasado algunos años, el cráneo terminó en las manos de su nieto Juan Domingo, quien se entretenía asustando a las mujeres.

Después de varias caídas y de perder algunos dientes, fue entregado al Museo Histórico de Luján.

Siguiendo con nuestra historia, un par de años después, el ejército argentino trataba de colonizar y dar seguridad en la lucha con los nativos. Alsina, en 1876 comenzaba la construcción de la famosa y efímera zanja de 700 km para impedir el paso y robo de los nativos mientras iba construyendo pueblos.

La zanja se iniciaba en Bahía Blanca, pasaba por el oeste de la sierra de la Ventana y por las lagunas Guaminí, Carhué, y Trenque Lauquen hasta la laguna Amarga, y desembocaba en el río Quinto, e incluía las estratégicas bases de Italó y Puán.



Escenografía de parte del puerto de Buenos Aires. A la izquierda, el Hotel de Inmigrantes De la Rotonda en Retiro, construido en 1888, acompañado por los carretones que traían a los pasajeros de los barcos hasta la costa. Con el tiempo, fue demolido para construir la actual estación de Ferrocarril General Mitre.

En una escenografía similar a esta, llegó María Lamaita a Argentina y posiblemente también Doménico. El hotel donde se alojaron estaba ubicado en las actuales avenidas Leandro N. Alem y Corrientes. En 1911, se inauguró el último y definitivo Hotel de Inmigrantes.

Adelantando a los acontecimientos, medio siglo después, llegaron al mismo hotel los otros colonizadores gallegos —Jesús Rodríguez y Ricardo Real— para comenzar en Argentina la otra familia: los Real Rodríguez.



Esperando la comida en el Hotel de los Inmigrantes (publicada en el diario La Nación) por esa época.

Todo era presente, no había historias para contar, estaba naciendo San Carlos de Bolívar.

Comenzaba el año 1878, mientras Doménico se preparaba para venir, María ya era viuda y había vuelto con sus padres.

A dos días de carreta, en la mañana del 30 de enero, los habitantes de 25 de Mayo despedían fraternamente a los expedicionarios que desfilaban por las calles con la misión de fundar un pueblo.

“Eran 20 soldados al mando de Pedro Duval, además de los oficiales Rufino Viera y Tomás Aguerrido, asimilados a la policía, el farmacéutico Ludovico Ressia, el dibujante Francisco Garneri, tres empleados y un ayudante del agrimensor Rafael Hernández, más dos vecinos individualizados como José María Raíz y Juan Maineri.

Con anterioridad, habían salido las carretas que llevaban los mojoneros de ñandubay, quebracho y de hierro”.³

Algunos de esos fundadores, posiblemente, hayan sido vecinos de María Lamaita y de Doménico Gallo, veinte años después en este pueblo de San Carlos.

Después de dos días de carreta, unos 15 kilómetros del fortín San Carlos, en dirección al sudoeste, el agrimensor Rafael Hernández se organizaba para encontrar el mejor lugar.

El 2 de marzo, colocó la primera estaca con su frase célebre, “Bueno, señores, aquí será la Plaza” (con el tiempo, se llamó Alsina), marcando el punto central para la fundación de San Carlos, cabecera del partido de Bolívar. En ese instante, la ciudad comenzaba a construir su historia.

³ Martínez, A. (1939). Orígenes de San Carlos de Bolívar. Buenos Aires. Thor.



Agrimensor Rafael Hernández

Por esos días, la escenografía de lo que sería San Carlos se centraba mayormente a la vera de la laguna Las Acollaradas. No había mucho más que un campamento de carpas o toldos donde dormían el agrimensor con sus empleados.

Algo más diseminados, moraban los primeros adelantados. Si bien habían pasado seis años de la gran batalla, existía un cierto temor por la posible llegada de algún remanente de malón. En el fortín, habían quedado custodiando menos de cinco personas. El lugar estaba cubierto de pajonales, cardones y juncos.

Seis meses estuvieron poniendo estacas para dejar diagramado el pueblo.

A fin de mayo, Rafael Hernández informaba: “tenían 45 000 ladrillos, habían construido 13 ranchos, un horno de ladrillo del señor Laza y 3 hornos de pan.

Había 96 vacas, 210 caballos, 30 ovejas, 71 cerdos, 20 carros y 2 carruajes en el naciente caserío”.

Con el triunfo en los alrededores del Fortín San Carlos, la zona estaba más tranquila, se iba avanzando hacia el sur.

La población alcanzaba a 107 personas: 74 argentinos, 16 españoles, 10 italianos, 5 franceses, 1 griego y 1 de República de Andorra”.⁴

Mientras Rafael Hernández escribía su informe a Buenos Aires, su hermano José, diputado por el partido de Julio A. Roca, comenzaba a escribir la segunda parte del poema gauchesco “La Vuelta del Martín Fierro”, que publicaría al año siguiente.

Por esos días, el delegado de la comisión fundadora Emiliano Arauz le escribe al Juez de Paz de 25 de Mayo, con respecto a la construcción de un edificio para las autoridades.

Para tener una idea de cómo vivían los primeros pobladores, transcribo una de sus cartas: “el edificio se ha mandado a suspender hasta que haya suficiente material para seguirlo”.

Venían en carretas de La Verde, ubicado entre 25 de Mayo y Bolívar.

Seguía la carta de Aráuz “yo tengo una idea, no sé si a Ud. le parecerá bien y es la siguiente: hacer construir con el material que venga una de las piezas más chicas del edificio, mandándome de allí chapa, fierro, tornillos, listones, pues yo no tengo dónde vivir y esto sería muy ventajoso para la población.

P.D. Si le es posible mandarme en los primeros carros que venga, un catre, 2 almohadas y un colchón, se lo agradeceré de sumo agrado”.

Así transcurrían los días y los meses en medio de la nada, unos audaces y decididos hombres querían fundar un pueblo.

Al año siguiente de la fundación, en 1879, comenta A. Martínez: “los primeros bolivarenses habían experimentado el pánico con la aparición de la viruela. Los indios que había traído Alsina de regreso de la expedición al Sud, morían y eran enterrados cerca del actual hospital”.

Don Nicolás Deza, curandero, hacía las veces de doctor atendiendo al público. También asistía a los enfermos Francisco Doll

⁴ Martínez, A., op. cit.

quien era “inteligente en medicina”. Recién en 1883, apareció el primer médico, Francisco Saccardi y, poco después, el doctor José S. Fabrés García, oriundo de Barcelona.

En 1882, se licitaron 300 mil ladrillos para hacer edificios públicos; al año siguiente, otros 60 mil ladrillos para edificar la iglesia en la plaza Mitre y la consabida comisión de señoras para el arreglo del altar y para recibir al cura que venía a dar misa de General Alvear.

Se dictó una ordenanza obligando a blanquear las casas, prohibición de sacar tierra de “las Acollaradas” y de las plantaciones de álamos y sauces en el pueblo.

El cementerio no había sido construido, aunque Hernández había marcado el lugar. Estimo que, al haber poca clientela, no sería prioridad, llevaban los cadáveres a 25 de Mayo.

Dos actas de la Municipalidad dan cuenta del tema:

1- “En la próxima galera, remitiré a ese juzgado los restos del malogrado Juan Vicena, para que, tomando las medidas del caso, se dé la sepultura en ese cementerio. No se los remito en este viaje por no estar el cadáver bien disecado”.

2- “Pongo en conocimiento de Ud. que el individuo que recomendé a Ud. para que le dieran una sepultura gratis, se suspendió la llevada del cuerpo porque no se animó a ir solo”, pienso que hablaría del chofer.

Otra situación precaria era el tema policial.

Aráuz, le comenta en una carta que manda a Lobos, en 1880: “solo tengo un rancho deshecho, indecoroso para calabozo, que sirve de gallinero”.

Silva, tiempo después, a cargo de la policía comunicaba: “de no darle la carne hay que darles licencia para que salgan al campo a agarrar bichos, y esto no es conveniente porque cuando los necesito, no los tengo.

Yo preciso hombres como el sargento Navarro porque debo prevenirle a usted que aquí tengo que luchar con puros ladrones y pícaros, que si me descuido son capaces de prender fuego al pueblo”. Esos eran algunos acontecimientos de la vida diaria en los comienzos del primitivo San Carlos.

La larga búsqueda *della città* de Doménico

Antes de avanzar en el relato, comento el sinuoso derrotero que me llevó, cerca de treinta años, hasta encontrar de dónde había venido Doménico. En definitiva, pude conocer nuestros orígenes que, por lo general, es un tema recurrente entre los hijos o nietos de inmigrantes, después de unas cuantas décadas de vida.

Luego de años de intentar encontrar datos, una noche, estimo que hace más de veinte años atrás, fui expresamente a la casa de Cono Gallo buscando información. Sentí una alegría esperanzadora cuando me comentó que solían salir con mi abuelo y que era de Sala Consilina.

Lamentablemente, influenciado por la historia, también tenía borrada al abuelo, privándome de tener una opinión de él, desde afuera de la familia. Solo buscaba al bisabuelo.

Gracias a Cono Gallo recuperé los relatos, ya que no tenía a ninguno de la familia, ni mi abuela Irene viuda de Francisco (hijo de Doménico, futuro abuelo), ni a sus hijos, los había escuchado hacer alguna referencia, seguramente por el mal trato que habían tenido hacia ellos.

Afortunadamente, Rosa, una hermana de Francisco, de la que hablaremos después y quien se casó con Beltrán Ané, estuvo cerca de sus padres, de los cuales conservó todas sus pertenencias y recuerdos.

Aproximadamente diez años más tarde, viajé a Italia con Silvia, mi esposa. En Sorrento, alquilamos un auto y fuimos con mucha expectativa unos 200 Km. al sur en busca de algún rastro de Doménico en Sala Consilina, provincia de Salerno.

Llegamos a un pueblo muy pintoresco, entre cerros, a 600 metros de altura sobre el nivel del mar.

Con ritmo cansino, la gente un tanto curiosa y amable, al vernos nos ayudó a encontrar el Registro civil y la Iglesia, los dos lugares más antiguos de la ciudad donde antaño se asentaban los nacimientos.

Después de buscar durante toda la mañana, la ansiedad se transformó en frustración: no había rastros de Doménico.

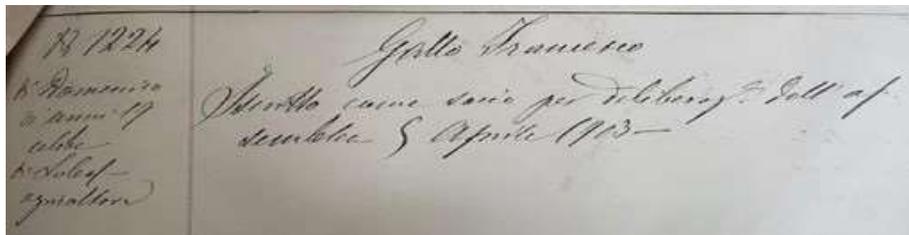
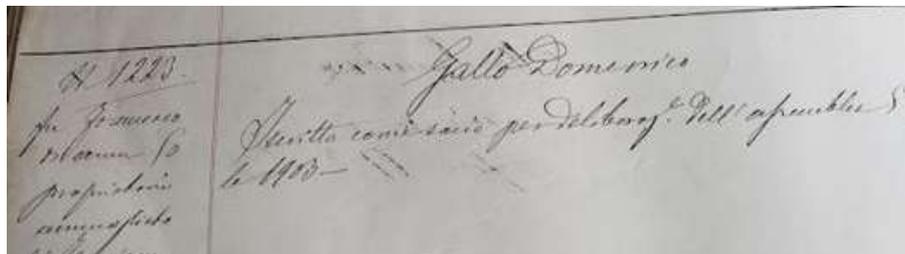
Solamente encontramos que en 1849 había nacido un Francisco Gallo. No era el que buscábamos, posiblemente un familiar, nunca lo sabremos.

Me fui un poco frustrado, me comentaron en el registro civil que tal vez podía haber nacido en algún pueblo cercano.

Pasaron más de quince años del fallido viaje hasta que una noche, en una de las cenas en la Sociedad Italiana, encontré la tan ansiada huella del paso de Doménico.

Como habíamos llegado temprano, me puse a mirar, con alguna expectativa, unos libros muy grandes donde se asentaban los italianos que habían venido a vivir a Bolívar en sus inicios.

Después de más de una hora de leer tantos apellidos, fue muy emocionante ver en el último renglón de una hoja asentada con el N.º 1123 y con letras bastantes ilegibles: “año 1903, Doménico Gallo, natural de Reggianno, 50 años, profesión propietario”, a continuación, con el N.º 1124 su hijo, Francisco Gallo, de 19 años, de profesión agricultore.



En la siguiente hoja, con el N.º 1129 también estaba anotado su otro hijo varón, Antonio, también agricultore.

Como era costumbre, las mujeres no tenían participación.

Después de tanto tiempo de búsqueda, estaba convencido de haber llegado al tan anhelado origen de Doménico.

Preguntando a amigos italianos que viven un poco más al norte, en Como, me dijeron que Reggiano se llama a aquellos que viven en la Reggio Emilia, perteneciente a la Emilia Romana.

Años después, convencido del origen, fuimos nuevamente con Silvia a Italia, en auto, a recorrer esa zona que queda a 26 km de Parma, camino a Módena, unido por la campiña, posiblemente las tierras más fértiles de Italia.

Conservo lindos y ricos recuerdos, acompañados de jamón de Parma y los quesos Parmegiano y Reggiano.

Retomo la búsqueda, ahora han pasado cerca de diez años con Doménico ya “natural de Reggiano”, cuando nuevamente el azar pone las cosas en su lugar.

Fuimos con Silvia a otra cena en la Sociedad Italiana el 7 de julio de 2017 (la fecha de la verdad). Al final de la reunión, pasaron una filmación muy emotiva del 50 aniversario de Bolívar.

Como detalle extra del evento, al final mostraron en una pantalla partes de la transcripción que había hecho Carlos Poffo a un Excel de todos los italianos anotados en ese libro grande, donde yo había encontrado a Doménico, a Francisco y a Antonio. A modo de ejemplo, para mostrar el trabajo, tomaron al azar una parte del trabajo, increíblemente la abrieron en la G. En esa hoja, siguiendo con los grandes azares, ¡estaban parte de los Gallo, incluidos Doménico y sus hijos!

Con esa increíble casualidad, después de treinta años de búsqueda, pude encontrar el origen de Doménico.

Mi sorpresa fue mayor ante la equivocación de una letra en el origen del pueblo de Doménico. Se lo hice notar a Carlitos Poffo, pero no dieron demasiado crédito a mi dato.

Con más tiempo, nos pusimos a cotejar detalladamente. El resultado final fue que la primera letra que yo había visto como una R, en la transcripción, era realmente una T. Esa diferencia de letra lo trasladaba a otra zona, 760 Km más al sur.

Luego de treinta años de búsqueda, llegamos al lugar exacto de nacimiento de Doménico: “dentro del Valle de Diano, en la comuna de Teggiano, provincia de Salerno, región de Campania, con capital en Nápoles”.

Les presento a nuestro Doménico Gallo



Pasaron muchos años, aproximadamente ciento cuarenta, hasta que pude ir a devolverle la visita a los Gallo, en Teggiano.

Quería ver el lugar donde había vivido Doménico y su familia.

Está a 637 metros de altura en medio de un valle fértil de Diano, en una escenografía imponente. Sobre ambos lados, de norte a sur, se encuentran las elevaciones montañosas que enmarcan el valle. Sobre las faldas y en toda la superficie, hay poblaciones o casas similares a las casaquintas, con extensiones muy pequeñas, solo para una huerta.

Mirando de Teggiano hacia el Este, sobre la ladera de la montaña, está muy cerca Sala Consilina. Ahí pude entender lo que me dijo Cono Gallo (Cono es el santo de Teggiano), cuando me decía que los Gallo eran de “Sala”, las localidades están prácticamente unidas a 6 o 7 km con sus campos compartidos. Por eso, cuando fui a Consilina a buscar datos de Doménico, me comentaron que posiblemente sería de un pueblo cercano.

Como muchos pueblos de Europa, si no hay fuente de trabajo, la juventud emigra y quedan semivacíos. Actualmente, en Consilina, viven 1000 personas, hay 13 iglesias (1 cada 77 personas) que dan cuenta de un pueblo y una Italia con historia muy católica. En el valle y pertenecientes a Teggiano, viven unas 4500 personas más.

Compartimos con Silvia un día completo con la gente y recorrimos Consilina. A la tardecita, alrededor de ocho o diez personas iban y venían entre tres o cuatro cuadras, dando la “vuelta al perro”, mientras nosotros charlábamos en un bar con la dueña y unos parroquianos sobre Teggiano, su historia y la vida. Fue una experiencia muy emotiva e inolvidable.



Vista general de Teggiano, Italia.



Vista del Teggiano actual, con parte de su sombra, el valle y, en frente, Sala Consilina.



Una calle de Teggiano, con la estatua de San Cono y adelante Silvia, mi esposa

“Ahora sí, ¡María, que no se escape!”

Transcurría el año 1878, ya en Lobos, cuando Doménico comenzaba a trabajar, según tengo entendido, en el mismo oficio que lo había hecho en Italia: albañil.

La historia, según los comentarios familiares que me llegaron, dice así:

“Un día, el mismo año de su llegada, le ofrecieron la posibilidad de un trabajo: arreglar el techo de una casa que se llovía”.

Al día siguiente, a las 8 horas estaba golpeando la puerta de la casa; al instante, le abrió una mujer un tanto baja, vestida de negro, algo parca, pero amable, comentó el albañil. Sin mediar demasiado, lo hizo pasar para ver el trabajo.

Por la altura de Doménico, no le sobraba mucho espacio al pasar por los marcos de las puertas que tenía la casa, algo precaria, un tanto oscura, con ventanas pequeñas, piso de tierra, olor a humo y paredes con humedad.

Pero lo realmente importante era el techo que, por su estado, se veía que hacía mucho se llovía: el agua bajaba mayormente por dos paredes.

El relato concuerda con los de María, cuando le daba sepultura a su querido Tropiano, un día lluvioso.

Luego de examinar toda la casa y de subir al techo, calculó que debía cambiar tres chapas, algunos tirantes, picar y revocar dos paredes.

Doménico pensó que, como máximo, tardaría una semana y sobre esa estimación pasó el presupuesto. Se notaba que no había un hombre que se ocupara de la casa. Por la vestimenta, dedujo que la señora era viuda.

Al día siguiente, el presupuesto fue aceptado, había sido muy económico (sin considerar la pintura), principalmente porque necesitaba el trabajo.

Doménico contaría, después, que mientras hablaba con ella, se preguntaba cómo sería aquella mujer en otra ocasión, con un vestido claro, el cabello suelto y zapatos con algo de taco.

La semana de trabajo se transformó en veintidós días.

Mientras Doménico trabajaba, María le charlaba en italiano y le enseñaba a tomar mate con algún que otro buñuelo, su especialidad.

Así los días pasaban rápidamente, en largas y amenas charlas, favorecidas por el idioma de ambos, ya que el albañil hablaba muy poco el español.

Los primeros días, el tema recurrente fue el de sus vidas en Italia. Los dos inmigrantes, muy lejos de sus casas, compartían similares vivencias.

Mientras el arreglo del techo avanzaba lentamente, ellos se iban conociendo y los temas se volvían más personales; ambos disfrutaban de una relación incipiente.

María había vuelto a sonreír, apelando a su escaso vestuario, había comenzado a intercalar el negro de su ropa con otro color más claro.

Según dicen, ella comentaría con los años que estaba impactada por la altura, el color rojizo del pelo del albañil, su buen trato, más el agregado de una condición muy especial: su soltería.

Disimuladamente, María había podido deducir, entre tantas charlas, que Doménico no tenía novia. Recordemos el apuro de nuestra heroína, viuda y con 32 años, sabiendo que no era tan fácil conseguir marido.

Ella contaba con algo muy importante a su favor, la mayoría de los inmigrantes eran varones, las mujeres escaseaban y Doménico, en el poco tiempo que llevaba, no había conocido a otra mujer.

Los maliciosos y envidiosos ponían en boca de Doménico: “más vale pájaro en mano, que cien volando”. Desmentimos terminantemente tal difamación sobre nuestros Romeo y Julieta.

Lo único que trascendió fue que, en el sexo, María venía ganando uno a cero a Doménico, aunque alguien comentó, sin confirmación, que había ido un par de veces al burdel La Estrella.

En recompensa por tanto sufrimiento, nuestra heroína había conseguido segundo marido, dos años menor que ella, posiblemente a estrenar.

Se conjeturó con el tiempo que el pobre Nuncio Tropiano no habría sido fértil.

Desde el momento en que se conocieron, ya no se separaron más. El 9 de junio de 1879 se casaron en la Iglesia Nuestra Señora del Carmen, en Lobos: María, con 32 años y Doménico, con 30 años.

En este segundo casamiento, ya había fallecido Pietro, el padre de María. Un nieto nuestro, 138 años después, recuperó su nombre para la familia. ¡Gracias por los servicios, don Pietro Lamaita!, incluido el agradecimiento de su tocayo Pietro Gallo.

Los Lamaita Desco no dejaron asentado en ningún documento de qué lugar de Italia habían venido.

Ahora, María y Doménico formaron la tan anhelada familia.

A partir de 1881, comenzaron los imprescindibles nacimientos de sus cuatro hijos: Francisco, Rosa, Catalina y Antonio.

En San Carlos, ese mismo año y recién a tres de su fundación, los primeros italianos se organizaron formando la Sociedad Italiana de Socorros MutuosI Fior di Maggio, de la cual Doménico y sus hijos serían socios dos décadas después.

Las famosas glándulas mamarias de Juana

Sucedió un acontecimiento curioso que data de cuando la familia vivía en Lobos y cuyo relato minucioso se atribuye a su principal actor, Francisco.

Ocurrió en la mañana del 12 de octubre, hay dudas sobre el año exacto, posiblemente en 1895.

María, luego de llevar a Francisco (por ese entonces, tenía 16 años) a varios curanderos del pueblo por un dolor recurrente en el estómago, como no había conseguido que sanara, terminó por llevarlo al hospital.

El recuerdo de esa mañana para mi futuro abuelo sería imborrable, según dicen, lo contaba orgulloso a todo el mundo.

En la sala de espera había una señora con un bebé de pocos días. Mientras las madres entablaban conversación, Francisco miraba con avidez y de reojo, el cambio de teta de la señora amamantando al bebé.

Como el doctor no llegaba, las madres estuvieron cerca de dos horas charlando.

Se intercambiaron los nombres, Francisco, que a su malestar estomacal le sumaba el aburrimiento, no se olvidaría más el nombre de aquella mujer: Juana Sosa, por asociarlas a su par de inflamadas glándulas mamarias que, dicho sea de paso, eran las primeras que veía.

La señora Juana Sosa le comentó a María que a la mañana temprano había venido a Lobos desde Roque Pérez para traer a control al nene “para ver si era sanito”.



La señora Juana Sosa Toledo, tres años después, con sus dos hijos en un cumpleaños de Mario. A la izquierda, Juan, enojado, ante la atenta mirada de su madre.

Francisco, con el pretexto de seguir mirando y no quedar mal, le preguntó el nombre del bebé: Juan Domingo Sosa, contestó orgullosa la señora que, por fisonomía y por propios comentarios, se le notaba sangre nativa, posiblemente tehuelche.

María se incomodó porque no llevaba el apellido del padre.

Fue ahí que comenzó a desconfiar de la vida de esa mujer y dejó de hablarle por un rato; no le parecía que fuera viuda. Se preguntaba por qué el padre no le habría puesto su apellido y rápidamente concluyó que sería “de malos hábitos”.

La historia de esas dos horas se restablece y continúa medio siglo más tarde, en la memoria de Francisco.

Faltaban pocos años para promediar el siglo XX, también era octubre y los acontecimientos que ocurrían magnificaban la vida de un hombre.

Investigando sobre sus orígenes, consultando bibliografía y atando cabos, Francisco descubrió que el apellido que le faltaba a aquel bebé de la señora Sosa en el hospital de Lobos era Perón. Sus orígenes europeos comenzaban con sus bisabuelos: Ana Hughes McKenzie, británica, nacida en Londres y de Tomás Mario Perón, un genovés, nacido en el Reino de Cerdeña.

Ahora se llamaba Juan Domingo Perón, el apellido de su madre había pasado a segundo plano. Se repite la historia: la madre cría y el padre pone el apellido.

El bendito ferrocarril

Estimo la referencia de llegada a Bolívar de la familia Gallo Lamaita en el último año del siglo XIX o comienzos del XX.

Conjeturando por qué los Gallo Lamaita deciden venirse a Bolívar cuando Doménico tenía 50 años y María 52 (sus hijos: Francisco, 19; Rosa, 18; Antonio, 16; Catalina, 14) una posibilidad puede ser que algún conocido le haya dicho que Bolívar solo c o n t a b a c o n dos décadas de vida, que estaba en el comienzo de su desarrollo donde todo estaba por hacerse. Había más trabajo y los campos eran más baratos, lo que facilitaba su proyecto de comprar.

Posiblemente, al crecer los hijos, en Lobos no encontrarían los medios para generar trabajo y desarrollo para todos.

Un dato no menor, el 1 de Julio de 1898, el primer tren de la línea General Roca partió de Constitución pasando por Lobos, con llegada a Bolívar.

El ferrocarril, cabe destacar, fue el gran motor para el desarrollo de la mayor parte de la Argentina.



La inauguración del Ferrocarril del Sur en 1898, en una estación.

En 1901, el Ferrocarril del Sur tenía un capital invertido de origen inglés de 30 millones de libras esterlinas. El tendido de vías en la provincia, era de algo más de 3700 Km y contaba con alrededor de 12 000 empleados.

El presupuesto de sueldos y el movimiento de fondos eran mayores que toda la provincia (para tener una idea de ambas). Una fundamental asociación virtuosa con los capitales y con la tecnología inglesa más una parte menor de capital propio fue lo que posibilitó el imprescindible desarrollo del país.

En 1870, en los inicios, antes de la llegada de los ingleses, el desarrollo del ferrocarril era muy escaso, solo se extendía a 772 km de vías. Por medio de la inversión de consorcios ingleses, sin medios ni capitales nacionales, a partir de ese momento y hasta en 1940, se llegó a construir cerca de 47 000 km de vías, una de las más extensas a nivel mundial. A través de ellas se trasportaba una gran cantidad de riquezas que se iban generando en la mayor parte extenso territorio del país. Una gran red de vías férreas recorría el espacio pampeano productivo hasta los puertos de Rosario, Paraná, Buenos Aires Bahía Blanca y Quequén.

Esta asociación virtuosa y decisiva, con el ferrocarril, dio lugar a la creación de las estaciones de trenes, a pocas decenas de kilómetros una de otras, representó el punto de partida para el nacimiento de la mayoría de los pueblos, en la inmensa pampa virgen, despoblada. Sin el ferrocarril, no hubieran podido formarse la mayoría de esos pueblos, o su creación hubiera demorado muchas décadas.

A esto se le sumó otro adelanto revolucionario en 1869, en la presidencia de Sarmiento, en el campo de las comunicaciones: el telégrafo. El camino había sido allanado, en parte, por los verdaderos impulsores, el gobernador Alsina y sus ministros Avellaneda, Castro, Mariano Varela y Francisco Madero y, anteriormente, por Mitre y Uruguay.

De un día para el otro, las personas se podían comunicar al instante con otra que estaba a 300 km; teniendo en cuenta que una carreta hacía 20 o 30 km por día, era un gran avance.

La visualización del crecimiento del país aumenta a partir de mediados de siglo XIX y se prolonga un par de décadas del siglo XX, es lo que determina que vengan nuestros antepasados.

Cuando llegan los Gallo a Bolívar por medio del ferrocarril, a principios del siglo XX, como comento en la historia, se estaba produciendo un gran salto productivo en nuestro país, comenzó a llamarse “el granero del mundo”, impulsado por la creación de un modelo agroexportador, principalmente en la presidencia de Julio Argentino Roca.

Producto del gran desarrollo y la política de nuestros gobernantes, a partir 1857 y hasta 1940, llegaron cerca de 7 millones de inmigrantes, en su gran mayoría italianos y españoles, seguido por los franceses, polacos, rusos, turcos, alemanes, austrohúngaros, ingleses (incluidos los irlandeses), portugueses, yugoeslavos, suizos, belgas, daneses, norteamericanos, holandeses, etc. más el mestizaje que se produjo sobre todo con las indefensas nativas, todos ellos construyeron los cimientos de nuestro país.

Para tener una verdadera dimensión del tema, en 1857, cuando comienza la inmigración, la cantidad de habitantes en todo el país era de 1 299 600, mayoritariamente, aumentada por la reproducción de esos 500 mil o 700 mil habitantes del censo de 1810 (población originaria integrada por indígenas, afroamericanos y mestizos de ambos orígenes entre sí, con españoles).

Nuestro incipiente país se estaba construyendo en base a esos millones de inmigrantes europeos que llegaron hasta el año 1940.

Haciendo un resumen con “trazos gruesos” de la situación de nuestro futuro país, heredamos una cultura española incapaz de organizar y desarrollar un país, más bien, tenían una actitud extractiva de las riquezas de los territorios conquistados, sumado a los nativos, que eran mayoría (reflejado en el censo de 1810 visto recién), con una cultura primitiva, fue imposible desarrollarlo.

Con esa situación descripta, un puñado de gente trató de independizarse de la “madre patria”.

Eduardo Mallea decía de esa época: “éramos casi nada, un puñado de hombres criollos, dotados de resolución, una minoría dispuesta a todo, unas familias de mujeres y hombres intrépidos, positivamente inteligentes, dignos, jóvenes”.

Después de medio siglo, comenzaba a definirse una parte decisiva en el futuro de nuestro país.

Ezequiel Adamovsky lo sintetiza así: “la coincidencia plena de Sarmiento y Alberdi, en la incapacidad de la población criolla de desarrollar un país,”.

Por esa época, Juan B. Alberdi proponía “traer los inmigrantes más capaces en Europa, ‘todo lo que reluce no es oro’, hay que buscarlos en Inglaterra, Suiza, Holanda, Bélgica y Alemania por sus actitudes cívicas, más industriales, más aptas para la libertad, generadores de riqueza y progreso. Tomad, en cambio, la gente muy humildes y analfabetas de Nápoles o de Roma y no oiréis más que gritos y blasfemias, es decir una falta completa de respeto”.⁵

Se trataba de “suplantar nuestra actual familia argentina por otra igualmente argentina, con una cultura del norte de Europa”.

Canadá, Estados Unidos y Australia, en la misma época, se nutrieron de esa inmigración como querían Alberdi y Sarmiento.

“El avance del capitalismo, las presiones del mercado internacional y los intereses de la burguesía ganadera local (esas 1000 familias que en las conquistas se quedaron con las grandes extensiones de los campos), los gobernantes de turno, terminaron moldeando la nueva nación, por sobre las iniciativas de las élites político-intelectuales”, comentaba Ezequiel Adamovsky.

Todos los sucesos descriptos durante el primer medio siglo además de la inmigración latina son, principalmente, los sólidos cimientos donde se asienta el subdesarrollo de nuestro país y de toda la América hispánica. Domingo Faustino Sarmiento, desilusionado, con los años exclamó:

“¡Qué chasco nos hemos llevado con la inmigración extranjera!”⁶

A pesar de Alberdi y Sarmiento, entre esas oleadas de inmigrantes, en 1870, llega María Lamaita con sus padres; en 1878, Doménico Gallo y, en el siguiente siglo, en 1904, llega el primer adelantado de la familia española: Jesús Rodríguez, hermano de mi abuela Engracia. Un par de décadas después, comenzaron a llegar los Real Rodríguez y los González Rubio de mi abuela paterna.

⁵ Mayer, J. (1963). Alberdi y su tiempo. Buenos Aires: Eudeba.

⁶ Mayer, J. op.cit.

Abonando la teoría de nuestros dos próceres anteriores, en el año 1931, 60 años después de esa discusión, mi mamá y sus hermanos conocieron por primera vez la luz eléctrica.

Concluyendo las historias anteriores, con los años, los ingleses se desprendían de los amortizados ferrocarriles. El gobierno argentino los estatizó y lo festejó como una victoria sobre el “imperialismo inglés”.

Alrededor del año 1935, el Ministro de Hacienda Federico Pinedo reconoce en el Senado de la Nación haber recibido de las empresas ferroviarias inglesas 10.000 libras esterlinas en forma de pago por un proyecto de nacionalización de los ferrocarriles, para sacárselos de encima (comenta en su libro, Saúl Breyman).

Finalmente, con Perón, tuvieron más suerte.

Luego, ya a cargo de los argentinos y sin inversiones, los ferrocarriles comenzaron un muy acentuado declive que continúa hasta nuestros días. Un ejemplo de ello es que hace años que no llega el tren a Bolívar como a la mayoría de los destinos del país y, los trenes que quedan, están en pésimas condiciones.

Las 48 horas decisivas

Fuente de otro acontecimiento trascendental para nuestra familia, sigue siendo Francisco, el hijo mayor de Doménico y María quien se cuenta habría comentado con lujo de detalles a sus hermanos y parientes una historia como esta:

“Un sábado de enero del año siguiente a la inauguración del tren, Doménico en compañía de Francisco se subieron por primera vez a uno, con destino a la ignota Bolívar en busca de futuros promisorios.

Todo era nuevo para ellos: el viaje, el tren, la estación y el incipiente pueblo arenoso adonde se encaminaban a conocer.

A favor de los italianos, “tanos” en la jerga popular, podemos destacar que eran algo nómades: habiendo salido de Italia, ya no los ataba ningún destino.

Los recibió una tardecita calurosa, aplacada en parte por un moderado viento que mantenía en suspensión algo de arena dificultando la visibilidad hacia sus lagunas al otro extremo del pueblo.

La primera impresión no fue buena. Frente a la estación, en dirección al pueblo, vieron dos grandes terrenos baldíos ocupados por vacas y caballos; en el medio, una descuidada calle espaciosa.

Doménico, con una pequeña valija bastante destartada de cartón duro (la más chica de las que había traído de Teggiano) y Francisco con una bolsa de arpillera, se encaminaron por la calle principal hacia su destino.

Para tener idea de la desorganización y prioridades del pueblo, se necesitaron varios años para sacar todos los animales que vivían en lo que serían las dos plazas frente a la estación, planeadas desde la fundación por Hernández. Con el tiempo, se llamaron Plaza Italia y Plaza España.

Fue un tal Ramón González, según dijo Francisco, quien se encargó de emprolijar las plazas con la condición de que el Municipio le permitiera poner un kiosco.

Siguiendo con el viaje de nuestros ascendientes Gallo, fue el maquinista del tren Juan Desauge (que recorría Constitución-Lobos-Bolívar), quien les había recomendado dormir en la fonda “El

Vizcay”. Allí se encaminaron por esa calle amplia que, más adelante, tuvo un cartelito que decía calle N.º 18. Con los años, se convirtió en “La Fonda” de José Sarraúa y Melitona L. de Sarraúa, fundada en 1880.

Llamativamente, fue cambiando reiteradas veces de dueños para convertirse definitivamente en “La Vizcaína”. Alguno de sus dueños: B. Casariego y Cía., Carlucci De Francesco y Cía., Urrutia y Zugazaga, José Cieza y Enrique C. Maglio, entre otros. Aparte de Doménico y Francisco, en el año 1937, vivió allí por un tiempo el docente Julio Cortázar.

Ya instalados en la fonda, después de tomar unos mates con galleta y fiambre que les había preparado María, cansados por el viaje, se acostaron a dormir.

Al mañana temprano, el canto de un gallo los despertó de un sueño muy liviano; pidieron agua caliente en la Fonda, mientras Francisco cebaba unos mates, Doménico se afeitaba. A la media hora, los dos bien peinados salieron a la calle, ávidos de conocer el pueblo. Era Domingo.

Bolívar, a fines del siglo XIX, no era más que un conjunto de cincuenta ranchos, ahora había unas cuantas casas nuevas, por lo general, modestas.

A los recién llegados les llamaron la atención los importantes comercios que contrastaban con las restantes edificaciones, reflejaban el rápido crecimiento, sobre todo, del campo. Había también una escuela para varones, la Escuela N.º 1.

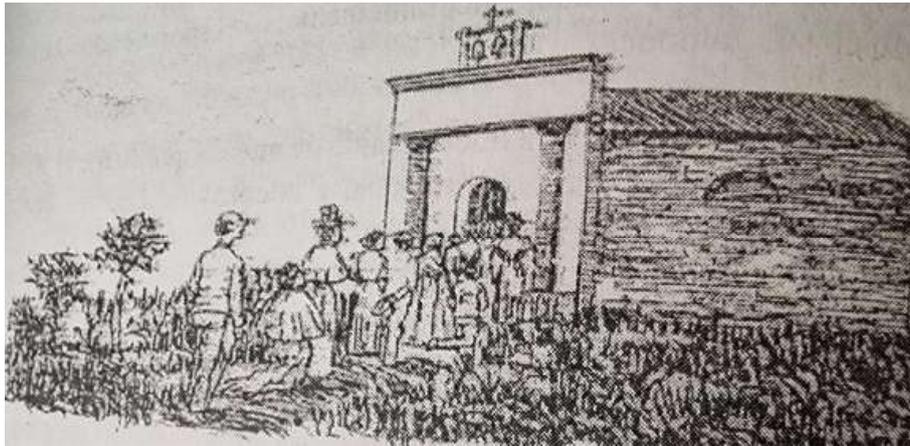
Todo estaba por hacerse. Se asemejaba, en parte, a lo que había pasado en Lobos cuando ellos habían llegado, lo que le permitía a Doménico tener una idea de lo que podía pasar.

Avanzaba enero, el sol se hacía notar.

Doménico y Francisco iban caminando hacia el norte. El silencio del domingo fue interrumpido por el sonido monocorde de un par de campanas. Con sólo cruzar miradas, “enfilaron” para el centro, siguiendo el tañido de las campanas.

Había pasado un par de minutos de las 11 horas cuando llegaron a la plaza; sobresalía por su altura, entre precarias construcciones, la iglesia.

Un dibujo de la época, de Botana, da cuenta de la escenografía exterior de la Iglesia y de los feligreses entrando a misa.



Esta foto reveladora, las encontré décadas después, en Partido de Bolívar Nuestra Historia de Adrián Reguero, publicada inicialmente por Caras y Caretas, en 1902.

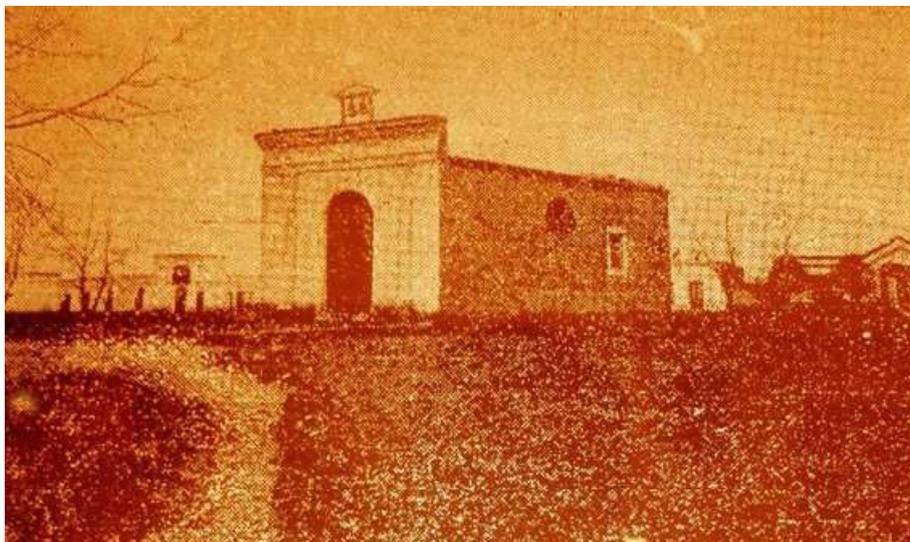


Imagen de la primera Iglesia de Bolívar, futura plaza Mitre. (Partido de Bolívar Nuestra Historia, Caras y Caretas, 1902).

Las críticas de la época decían que la Iglesia nueva se parecía a un “galpón en miniatura, antediluviano”. Tenía dos columnas a la entrada y arriba, dos campanas que coronaban en el centro con una cruz. Construida en el año 1883, según comentaron, con solo 60 mil ladrillos. Avanzado el relato, seguiré con la historia de la Iglesia.

Anteriormente, los parroquianos, concurrían a la “plaza de la Cruz”, que posteriormente se llamó Casimira Barroso (frente al predio de la Sociedad Rural). Con los años, Casimira, la maestra “sin título”, tuvo su reconocimiento.

Cabe recordar que, en el año de la fundación de Bolívar, el primer Instituto de enseñanza oficial fue dirigido por la señorita Irene Echeverría. La aparición de la mujer en la educación, en parte, tuvo que ver con una buena idea de Sarmiento. A partir de 1869, comenzó a traer maestras de Estados Unidos, a crear las escuelas normales que preparaban a las docentes para enseñar en las provincias. Vinieron algo más de 60 docentes hasta el año 1889 en una odisea de meses hasta llegar al país; aprendían el idioma y viajaban durante días en carretas para llegar a las provincias.

Seguramente, a ese gran proyecto le faltó desarrollo para ser más exitoso.

Volviendo a nuestra historia familiar, Doménico ni remotamente iba a imaginar que Rosa, una de sus hijas, en tres años se casaría en esa iglesia.

Por la puerta principal, salía la gente de misa, mayoritariamente madres e hijas que se dejaban ver con primorosos vestidos y tocados cubiertos, en parte, por grandes sombreros, contaban los relatos del pueblo.

Aunque era verano, algunas damas estaban con guantes, comentaba el entusiasta Francisco.

Las primeras impresiones del pueblo seguían siendo un tanto negativas: había casas construidas dentro de la plaza, al lado de la iglesia, gran cantidad de pasto y malezas, calles descuidadas con grandes zanjones, sumado a la arena que aumentaba y volaba cuando pasaba algún gaucho al trote.

No había orden, todo estaba peor que en la plaza frente a la estación donde, por lo menos, no había casas, comentó un Doménico desilusionado.

Una esquina equidistante con historia, transitada por las familias

Al mediodía, para recabar más información sobre el pueblo, Doménico y Francisco fueron a la Fonda de Tasistro (a Francisco se le permitía tomar medio vaso de vino con agua), al sur, por la calle N.º 16 que, con los años, se llamó General Paz, en la intersección de la calle Pellegrini. Doménico, algo contrariado porque no tenían ruda, igual pidió una caña —sobre gustos, no hay nada escrito—, mientras que Francisco tomaba una limonada.

Si bien, previamente habían comido parte de la vianda que les había hecho María, eso no le impedía a Francisco mirar con avidez los humeantes fideos con tuco que comían unos parroquianos.

Las charlas en la fonda se centraban en unas riñas de gallo y, sobre todo, en la carrera de caballos entre el padrillo colorado de Carranza y el oscuro de Romero. Doménico, cuando podía, preguntaba por los campos, el trigo, las vacas...

Sorprendidos, veían que de vez en cuando entraba gente preguntando por el dentista Nazzari Amador.

Antes de irse, se “sacaron la espina”, el dentista atendía en una de las piezas de la fonda; vaya mi angustiada comprensión para sus valientes y sufridos pacientes.

Medio siglo después, me tocó a mí hacer la posta y transitar periódicamente esa esquina.

Las cuatro casas en las que he vivido están a menos de 200 metros, como también la casa de la abuela Irene González y el hotel de la última morada de su esposo Francisco, hijo de María y Doménico, en Las Heras y Roca, antes de terminar en el hospital.

A 180 metros, en la calle Santos Plaza 84 y en una tarde muy calurosa, nacía yo en la cama de mis padres con la ayuda de Agustina, esposa de “el tío Jesús Rodríguez”, como lo llamaban en mi familia.

Ahí vivimos la primera década, tan importante en mi formación.

Frente a la fonda, con el tiempo, fue a vivir Maruca Gallo con su familia Marina, algo más de dos cuadras al este, vivió Evangelina Gallo con Manuel Pérez Toral y su familia.

En la otra esquina, sobre la misma vereda de la calle Roca, con el tiempo, llegaba para construir la panadería El Sol, el tío Jesús.

Pasados los años, los hermanos Real Rodríguez fueron a trabajar con él, incluida mi mamá, además de la contratación de un repartidor de pan, hijo de Francisco: Héctor Oscar, mi futuro padre.

Medio siglo después de estos acontecimientos, sin proponérmelo, fui a vivir con mi familia a la calle Roca, a continuación de la casa de Jesús.

Con anterioridad, en el año 1972, para festejar los 100 años de la batalla de San Carlos y en honor a su padre militar, fue Jorge Luis Borges quien pernoctó en lo que sería, con el tiempo, nuestra casa.

A 200 metros de mi actual casa, ubicada en Roca 760 y con siete décadas de diferencia, vivió sus últimos años María Lamaita y a 100 metros, la abuela Irene González (esposa de Francisco Gallo, que terminó sus días en un geriátrico de la calle Lavalle y Sargento Cabral).

Retomando la historia de cuando Doménico y Francisco vinieron por primera vez a Bolívar, esa tardecita, cansados después de andar todo el día, se recostaron en la cama. No pensaban salir. Habían pasado media hora en silencio, esa que antecede al reparador sueño cuando fueron interrumpidos por la entrada de un carruaje que, por el ruido, “posiblemente tirado por dos caballos, debe ser un vendedor de mercadería”, acotó Doménico, mientras los sonidos se desplazaban hasta el fondo del hotel, donde estaban las cocheras.

A los pocos minutos, por la ventana entreabierta de la pieza que daba a un patio interno con una pequeña galería, comenzaron a escuchar el sonido de una banda musical.

La juventud de Francisco, automáticamente, le hizo olvidar el cansancio, los mosquitos y, con gran entusiasmo, invitó a salir a su padre.

Aunque extenuado, Doménico (ya habían comido el resto de la vianda que habían traído) tenía previsto dormir, pero para acompañar a su alborotado hijo, dio descanso a las alpargatas por unos zapatos que había preparado para el lunes.

Previamente, se lavaron, se peinaron y juntos salieron en busca de esa canción italiana que se escuchaba no muy lejos.

La música venía de la otra plaza del centro; Francisco estaba exultante, tanto que Doménico tuvo que apurar el paso para seguirlo.

Cruzaron la plaza que, con el tiempo, se llamó Alsina. La arboleda era escasa, de tallos finos y algo inclinados por los vientos del sur. La escenografía en derredor a las plazas alternaba casas, baldíos y ranchos.

La comisaría era muy precaria, estaba donde luego se construyó la iglesia.

Donde actualmente está la Municipalidad, no había edificación, estaba a medio construir la Escuela N.º 1.

Caminaron con ritmo algo acompasado, en diagonal, motivados por un lindo pasodoble y la calidez de la nochecita.

El hombre se adapta a lo que tiene o conoce y disfruta con ello, como era el caso de nuestro Francisco que comenzaba a degustar el nuevo lugar que con el tiempo se convirtió en “su Lobos mejorado”, según sus comentarios.

En el medio de la plaza, la banda estaba rodeada de mucha gente tocando el pasodoble “Cádiz”.

Francisco no sabía de dónde habían salido tantas personas, parecía que estaba todo el pueblo reunido. Las mujeres, la música y un atardecer templado hicieron de nuestro joven, un incipiente admirador de Bolívar, mientras que su padre seguía con la atención puesta en buscar información.

Las bandas musicales de tradición europea fueron importantes y tocaban en la mayoría de los acontecimientos del pueblo.

En el repertorio que interpretaba maravillosamente la banda del maestro Vicente Lozzi, una década más tarde, no faltaba la polka la “Gaita popular”, la mazurca “Voy a ver su fin” y, como punto final, “Rigoletto” de Verdi con su “Donna è mobile”. El maestro Di Pietro, director de la banda “La Popular” no se privaba de nada.

En el año 1910 nombraron oficialmente a Lozzi como director de la Banda municipal.

Con respecto a las bandas, posiblemente la primera haya sido la del maestro Di Pietro, luego la de José Juárez. Con los años,

otras bandas conocidas fueron la del maestro Virgilio Rossi y la del maestro Devincenzi.

La mejor explicación de lo que estaba ocurriendo, la transcribió el diario al día siguiente. Doménico leía, con dificultad y avidez, una prosa engalanada del periodista sobre lo vivido y el paseo de las jovencitas:

“Al atardecer, andaban por los veredones de la plaza paseando sus elegantes, garbosas y gráciles siluetas, pletóricas de alegrías y ardor juvenil en tren de flirteo, mientras escuchaban a los músicos de la banda dirigida por el maestro Di Pietro, sentado en la rotonda central”.

Saliendo del tema por un instante, al pie de página, observó el dibujo de nenes que jugaban con barriletes y hombres a caballo o tirando un sulky que cabrestaba parado en dos patas.

La nota decía “el juego de barrilete está prohibido en la mayoría de los pueblos y falta una *O r d e n a n z a* Municipal a este respecto, puede, el mejor día, acarrear una desgracia. Llamamos la atención al señor Intendente para que tome nota de este asunto”.

Ahora entiendo el por qué cuando éramos chicos, nos mandaban a la plaza a remontar el barrilete y no podíamos hacerlo en la calle donde vivíamos.

Concluida la gala, como estaban despabilados, se encaminaron a otra fonda, la de Juan León, en la calle N.º 18 (con los años sería la intersección entre Avenida San Martín y Las Heras) para seguir recabando información, pero esta vez, con Francisco a regañadientes.

Doménico, para entrar en conversación y como le había gustado mucho el vino, preguntó por la marca de la damajuana, mientras su hijo estaba más en la puerta que adentro. ¿El motivo? Contaría Francisco, con el tiempo, que había quedado prendado de una chica que estaba cerca de la banda, intercambiándose sonrisas y miradas joviales con su madre.

Su padre, en su afán de información, sin darse cuenta, había alejado a nuestro Romeo de la escena.

Minutos después, Francisco seguía en la puerta, pasó el maestro Di Pietro por la vereda saludando a todos, mientras que el pal-

pitante corazón de Francisco seguía esperando a la rubiecita de vestido claro.

Su Julieta nunca pasó.

Esa fue la mayor frustración del enamoradizo Francisco en su viaje a Bolívar; no podía, con sus quince años, apartarla de su mente.

Mientras tanto, en Neira, provincia de Lugo, España, la querida abuela Irene (futura esposa de Francisco), recién estaba aprendiendo a caminar. Futuros compartidos y múltiples azares la llevarán en algunos años a subirse a uno de los tantos barcos que venían para estos pagos.

Sobre las 22 horas, luego de saludar a los clientes que quedaban y mientras León iba cerrando el local, padre e hijo se volvían a dormir.

No quedaba gente en las calles, solo dos hombres que iban apagando las luces a querosene, mientras el pueblo permanecía a oscuras.

La noche estaba inmejorable, una suave brisa la completaba. Ayudados por el resplandor de una menguante luna y siguiendo instintivamente el sonido musical que salía de una casa, tomaron por otra calle, la N.º 19 sentido norte (ahora, Avenida Belgrano), de vuelta al hotel.

Al pasar, vieron por la ventana gente bailando un vals y, por el hermoso vestido, agasajando a una joven.

Como les gustaba la música, se quedaron un rato en las inmediaciones escuchando algún pasodoble; luego, cuando la gente grande comenzaba a bailar el pericón, no tan de su agrado, emprendieron la retirada.

Años después, se formaron otras bandas, tan necesarias para los bailes, para las romerías y las fiestas. Una de las más importantes fue la del maestro Lozzi, que seguía tocando cuando yo ya había nacido.

Ya en la cama, Doménico repasaba lo que tenía que hacer el día siguiente, clave para su futuro. Principalmente, iría a dos comercios importantes que ya había visto a la tarde para ver los precios y los lugares ante la posibilidad de comprar o alquilar campos.



El maestro Lozzi (con corbata) y su banda

Y llegó el “día D”

La mañana había comenzado sin nubes, no muy cálida. Los corazones latían algo acelerados, se notaba el nerviosismo.

Después de tomar unos mates apurados, llegaba la hora del desembarco. Doménico y Francisco se dirigieron al negocio de Melchor Arruti. Estaba empezando con “el pie derecho”, su número favorito era el N.º 17, como la placa cerca de la entrada, que indicaba el número de la calle.

Con los años, se llamó Almirante Brown, también cambiaron los dueños: entre otros, fueron los Sánchez Bedatou y Cía.

Los atendió el mismo Melchor Arruti, a veces le pasaba con otros empleados que lo asesoraban en diferentes temas. El tiempo avanzaba muy rápido sin darse cuenta, había pasado dos horas de charlas y mucha información.

Al salir, caminaron un par de cuadras, repuesto Doménico de tanta información, ya un poco más relajado, enfilaron al otro negocio, fundado por José María Franco en 1883 y, en ese momento, recién comprado por Eduardo Otero quien lo atendió en la puerta. Adelantando en el tiempo, en el año 1919, lo compró definitivamente Ángel Vivanco, tal vez uno de los empresarios más exitosos del pueblo (después siguieron sus herederos hasta el cierre en 1978). Se encontraba en la calle N.º 16, la mayor parte de la N.º 19 y una parte de la N.º 17 (las que se llamaron Avenidas Alsina, Belgrano y Almirante Brown).

Recuerdo un acontecimiento de muy niño: promediando la década del 50 del siglo anterior, íbamos, en la nohecita, a la esquina de Alsina y Belgrano para el día de Reyes porque en los altísimos techos (según la mirada de un niño de seis años) desde la casa Vivanco, los tres reyes magos lanzaban regalos para los chicos.

Retomamos con los Gallo, tuvieron otro par de horas de charla muy fructíferas con Otero, solo interrumpidas por el ruido de las cortinas de metal, el tiempo había pasado volando, ya eran las 12 horas.

La información real y pormenorizada, mucho mejor de lo esperado: habían dejado a Doménico con una excitación nerviosa, di-

fácil de manejar. Estaba maravillado por la amabilidad de la gente que les daba la bienvenida.

En cuatro horas, Bolívar había cambiado rotundamente para Doménico, los datos eran increíbles. La ansiedad hacía inmanejable la situación, presentía que podía tener consecuencias definitivas en la vida de su familia.

Le pidió a un Francisco asustado que lo dejara un rato solo en la pieza, estaba angustiado, era mucha responsabilidad.

Algo inseguro, se preguntaba si valdría la pena arriesgar, ¡cuánto deseaba tener ahora a María para charlar!

Aparentemente, no quedaban peros, solo el miedo de dar el gran paso: estaban dadas todas las condiciones para decidir el destino de la familia. Le costaba creer que fuera así, se alegraba tanto de haber venido y del empujón definitivo que le había dado María.

Por el precio de una hectárea en Lobos compraba al menos tres en Bolívar, también le podían fiar gran parte de la compra, a varios años. Le indicaron varios campos fértiles, similares a los de Lobos y otro dato muy necesario para Doménico: cerca del pueblo.

Tan buenos era la información para la compra que se dio cuenta en ese momento que no había preguntado por los alquileres.

Hacía cálculos de lo que tenían ahorrado, más las ventas de lo que tenían en Lobos, más lo que le fiaban: ¡no podía creer que pudiera comprar dos chacras, 168 has! No tengo seguridad de si participó en la compra su hermano Amalio, quien vivió con su mujer e hijos en ese lugar durante varios años.

Luego, Amalio se mudó a Urdampilleta y antes de partir, hicieron con su hermano un remate de las herramientas que tenían a medias.

Para Doménico, era como convertirse en un estanciero, podían vivir con ese campo toda la familia. Con el tiempo, les confesó que había tenido miedo de que, cuando volvieran a Bolívar, ya no estuvieran esos campos.

Si bien había intuido un poco el desorden, no pensaba que la comunidad fuera tan precaria, carente de recursos para desarrollarse y que los procesos en el pueblo serían tan lentos.

Sólo había algunas señales de avance, la mayoría relacionados con la producción del campo y con el gran impulso del ferrocarril.

Esa era la razón del 3 a 1 para chacras similares a las de Lobos y el plus que tenía para completar, cerca del pueblo que tanto entusiasmaba a Doménico.

Ahora, los dos hombres estaban viendo al pueblo con diferente óptica, todo podía tener arreglo, comentaban.

En la Fonda de Tasistro, le había comentado un empleado de correo que, en diciembre, habían despachado 3323 cartas para el interior, 154 para el exterior y que, a su vez, recibían similares cantidades para los residentes.

Contentos y con tiempo libre antes de la salida del tren, fueron caminado con nuevos ánimos, con una mirada esperanzadora, por la calle principal contrario a la estación de tren, asimilando ya el pueblo como casi propio, hasta chocarse con unas lagunas.

Había botes amarrados y unos hombres les comentaron que pescaban buenos pejerreyes, lo cual era una de las debilidades de Doménico, asiduo pescador en una laguna grande que había a unos kilómetros de su Lobos.



Bolívar, parte norte; al fondo estaban “Las Acollaradas”.

En la foto, con una imagen similar, pero quince años posterior a la caminata de los Gallo, sin esas cuatro o cinco casas nuevas que se ven en la imagen. Al fondo, el espejo de agua de Las Acollardas, en el camino a Salinas Grandes que, en ocasiones, utilizaban en diferentes acampes.

En ese mismo año, llegaba a Bolívar un vecino de Italia, de la Basilicata, Francisco DeVito, a desarrollar sus conocimientos de albañilería.

Con los años, se incorporaron también sus hijos Antonio y Francisco, embellecieron el pueblo con sus construcciones de gran calidad y estética: el monumento a San Martín, el Banco Provincia, el Colegio Jesús Sacramentado, la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos “Il Fior di Maggio” y la Biblioteca Rivadavia, entre otras.

Ya esperando el tren de vuelta, conversando con el jefe de la estación, le preguntó sobre el movimiento del ferrocarril porque veía que mucha gente que descargaba gran cantidad de bolsas en los inmensos galpones frente a la estación.

Quedó sorprendido por las previsiones de cargas que había para ese mes según los pedidos recibidos: 1 millón de kilogramos de trigo, más 300 mil kilogramos de lana y 40 mil kilogramos en cueros, lo que le daba idea de la fertilidad de la tierra y del empuje productivo.

Ya se veía Doménico entregando sus cosechas en la estación. Ahora pienso qué hubiera pasado con la economía del pueblo y del país sin el ferrocarril, solo con las carretas.

Hizo tiempo para comprarse lo que, horas antes, era imposible: una revista semanal ilustrada para leer con tiempo en Lobos, ayudado por ilustraciones, con instrucciones escritas por veterinarios e ingenieros agrónomos que comentaban cómo trabajar el campo.

“Más nervioso y excitado que el día del casamiento”

Quiero narrar otro hecho anecdótico que está relacionado con ese lunes de Doménico, me cuesta creer y escribirlo, pero como perduró con los años, debe de haber algo de cierto, no puedo obviarlo.

Adelantándome un poco para seguir con el relato: “había pasado un año de la mudanza, María y Doménico estaban en la chacra tomando mate en el patio, recordando ese lunes glorioso en Bolívar, específicamente, ese mediodía nervioso después de haber escuchado las facilidades para comprar un campo, en los dos negocios, el de Urruti y el de Otero.

Esa mañana, María relataba su enojo por el comentario fuera de lugar de Doménico. El tema era el estado de su marido, en “esa gloriosa mañana en Bolívar”, al reproducir la frase ingenua, pero lapidaria de su marido: “estaba más nervioso y excitado que el día de nuestro casamiento”.

El inimaginable enojo de María fue mayúsculo: nervioso, era razonable, pero “más excitado”, no le gustó nada.

Acá salgo en defensa de Doménico, a todos nos puede ocurrir poner un adjetivo equivocado sin mala intención.

Algunos integrantes de la familia, como sabían que a María no le gustaba el “temita”, la solían hacer enojar preguntándole especialmente.

Me adelanto varias décadas para continuar.

Con María ya viuda, un fin de año ocurrió algo insólito, totalmente inusual en ella: fue la única vez que, en sus 86 años de vida, se excedió con el alcohol.

Les cuento textual lo que me llegó por parte de un pariente lejano.

Un nieto, promediando la noche, le convidó a María una copa de un jugo dulzón con aguardiente que tuvo gran aceptación.

No había pasado mucho tiempo, cuando María lo volvió a llamar para que le trajera otra copa de esa bebida.

Según contaron, la noche siguió avanzando, ya habían festejado el comienzo del año nuevo, cuando “el mozo de María” le co-

mentó a otro de los nietos sobre la cantidad de copas que le había llevado y el estado bastante “grogui” de la abuela.

Se miraron con picardía y enfilaron a donde estaba sentada y se pusieron una a cada lado de la abuela.

Luego de unos minutos de charla, uno de los dos nietos le sacó el tema sobre la fatídica frase de Doménico: “más nervioso y excitado que en el casamiento”.

María cambió de humor, comentaron que casi se prendía fuego, notablemente, por la gran cantidad de alcohol que había bebido. ¡Y arrancó María! Parfraseando sus comentarios, dijo que se “había desbocado la yegua madrina”.

Los nietos se miraban sorprendidos por la terminología y los comentarios que iba diciendo. Volvía a ser otra persona, como en Lobos, cuando mataron a Juan Moreira. ¿Cuántas Marías había?, le salía una “tanada” que no conocían, inverosímil. Inclusive, me cuesta a mí transcribirlos.

Los nietos, únicos interlocutores, escuchaban los primeros comentarios inentendibles: “a mi querido finadito, “el excitado”, al año de casado, ya lo “había amansado de abajo”.

“El potro ya no pateaba, ya lo manejaba como quería”, mientras se reía a carcajadas con los pómulos rojizos. Los chicos se miraban, seguían sin entender.

Envalentonada, como hablando para ella, continuó: “de ahí a montarlo, pasó muy poco; con mi voz, las piernas algo apretadas y la posición de mi cuerpo, me respondía a gusto”.

En medio de la irreflexiva charla, les pedía otra copita, tenía ganas de seguir hablando, necesitaba más de esa bebida, presentía que estaba diciendo un secreto guardado bajo siete llaves, pero no le importaba.

Los chicos le siguieron la corriente, les gustaba escuchar y descifrar a esta otra abuela, aunque no entendían mucho.

El alcohol había llevado a María a otro nivel, estaba como en las nubes, en ese momento no le disgustaba, estaba desinhibida, podía por fin, decir cualquier cosa.

La última frase que le escucharon a María, ya con mucha dificultad, que asustó un poco a los chicos, por su respiración lenta,

preguntaba seguido dónde había dejado el relato. Arrastrando las palabras poco esclarecedoras dijo: “lo que nunca le saqué hasta que llegamos a Bolívar fue el freno, por cualquier cosa”. “Cuando el potro llegaba a la pista, se ponía muy brioso, había que tenerlo controlado.

Después, lamentablemente se me había pasado de manso, en vez del freno, hubiera necesitado un látigo” y se reía a carcajadas.

Cuando los nietos se levantaron para irse, ella se abanicaba un poco y otro tanto se tapaba la cara riéndose, seguía con las mejillas coloradas; el aguardiente le había hecho efecto. Levantaron el bastón caído, se lo pusieron en la falda y le dieron un beso cada uno.

Fue un fin de año distinto, atípico, una alegre velada, el encuentro con el inexplorado aguardiente, la ayudó por un par de horas a olvidar las penas, a la solitaria María. Espero que haya dormido bien, sin mucha dificultad.

Días posteriores, inclusive hasta el final de su vida, desmintió totalmente y en forma efusiva, los comentarios de esa noche, totalmente impropios de ella.

¡Quién no se olvida lo ocurrido después de una noche de copas! Estoy de acuerdo con nuestra querida domadora.

“Andiamo pa’ Bolívar”

Volviendo a la llegada de los dos adelantados, mientras la máquina entraba en la estación del ferrocarril de Lobos, hacía sonar su clásico silbato, aplacando el ruido de los frenos y largando las últimas bocanadas de vapor. Estas cubrieron, en parte, las figuras de María con sus tres hijos, quienes esperaban con gran expectativa a los viajeros y sus comentarios sobre esas tierras lejanas. Luego de los emotivos saludos, salieron caminando para la casa: adelante, los tres hermanos ávidos de los comentarios de Francisco y un poco más atrás, los padres.

María sólo escuchaba el largo y pormenorizado relato del exultante Doménico sin emitir ningún comentario, solo gestos. Recién al otro día, mientras estaban los seis almorzando, María dijo la frase que la familia incorporó como muletilla para el resto de sus días: “andiamo pa’ Bolívar”.

Unos años antes, el censo en época de Juárez Celman decía que dos tercios de los inmigrantes eran analfabetos: el país rondaba los 4 millones de habitantes.

El tarifario de Francisco

Desde la estación y camino a la casa, Francisco les contaba a sus hermanos, ansiosos de información de todo lo vivido, exceptuando el tarifario.

Días después, Francisco le contó a Antonio que, mientras el padre charlaba con los parroquianos en la fonda de Juan León, cerca de la puerta donde esperaba ver pasar a su chica, escuchó, agudizando el oído, las conversaciones muy interesantes en la mesa de al lado. Discutían sobre cuál de las tres casas de tolerancia era mejor.

Parece que todas eran manejadas por mujeres, pertenecían a políticos con testaferros y protegidos siempre por matones, más el oído sordo de la policía, al igual que en Lobos.

Unos decían que era mejor La Estrella (¡el mismo nombre que la de Lobos!) de María Monferrato; otros, La Isla de María de Sacco, aunque según escuchó en el último de los comentarios, la de María Pais, era al día de la fecha la mejor porque tenía tres chicas nuevas.

Francisco le mostró a Antonio un papel que encontró en el suelo, al lado de la mesa, cuando los parroquianos se fueron. Textualmente mencionaba los precios y servicios de la casa de tolerancia La Isla: incluidas en el precio daban agua, jabón y toalla. Variaban de 50 centavos a 5 pesos, partiendo de un servicio bucal.

“No sabía que también había dentista, debería ser el mismo Nazzari Amador”, que atendía en la fonda de Tasistro, le comentó Francisco a su hermano.

Según los tiempos de estadía, el servicio variaba de precio. El más alto, el de cinco pesos, incluía dos señoritas. La Isla siempre había sido una adelantada a la época. La pieza, si era requerida con bracero, anexaba otros 20 centavos.

Había tarifas reducidas para policías y militares.

¡Al fin llegaron los Gallo Lamaita a buen puerto!

Luego de un viaje previo, en el año 1899 o a principios del 1900, arribaban en tren a Bolívar, los seis Gallo Lamaita. Esa sería su última mudanza.

Posiblemente, también haya venido su hermano Amalio Gallo, alrededor de diez años menor.

No se sabe exactamente cuándo compró las chacras. El primer dato de ellos quedó asentado en el acta de casamiento de Rosa en 1902: Doménico, de profesión labrador.

Y en 1903, como era costumbre de los italianos, fueron anotados los tres varones como socios en la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos “Il Fiore de Maggio”, en ese libro que comentaré después.

Ahora, Doménico figuraba como propietario. Posiblemente, había una confusión entre labrador y propietario, lo que sí se confirmó es que, como quería, compró las chacras cerca del pueblo.

El valor de ser socio de la Sociedad Italiana era alrededor de \$ 0,50 por mes, por persona. Les permitía, entre otras cosas, tener alguna atención ante problemas de salud. Tengo entendido que ellos trajeron el primer médico a Bolívar: Francisco Sicardi

No sé exactamente qué le pasó a Antonio, pero al poco tiempo renunció.

No trascendió en qué invirtió esos 50 centavos mensuales, aunque hay una gran presunción, por el importe, que lo haya invertido mensualmente en el tarifario anterior, comentado por su hermano.

Al no existir hospital, igual metodología tenía la Sociedad Española para ayudar a sus socios. La costumbre de esa época era que el médico fuera a domicilio.

Primeras salidas al pueblo

Rosa era muy responsable en temas de noviazgo, pero en 1901, los padres eran muy rigurosos y no la dejaba salir sola; menos, con Beltrán, el flamante novio. Recordaba, alegremente, Catalina cuando habían acompañado con su madre a Rosa y a su novio en un muy apretado sulky a ver los famosos fantoches que daban por las noches en la Sociedad Italiana.

María, como toda madre, pensando en el futuro, llevaba a Carolina. Le ponía el mejor vestido y la instruía cómo debía mirar e insinuar una sonrisa a los caballeros. Carolina tenía una gran ventaja, la población era mayormente de hombres y las mujeres eran muy requeridas.

Lamentablemente, con el tiempo, se comprobó que no había elegido bien.

María, con nostalgia, recordaba gratamente mientras miraba los fantoches, cuando vino a ver con su marido en su primera salida en el 1900, la maravilla que revolucionaba al pueblo, el “Cine-matógrafo Lumière”. Quedaron deslumbrados al ver “todos los cuadros tan naturales, era una maravilla del ingenio humano”.

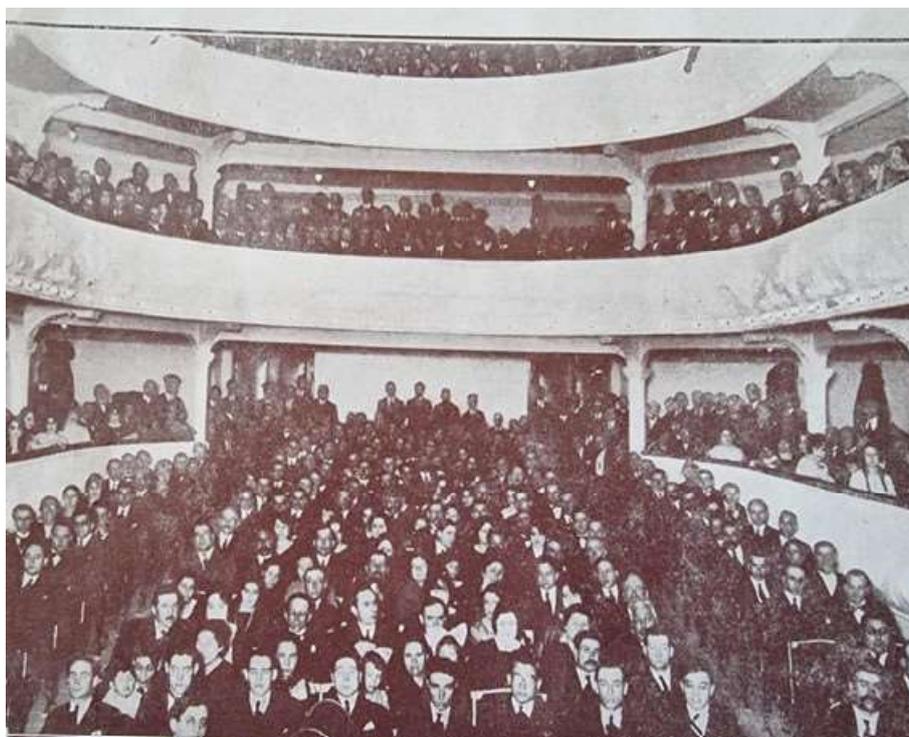
A cien metros de donde se encontraban viendo los fantoches, dos meses después, el arquitecto y presidente de la Sociedad italiana Germán Simonini terminó el fastuoso Teatro de la Sociedad Española, en medio de un pueblo de económicas construcciones.

La gente quedaba gratamente sorprendida por las ideas de avanzada y por la mentalidad de esa colectividad en temas de cultura; su presidente, en ese período, fue Antonio Lautre.

La religión, en las primeras décadas, no parecía tener tanto peso para la sociedad, inclusive, había un cura de origen italiano (creo que fue el segundo sacerdote del pueblo) que se llamaba Luis Gagliardi. En esos tiempos parecía imposible, pero dejó los hábitos para casarse con la hija de un señor Pérez y una mujer de ascendencia india, dando origen a las familias Gagliardi en Bolívar.

En otros lugares, las construcciones imponentes se levantaban para las iglesias; en Bolívar, era para la “catedral del arte”, tal vez

la mayor expresión de cultura que haya tenido la ciudad en ese tiempo por envergadura.



Inauguración del Teatro Coliseo Español, en 1901.

A propósito, el 15 de septiembre de 1901, Francisco y su hermano Antonio asistieron a la inauguración del gran teatro.

Recordaban que en las inmediaciones “había gran revuelo, un mar de gente”. Los hombres, en general, vestían con trajes oscuros, camisa blanca y corbata. Las mujeres, presentes en menor número, con vestidos largos oscuros, con excepción de algunas osadas que habían elegido colores claros.

Los hermanos escucharon la zarzuela “La Tempestad de Chapí” entre una multitud, pero en este caso, lamentablemente lo hicieron en la vereda porque hacía meses que estaban agotadas las entradas.

El teatro Coliseo Español acercó a Bolívar las grandes expresiones culturales del país: obras de teatro, cantantes y demás expresiones culturales.



Publicidad del Teatro Coliseo Español.

He de remarcar la gran visión de Doménico, en esos tiempos, al comprar las chacras cerca del pueblo, lo cual influyó significativamente en el crecimiento y en las posibilidades para desarrollarse los integrantes de la familia ya que estaba “cerca de la civilización”.

Las dos chacras que habían comprado conformaban cerca de 168 has. y se encontraban a menos de 4 km de la rotonda (rutas 65 y 226 actuales, en dirección al sur). En ese entorno y en un radio de también 4 Km, se desarrolló por décadas gran parte de la familia Gallo.

Desde la chacra, a media hora en sulky, estaban en el centro. Prácticamente, toda la descendencia tuvo la posibilidad de absorber los beneficios que da un pueblo, en vez de vivir aislados en medio del campo: como le pasó a su hermano Amalio y a su familia.

A propósito de Doménico, habían venido —según comentaron— dos hermanos más: uno, casado, Amalio y otro, soltero, del cual no tengo ninguna referencia. Amalio formó su familia, unos años había vivido junto o próximo a Doménico para trasladarse luego a una zona más rural.

Mientras tanto, en un diario local, El Bolívar, daba cuentas sobre ese noviembre de 1901: el ingreso de 13 715 inmigrantes. Argentina era una locomotora, arrolladora de progreso, alimentada por aproximadamente 7 millones de inmigrantes.

“¡Ay, Amalio!”

Volviendo a nuestra historia familiar, por los datos que he podido recoger, seguramente faltan muchos, al no ser familiar directo, Amalio, ya casado, vivió un par de décadas con su hermano Doménico o cerca de él.

Luego se fueron a vivir con su familia a la sección VIII, al este de la escuela 14, cerca del arroyo Vallimanca y algo más alejado de una Torrecita chica y precaria que recién en 1926 se llamó Urdampilleta.

Mucha de su descendencia se desarrolló por esa zona y fueron más rurales que los de Doménico.

Veamos un poco sobre la irascible vida de Amalio (diez años menor que Doménico) y de su familia. Estuvo casado con Filomena Casella y juntos tuvieron catorce hijos, en ocasiones, mellizos.

Algunos de sus nombres fueron: Damián (padre del “colorado Gallo” que tiene el kiosco de diarios y revistas en la plaza Mitre); Domingo, al que le decíamos “Mingaita”, mellizo de Ángela, frecuentaba seguido a sus primos, nuestros Gallo. A veces, cuando iba a visitar a Evangelina Gallo de Pérez Toral, me encontraba con él: muy respetuoso, amable, disfrutaba de los familiares.

Mingaita comentaba sobre el comportamiento de su padre con Damián, que “como castigo lo ponía dentro de una bolsa y lo colgaba de un tirante de la casa o lo ataba con cadena y candado a un árbol”.

Otro hijo, cansado del mal trato, se fue de la casa a los doce años y nunca más volvió. Algunos de sus hijos: Rosario (mellizo), Juan, Cosme (mellizo de Damián), Marina, María y Francisca.

Lo que sigue a continuación proviene, en parte, de los relatos de Luis Ané, que era el que más los frecuentaba, una generación antes que la nuestra y recuperado por la memoria de Juan Carlos Ané.

Un caso que hoy daría para estudio, pero que, en esa época, no era tan infrecuente, relaciona a las tres últimas hermanas nombradas.

Francisca se casó con Gabriel Fuster, con quien tuvo dos hijos. Con el tiempo, ella murió y el viudo se volvió a casar con la her-

mana de su ex mujer, María. De la unión de Fuster y María nacieron siete hijos; uno de ellos, fue Amalio (en honor a su abuelo).

Con el tiempo, Amalito se casó con la hermana de su madre, su tía Marina.

Muy posiblemente, en aquel tiempo, en zonas rurales, con poco contacto con otra gente, semianalfabetos, los padres y la tía permitieron que ese chico se casara con ella. Pienso que debe haber sido complicado por el entorno familiar. Acá apostamos al amor de la tía Marina.

Consumado el casamiento, con el tiempo, tuvieron 5 o 6 hijos, algunos de ellos fueron: “el Negro”, Orlando, “Goyolo” y Gladys. De la unión de esta última con Antonio Montes, nacieron tres hermanas, una de ellas se llamó Nelly, quien se casó con Miramón y vivieron en el campo; María se casó con Martín, y Liliana, con Gómez, creo que trabajó en un banco en Bolívar. Orlando no tuvo hijos, vivía cerca del parque Las Acollaradas, de lo que hoy llamamos hipódromo; ayudaba a los Ané en las carneadas de cerdo, en invierno. Goyolo, soltero, tenía problemas de diabetes, le amputaron una pierna. Antonio Montes tenía una cosechadora que le hacía trabajos de cosecha.

Volviendo a tía Marina, y en defensa de ella, no tuvo a su alcance los libros para poder defenderse de su unión con su sobrino, ya que en la historia habían existido otros ejemplos como el casamiento de Cleopatra, (última de la dinastía ptolemaica, donde estaba permitida la unión con familiares y, muchas veces, obligaban a las mujeres a casarse con sus hermanos), o los siete reyes griegos que se casaron con sus hermanas, ni hablar de los faraones de Egipto, con sus hermanas e hijas.

Al parecer, tía Marina, con los años, desarrolló la curiosidad como resultado de esa exploración, quedó embarazada de otra persona y esto produjo la separación definitiva con su sobrino-esposo.

En estas páginas, absolvemos de culpa y cargo a la liberada y enamoradiza tía Marina.



Foto de la sufrida Filomena, junto a su hijo Damián y a la izquierda de la foto, muy posiblemente otros dos hijos, de nombres desconocidos (menos aún, del cariñoso perro).

En la casa de Amalio (hermano de Doménico), la violencia seguía siendo moneda corriente: él ejercía un trato violento con sus hijos y con su mujer, la pobre Filomena Casella.

Adelantándonos en el tiempo, alrededor del año 1930, no muy lejos de la foto anterior, ya con los hijos criados, Filomena no aguantó más y se colgó de un árbol en el campo propiedad de la viuda María Lamaita, su conuñada.

El triste y desesperado final de Filomena acompañó los relatos y el morbo de la gente, sobre todo de los vecinos, hasta entrado el siglo XXI.

Me costó mucho tiempo dilucidar cómo a los 60 años y con catorce hijos, se había ahorcado la pobre Filomena en el campo de Doménico, ya que ella vivía tan lejos de ahí.

Atando cabos, María, por su edad y su precaria salud, no vivía más en el campo, posiblemente le habrían prestado o alquilado las tierras a su cuñado Amalio, que después de tantos años había vuelto.

Se necesitaron ocho años más, hasta 1938, para que Amalio, el irascible hermano menor, falleciera.
Estas son historias familiares, primitivas, precarias, con sojuzgamiento, principalmente hacia las mujeres e hijos.

Primer casamiento Gallo Lamaita-Ané

Volviendo a los Gallo Lamaita, el primer acontecimiento importante fue el casamiento de una de sus hijas, Rosa, el 4 junio del 1902.

Recuerdan que ese 4 de junio amaneció muy frío y húmedo, dos días antes había llovido bastante.

Todos los preparativos estaban listos para el casamiento, sería en la primera iglesia de la ciudad, construida en 1883, ubicada sobre la Av. San Martín, en la plaza que, con el tiempo, se llamó Mitre.

Según los comentarios que de boca en boca han llegado hasta nosotros, era miércoles y la ceremonia estaba programada para la hora 11.

Todo ocurría apaciblemente, el movimiento diario normal del pueblo, hasta que empezaron a llegar los sulkys con los invitados con alguna dificultad por el barro y por los grandes huellones. Todavía, a la sombra de los árboles y de las casas, se mantenía una alfombra blanca.

Si bien unos pocos llegaron caminando, se contabilizaron cuatro sulkys, más otros tantos caballos impecablemente ensillados, calculando unas veinte personas en ellos, más el lujoso sulky de la novia, que fue comprado por sus padres para el acontecimiento. Era bastante especial: podían ir cuatro personas menudas y tenía techo; lo importaba Moore y Tudor de Inglaterra.

Los invitados iban atando los caballos a los árboles, o a los aros de hierro empotrados en el suelo, cerca de la Iglesia San Carlos Borromeo, sobre las dos plazas.



Aro donde amarraban los caballos en la Avenida Belgrano. Solo quedan en el pueblo, el recuerdo de dos o tres lugares de estacionamiento para la caballada.

Adentro, entre la gente, en primera fila, estaba María con sus hijos, algo nerviosa. Recordaba que faltaban cinco días para cumplir veintitrés años de su casamiento con Doménico, en la lejana Lobos.

El pobre finado, Nuncio Tropiano, había quedado en el olvido, en cambio, su vecino de tierra, Juancito Moreira seguía dando que hablar, sus historias eran llevadas en forma de novelas a las radios y a los teatros.

El pueblo estaba tranquilo, solo se escuchaba como fondo un par de teros lejanos. Atrás de la Iglesia, al final de la plaza, el monocorde chirrido del alto molino de viento del doctor barcelonés Fabrés García, que dos años atrás, había revolucionado al pueblo al sacar agua.

La crónica de la época decía: “comparable al agua destilada, sumado a la incorporación de instalaciones de baño, que mejoraban la higiene y embellecían la plaza”.

Ante el murmullo de la gente, cuentan que María Maita (figura en el Libro de casamiento) estaba rebotante de felicidad al ver entrar a su hija Rosa —de contextura un tanto rellenita y algo baja—, con un hermoso vestido blanco.

Al caminar, siempre con una sonrisa algo nerviosa, se notaba que tenía que levantar bastante el brazo para tomarse del espigado Doménico, que vestía un impecable traje oscuro; el pelo, los bigotes y la barba candado en tonos rojizos impecablemente cortados por el peluquero Arcadio Damiano.

Contaban algunas mujeres envidiosas que Rosa, al levantar el brazo, dejaba ver su zapato izquierdo embarrado. Todo se disimulaba, en parte, en el piso de la Iglesia, por las secuelas del barro traído por los invitados.

Adelante, nervioso y junto a su madre, estaba el novio, de origen francés: Beltrán Ané.



Escenografía similar al casamiento de Rosa (foto del Archivo Municipal), imagen interna de la Iglesia con el altar, en un casamiento por esos días.

Para bajar el alto techo a dos aguas de la Iglesia, le pusieron madera. Algunas de esas imágenes religiosas están en otros templos de Bolívar.

Libro de matrimonios

— DE LA —

Parroquia de Bolivar



AÑO 1902

En día veinte de Junio del año del Señor de mil novecientos dos previas las diligencias de derecho sobre el matrimonio que libremente intentaba contraer D. *Alfredo* *de Escobar y cinco* años de edad, natural de *Francia* de estado *soltero* domiciliado en *Cuartel primero* hijo legítimo de D. *Alejandro* *de* natural de *Francia* y de D. *Araceli Duran* natural de *Francia* con Doña *Rosa Gallo* natural del *Pinar* de estado *soltera* de edad de *veintiseis* años, hija legítima de Don *Domínguez Gallo* natural de *Italia* y de D. *Maria* *de* natural de *Italia* y no habiendo resultado impedimento alguno canónico y legal y comprobada la *libertad* y estando hábiles en la doctrina cristiana, enterado de su libre y espontáneo consentimiento

los desposó por palabras de presente IN FACIE ECCLESIAE según la forma del ritual, siendo testigos D. *Araceli* *de* años de edad, natural de *España* domiciliado en *Cuartel 1.º* y D. *Maria* *de* años de edad, natural de *España* domiciliada en *Cuartel primero* Y en señal de verdad lo firmaron:

EL CURA PARROCO

Alejandro Chivica
TESTIGO

Martín Arce *de* TESTIGO

María contó, con el tiempo, la felicidad de esa larga noche de fiesta y baile. Habían alquilado a los dueños de una librería, Julia Rius y Damiano, un fonógrafo que habían comprado en Buenos Aires, con “52 piezas diferentes, de las más modernas”.

Muy cansada, con los pies hinchados, pero relajada por haber pasado el nerviosismo del primer casamiento, ya en la cama a punto de dormirse, le alcanzó a decir al marido: “una menos”.

No recibió respuesta, el cansancio, la mezcla del vino y la sidra habían hecho estragos en Doménico, ya había comenzado a modular los insinuantes y variados ronquidos que vinieron a continuación.

María guardó en la mesita de luz el certificado del casamiento que le había dado el cura Alejandro China (ahora llevaba el apellido Maita). Mientras recordaba todo lo vivido en el festivo día, comenzó con la rutina de tocar reiteradamente a su esposo, hasta que, entre dos intervalos de ronquidos, pudo conciliar el sueño”.

El maldito ciclón

Ese mismo año, en 1902, pasaron de la felicidad al drama: fue el fatídico 7 de septiembre recordado por décadas.

Un temible ciclón pasó por Bolívar, dejó un saldo de veinte personas muertas y grandísimos destrozos.

Nuestra versión de lo ocurrido ese día, contada por una María triste y apesadumbrada, data de décadas posteriores al gran siniestro.

“Estábamos muy preocupados con Doménico por los dos días anteriores; el tiempo estaba raro, irreconocible, inclusive, nos asustaban las grandes bandadas de aves de distintas especies, como huyendo de algo, en dirección al sol naciente.

Los sonidos del campo habían disminuido, como si los bichos previeran que algo iba a pasar. A las tres de la madrugada, sin poder dormir, comenzamos a escuchar que corría el agua por las canaletas. Me asomé por la ventana, y vi una fina garúa, lo raro era que hacía demasiado calor. No era normal, esto nunca lo habíamos visto, no era de acá.

Luego volvió el gran silencio, no sé si era por el susto, pero nunca habían escuchado un silencio tan profundo, sólo interrumpido por el crujir de alguna chapa.

A su vez, me daba la rara sensación, como que los sonidos se iban acumulando en silencio y que, en cualquier momento iban a llegar todos juntos. Era como luego de un refucilo grande, estás esperando los grandes estruendos.

Al rato, para completar, empezamos a escuchar a los teros, queríamos creer que era para defenderse de algún animal. Nos levantamos con mi marido, salimos afuera con la escopeta. Nada, pero seguían alborotados.

Revisamos que las gallinas estuvieran en el galpón, cerramos bien la puerta de alambre.

Doménico, asustado, por primera vez largó la vaca lechera que estaba encerrada al potrero de al lado, al igual que los caballos; solo quedaron las ovejas y las gallinas en el galpón.

Intranquilos, algo angustiados, entramos a la casa, cerramos todo y calentamos agua para el mate.

Alcanzamos a tomar un par. Ahora los gallos adelantaban sus cacareos, parecía que estaban a un ritmo cardíaco acelerado. Salimos otra vez con la escopeta, aunque la noche estaba cerrada; seguía lloviznando, no vimos zorros, ni perros salvajes”.

María, incómoda al revivir lo ocurrido, aunque habían pasado muchos años, siguió narrando con pocas ganas ante la insistencia de los presentes, la peor parte del relato.

“Se empezó a oír un ruido sordo, lejano, que se asemejaba a una estampida de miles de ganado cimarrón, disparando por el campo en dirección a ellos.

Todo comenzaba a temblar, los chicos se despertaron e instintivamente se ubicaron debajo de la cama.

Cuando se sintió un refucilo, se vio el ciclón que venía en forma de torbellino, girando en grandes círculos, bramando con una fuerza aterradora.

La noche parecía irreal, llena de miedo e incertidumbre. Recuerdo que me preguntaba cómo estaría Rosita (la hija recién casada).

Todo era un caos, fui a la pieza con los chicos y Doménico quedó en la cocina trancando con muebles la puerta y las ventanas.

El crujido de las chapas iba en aumento, hasta que comenzaron a volar.

A continuación, escuchamos un estruendo grandísimo al desmoronarse el galpón, ¡las gallinas! grité instintivamente.

Mientras Doménico trataba de cuidar las aberturas de la cocina, empezaron a volarse las chapas. Segundos más tarde, volaron las de la pieza donde estábamos refugiados con los niños.

Recurrentemente, recuerdo cuando levanté la vista, ya sin el techo, pude ver la cara y la bravura al ciclón.

Todo giraba a altísima velocidad, el sonido y la fuerza, cómo se levantaban las cosas, era sobrenatural. El cielo no se veía por la tierra, las ramas y las chapas.

Alcancé a reconocer los pedazos del sulky que habíamos comprado para el casamiento de Rosa. El caos era tan grande que pensamos que era el final. Doménico, en la cocina, gritaba y maldecía “haber venido a Bolívar”.

Después de unos minutos de descanso para ir al baño, se notaba que María estaba contrariada, pero siguió con el relato, previo a preguntar “por dónde iba”.

“Sólo quedaban algunas cabreadas, ninguna chapa, la pared que daba al sur oeste se había caído, incluida la pieza matrimonial; las otras habían perdido unas cuantas hileras de ladrillos; las ventanas y las puertas estaban rotas. No dio tregua, se largó a llover torrencialmente.

El caos era total, la situación desoladora completaba la escenografía el sonido de los increíbles truenos que hacían retumbar la tierra, y las luces intermitentes de los relámpagos mostraban el horror de la dantesca escena.

Los chicos lloraban desesperadamente, sólo el instinto de supervivencia nos mantenía peleando en la adversidad.

No sabían si esta torrencial lluvia, que en un minuto había inundado todo lo que quedaba de la casa y de los muebles, era una bendición porque había amainado la velocidad del viento o era para llevarse todo.

En una media hora interminable, paró la lluvia. El agua, la angustia y la desolación ocupaban toda la escena; la mayoría de los árboles caídos o inclinados, la única gallina que había quedado estaba como loca, con menos plumas, cacareando de un lado para otro como pidiendo explicación.

La lechera, los caballos y las ovejas habían desaparecido, menos un lotecito que no tuvo suerte, había quedado bajo los árboles.

Todo en derredor era una inmensa laguna.

En medio de esa anarquía, no se habían dado cuenta de que a Doménico le sangraba la cabeza, tenía dos cortes importantes; Catalina y Francisco sangraban en brazos y piernas, yo sólo tenía moretones, al igual que Antonio.

Había refrescado, estaba aclarando.

Empapados como estaban, los varones salieron a buscar los caballos en la dirección en que había pasado el ciclón. Una hora después, volvieron, los encontraron lejos, en lo de un vecino.

Ensillaron los dos caballos y partieron los tres para el pueblo, en busca de alguna curación, con cuidado porque todo era una laguna, no se veía el camino ni lo que pisaban.

María, instintivamente, quiso saber cómo estaría Rosita, así que, caminando, mandó a ver a un ahora rengo Antonio.

Como la casa de los recién casados era nueva, los daños habían sido menores, los dos estaban bien.

Cuando los tres llegaron a Bolívar, ya había salido el sol, dejaba ver una escenografía de guerra: la mayoría de las casas estaban destrozadas y las calles inundadas. Avanzaban con dificultad esquivando todo tipo de cosas que el ciclón había desparramado. Carolina lloraba al escuchar los gritos desgarradores, los llantos y los gemidos dentro de lo que quedaba de las viviendas.

Mientras seguían por el pueblo, veían mucha gente herida, inclusive, Doménico vio dos cadáveres que no les comentó a los chicos.

Los vecinos armaban cuadrillas de voluntarios para asistir a las víctimas. Muerte, desolación, incredulidad, estupor, cualquier palabra resultaba poco.

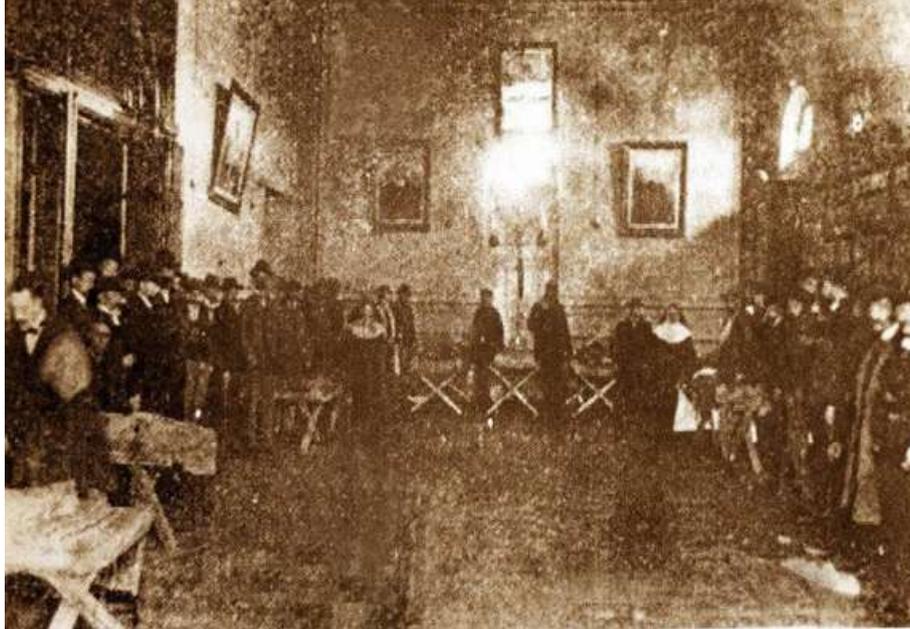
Nadie tenía una prenda seca, para colmo, la mañana estaba bastante fresca.

El epicentro de la tragedia se había concentrado entre los cien metros que separaban la Sociedad Italiana de la Sociedad Española, en la calle 18.

Su teatro, inaugurado no hacía mucho, hacía las veces de hospital y de comedor público. A Catalina la curaron en la Sociedad Italiana donde estaban las mujeres, mientras que, a Doménico y a Francisco, en la Sociedad Española donde atendían a los varones”

Ahora, el pueblo comprendía la importancia de tener un hospital. Con el tiempo, el primer empuje para su creación fue el terreno de 8000 metros donados por Juan Maineri el 6 de octubre de 1903.

Las costumbres de la época y, en parte, la desidia, hicieron que llevara años poder concretarlo.



Una de las salas de atención, en el Teatro Coliseo donde fueron Doménico y Francisco (foto gentileza de Oscar C. Cabberos).



Hospital de Bolívar en el año 1921 sobre la Av. Fabrés García.

A primera hora de la tarde, estaban curados. Las ropas estaban bastante secas, hacía mucho frío pero por suerte pudieron comer, por primera vez en el día, en la Sociedad Española; un plato caliente, mezcla entre guiso y sopa que les devolvió un poco la energía.

Durante el día, María y Antonio habían sacado las ramas que tapaban el aljibe y habían alcanzado a sacar con la soga la damajuana forrada con bolsa de arpillera donde tenían la leche que había sobrado del día anterior, con tal mala suerte que había para una sola taza. Antonio se llevó la mayor parte.

Mientras tanto, Doménico con sus hijos ya curados y vendados se encaminaron hasta la plaza, en busca de los caballos que habían dejado atados.

Apuraron un poco el trote, chapaleando agua.

Catalina iba con su padre, en media hora estaban entrando al campo, en dirección a lo que quedaba de la casa en medio de una amplia laguna.

Ahí tomaron conciencia de lo que había quedado de la casa, del galpón, y del monte. Todo era una sola laguna, nada estaba en pie, Francisco y Carolina sollozaban; a Doménico le costaba contenerse. “Antonio había clavado unas chapas en la cocina, que ahora era lo único habitable.

Cuereamos cinco ovejas muertas entre los árboles caídos, hice un guiso con mucha carne, mientras secaba algo de ropa.

Para la nohecita, gracias a Dios, había vuelto la lechera. Una leche caliente completó la cena.

Los cinco dormimos en la cocina”, concluyó María con un suspiro.

Dos días después, ante un pueblo desolado y apesadumbrado, se realizaron los entierros.

A continuación, una foto que me alcanzó Raúl Woll, que refleja la escenografía de la tragedia confirmando, también, que la iglesia no fue destruida por el tornado.



Imagen de Bolívar luego del tornado (gentileza de Raúl Woll).

En la foto, parte de la procesión y del cortejo fúnebre sobre la Av. Lavalle, desde la Av. San Martín hasta Sargento Cabral. A lo lejos, se ve el cortejo que continúa en la Av. Almirante Brown.

Arriba, a la derecha, sobre lo que sería la plaza Mitre, en solitario está la iglesia, el “galpón en miniatura, antediluviano”, como le solían decir en esa época.

En las partes más altas del pueblo, con calles arenosas, el agua seguía presente, dando cuenta de la magnitud del siniestro.

Bolívar, desamparado... ¡Dios se quedó sin casa!

Siguiendo con la historia de la iglesia donde se casó Rosa, justo un 25 de mayo, en este caso, de 1904, ocurrió un hecho inédito para nuestros tiempos, aunque no así para esa época.

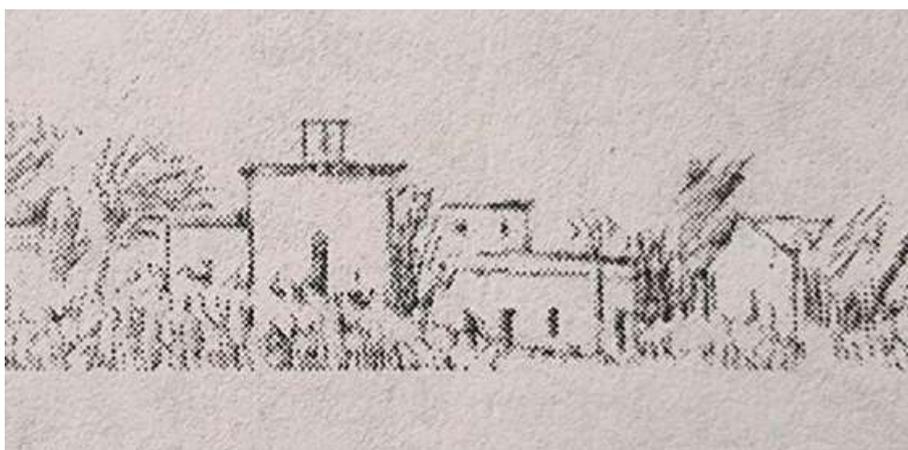
Contaba Doménico que el día 26, a la mañana temprano, fue al pueblo a comprar galleta y un paquete de velas, el día anterior habían estado cerrados los negocios. Llevaba cuidadosamente una caja de huevos que le alcanzaría para canjear por sus compras.

Al llegar al centro, quedó anonadado como todo el pueblo, reunido alrededor de lo que había sido la iglesia, totalmente derrumbada.

Él contó, al volver a la chacra, que había sido muy chocante comprobar que no estaba más la casa de Dios donde iban a misa: María y las hijas no lo podían creer. Doménico no dijo nada, pero cuando se le ponía feo algo entraba “a pegarle algún rezo”, como decía él.

Con la ayuda de seis bueyes, avanzada la noche, derrumbaron toda la iglesia, o lo que quedaba de ella.

Una de las versiones decía que lo habían hecho para tratar de recuperar la plaza (con los años, se llamó plaza Mitre) y poder demoler todas las construcciones que habían levantado, seguramente con la aprobación de las autoridades.



Dibujo de Botana de la Iglesia (San Carlos de Bolívar, Vida Cotidiana y Periodismo, Martínez Pérez).

Me quedan serias dudas si este último dibujo de Botana, publicado en el diario de la época, era la iglesia, o puede ser otras edificaciones, ya que tienen diferencias: arriba no tiene las dos campanas, tampoco aparecen las dos columnas en el frente ni el friso en lo alto.

Álvaro Martínez trae algo de claridad al tema: en 1883, cuenta que se encargaron los ladrillos para construir la iglesia o la capilla. La elección de la ubicación motivó agrias discusiones entre los vecinos. En octubre de ese año, se reservó para la plaza pública la manzana donde se construiría, terminando con las discrepancias que había ocasionado, “pues había vecinos que querían fraccionar la plaza en lotes”. Se formularon quejas al Ministerio de Gobierno por ese tema y por otras irregularidades.

Todo esto hace suponer, descontado también la versión de la destrucción por el ciclón, que la institución religiosa, el arzobispo, el Ministerio de Gobierno, el cura, los feligreses con poder adquisitivo, la Municipalidad, entre otros, se hayan puesto de acuerdo para voltearla con el objetivo de construir otra acorde con las directivas históricas de las instituciones religiosas, en este caso la Iglesia Católica.

Conjeturas diferentes del porqué de la demolición: ¿sería un golpe de efecto para que todo el pueblo pusiera plata para hacer una nueva?, ¿por eso no la dejaron en pie hasta construir la otra, porque sino no había motivación?, ¿qué decidió a las autoridades religiosas a quedarse sin iglesia, pecado original si lo hay?, ¿qué les pasó por la cabeza?, ¿cuál era la religiosidad?

Yo nací 44 años después. Demoler la iglesia era impensado para toda la gente que conocí con 30 o más años que yo: un sacrilegio imposible de redimir, por más que construyeran otra después.

Tácitamente, la iglesia tenía que ser y estar entre los edificios más altos y majestuosos de las ciudades, donde los feligreses se sintieran contenidos, admiradores y empequeñecidos ante tamaña obra de arte: la casa de Dios.

Era indudable que la iglesia de la plaza Mitre no cumplía con esos requisitos.

En ese momento, la administración del Comisionado del pueblo estaba a cargo de Andrés Macaya. Habría que haber estado en ese momento para saber con exactitud los porqués.

Las autoridades religiosas habían optado por una iglesia provisoria, a principios de 1905 y hasta 1909 en las calles Avenida General Paz y Julio Argentino Roca, del señor Alejandro Funes.

Años después, esa esquina fue comprada por tío Jesús Rodríguez, —fundamental en nuestra familia Real Rodríguez, que comentaré luego—; en uno de esos años de construcción de la iglesia él también fue su tesorero.

La famosa esquina familiar había cambiado el inquilino, el mismo nombre con diferente rubro: ahora sería la panadería El Sol, que continúa hasta nuestros días.

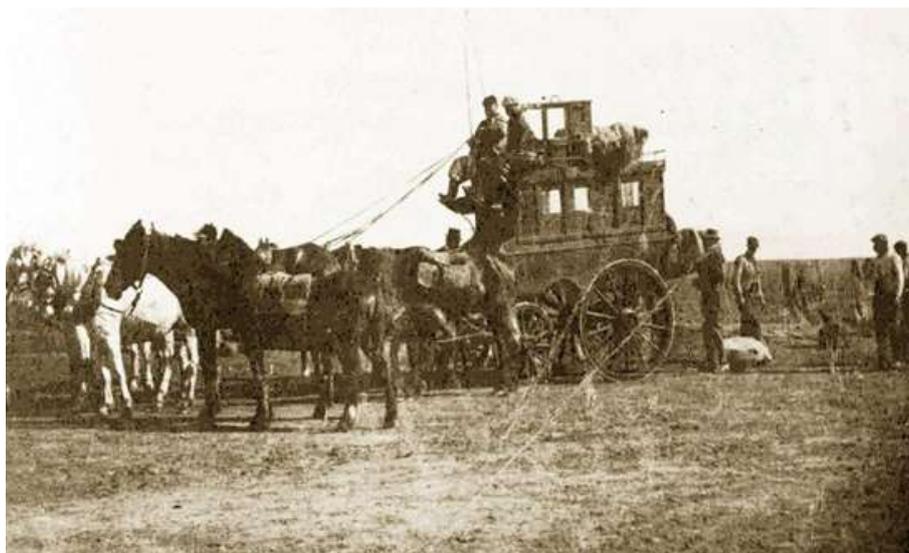
Allí fue donde vinieron a trabajar, avanzada la década del treinta, muchos de sus sobrinos: Felicidad (mi madre), Carlos, Pedro, Andrés y Ángel. Como la panadería andaba muy bien, necesitó un repartidor. De una chacra vecina, emplearon a un jovencito: se llamaba Héctor Oscar Gallo, mi futuro padre.

Otras yuntas de bueyes muy queridas

Durante la demolición de la iglesia hubo un acontecimiento en la vida de Doménico que fue comentado por la familia como un hecho de suma relevancia.

Doménico quería sembrar trigo y maíz. Tenía el campo y la ayuda de sus hijos, pero le faltaba una yunta de bueyes.

Preguntando en el pueblo, pudo llegar hasta Miguel Meregaglia, quien tenía una galera que hacía el recorrido desde Bolívar hasta Carlos Casares. Le comentó que en un paraje llamado Ordoqui (él era de Miramar), había un hombre que vendía dos yuntas bastantes nuevas.



Un alto en el camino. Meregaglia en las riendas, subiendo o bajando pasajeros y algunas encomiendas.

En una semana, Miguel, el hombre de la galera, volvió con el valor y con la forma de pago de los bueyes. Como estaban a buen precio, la plata que tenía Doménico le alcanzaba para comprar las dos yuntas que estaban en venta.

Entusiasmado, las quiso ir a ver para concretar la compra.

A la mañana bien temprano, llegó con su hijo Antonio a la plaza, lugar de donde salía la galera tres veces por semana.

En cuanto partió Doménico, su hijo volvió al campo con los dos caballos.

Era la primera vez que se subía a una galera: era bastante grande, tenía tres ventanas de cada lado, él era el sexto de los pasajeros, sobraba algo de lugar. Arriba del techo de la galera iban las valijas, los paquetes, las bolsas y un par de gallinas alborotada

La tiraban seis caballos, más otros de repuesto, debido al estado de los caminos y las distancias por recorrer.

Luego de cinco horas de viaje, Doménico llegó a Ordoqui, el vendedor lo estaba esperando.

Después de una corta caminata, fueron a mirar los bueyes. Eran mejores de lo esperado y, además, mansos. Los compró y quedó muy conforme.

Avanzada la tarde, lo invitaron a cenar y a dormir en un galpón, acondicionaron un catre más un par de frazadas.

Al día siguiente, luego de pagar los cuatro bueyes, tomaron unos mates con galleta. El vendedor cumplió con lo pactado y, viendo que parecía buena gente, le prestó un caballo.

Doménico volvió muy entusiasmado arriando los bueyes para su casa. En el largo trayecto, iba pensando cuántas hectáreas iba a sembrar de trigo y de maíz, pensaba también en el arado, en la sembradora, dónde iba a conseguir las semillas, y dónde iba a poner los bueyes.

Cuando pasó por Miramar, compró algo para comer en una linda pulpería.

Entrando el sol, llegó a la chacra. Lo recibió el resto de la familia con una mezcla de alegría y curiosidad al ver cuatro bueyes en vez de dos.

Una semana después, con una tropa que salía cerca de su chacra y que pasaba por Ordoqui, le mandó el caballo prestado al vendedor de vuelta. Y la semana siguiente le llevó una yunta de gallinas a Meregaglia por el favor.

La compra de los bueyes fue de gran importancia para Doménico y su familia.

Con la suerte de principiante, desde mayo hasta mediados de julio, toda la familia, con los cuatro bueyes, sembraron 69 has. de trigo.

Esos seis meses hasta la cosecha fueron interminables. María rezaba todas las noches, según las condiciones del cultivo. Algunos rezos eran para que lloviera; otros, para que parara; por helada tardía, y cuando el cielo se ponía bravo como para caer piedra, reforzaban las plegarias haciendo una cruz con sal en la tierra (usaba la gruesa porque decía que era más efectiva).

Con el tiempo, según comentó Doménico, también se había acordado de Dios, dijo que “no les escatimó a los rezos”.

Como decía Ulrich Buck: “La pasión por Dios es cada vez menos institucionalizada, cada vez es más un “Dios a la carta”. Como en los restaurantes, donde cada uno pide según el menú que desea.

A su vez, toda la familia estaba pendiente de sacar los animales, propios y ajenos, que se pasaban al trigo.

Llegó el 25 de enero, después de mucho trabajo y angustias, terminaron con la trilla. La familia disfrutaba como nunca el primer año de agricultores, con la suerte de un principiante, con un impensado y prolífico resultado: ¡1242 fanegas!

Se notaba que la tierra era fuerte. Doménico se alegraba por la acertada compra.

Un par de años después, tuvo que “modernizar” la siembra, los salvadores queridos bueyes, lamentablemente, se transformaron en carne: con esa plata y algo más, compró 4 caballos.



Trigo segado a mano ubicado en gavillas grandes y altas para alimentar las modernas máquinas de cosecha y su posterior embolsado.

Segaron el trigo a mano y lo ubicaron en gavillas altas para alimentar las modernas máquinas de cosecha. Después, lo embolsaban. Luego seguía con el transporte hasta los galpones del ferrocarril o alguna empresa que acopiaba el cereal.

Se trataba de actuar lo más rápido posible para que una lluvia no les mojase las bolsas. De cualquier manera, se las ingeniaban para hacer pilas altísimas, en forma de pirámides alargadas que evitaban grandes problemas.

Los carretones que llevaban varios cientos de bolsas de arpillerá eran inmensos. Cada bolsa pesaba alrededor de 60 kilogramos cada una; iban tirados por aproximadamente unos 16 caballos, contando los de recambio.

Esos carretones tenían, abajo del piso, unos dispositivos donde colgaba un catre para dormir por si el viaje era más largo o tenían que descansar los caballos.

El chofer que manejaba, usaba un rebenque largo para azuzar algún caballo que se le iba quedando, también tenía a mano una especie de manubrio para frenar las ruedas del carretón, si era necesario.



Carretas llevando las cosechas al puerto (antes de la aparición del ferrocarril).

Volviendo a Doménico, la alegría tenía un doble significado, que no había comentado del todo a María para no preocuparla.

Recurrentemente, temía no poder pagar las deudas, sobre todo, por la compra de las chacras y, además, tenía la esperanza de que sembrando trigo o maíz lo podría hacer más rápido.

Siempre recordaba la historia que le habían contado de la tragedia en el Molino de Haupt, en 1892, donde un centenar de chacareros como él se habían defendido de los caudillos del momento que les querían quitar sus tierras porque no pagaban alguna cuota de la compra del campo, principalmente, por la pérdida de las cosechas.

En el enfrentamiento, murieron el comisario, un agente y habría quedado gravemente herido el Juez de Paz.

En la heroica defensa de Rodolfo Haupt (alemán de nacimiento) y bajo el molino como escenario, participaron su esposa, sus dos hijas y cerca de un centenar de chacareros.

Lamentablemente, una bala mató a uno de sus nietos mellizos.

Tuvieron que escapar todos. Con el tiempo, el diario La Nación le hizo un reportaje a Haupt, en Buenos Aires, donde cuenta estos hechos. A los pocos meses, la justicia declaró que se defendieron en “legítima justicia”, inclusive a cuatro de ellos que contaban con prisión preventiva, les fue condonada la pena: al propio Rodolfo Haupt, Atucha, Ottolani y Trabuco (parece que le hacía honor al apellido).

Volviendo a nuestra historia, para fin de febrero y también gracias a que el precio del trigo era bueno, Doménico había pagado todo: lo gastado en la siembra, más la trilla del trigo, todas las cuotas que adeudaban por la compra de las dos chacras y también le alcanzó para reponer un sulky, similar al que se había llevado el tornado, para que las “mujeres vayan al pueblo”.

Los bueyes de los pagos de Ordoqui nunca comieron tan bien como luego de esa cosecha, aunque unos pocos años después, fueron reemplazados por caballos.

Doménico y María habían recuperado la tranquilidad y el sueño.

La esquina de los dos Jesús

Pasaron algunos años hasta terminar la primera parte de la construcción de la iglesia que hoy tenemos en el lugar que, hasta esos momentos, funcionaban las precarias instalaciones de la comisaría.

Mientras tanto y hasta el año 1909 la misa se oficiaba en la esquina de la Av. General Paz y Roca: la sacristía estaba ubicada a continuación sobre la calle Roca.

Casualmente, en junio de ese año, por medio de una ordenanza comenzaron a poner nombre a las calles, hasta ese momento numeradas.

A la esquina de General Paz y Roca, años después, la habitó otro “Jesús”, nuestro tío Jesús, que construyó la segunda panadería “El Sol” poniendo los cimientos para que la otra parte de mi familia, los Real Rodríguez, aprendieran el oficio y formaran sus respectivas familias.

Siguiendo la historia, con los años, ya apaciguados los recuerdos por los sufrimientos del ciclón, se casaron los tres hijos restantes de María y Doménico: Catalina, con Corbi; Francisco, con María Irene González (mis abuelos) y Antonio, con una hija del italiano Nicolás Colella que, en 1904, había comenzado con su zapatería Marconi de gran prestigio en la Av. San Martín.

Antonio Gallo y su mujer tuvieron dos hijos: Elena, que se casó con Remón y Antonio con una Piccirillo.

El apreciado primo Antoñito (hijo de Antonio), quien había aprendido y ejercía el oficio de relojero, se frecuentaba con papá y sus hermanos. Corbi era carpintero, dos de sus hijos y, más tarde un nieto, aprendieron y continuaron con el oficio. Vivían a 20 metros por la Av. Almirante Brown y Alsina, me saludaban con afecto, aunque yo en esos tiempos no sabía del parentesco.

Además de carpintero, Corbi, el esposo de Catalina, era jugador y repetiría la historia de Amalio (hermano de Doménico) y Francisco (mi abuelo), en la vagancia y en el ejercicio del maltrato a sus esposas, en este caso, sobre Catalina.

Tengo entendido que la dejó sola con los hijos y se fue de la casa a Olavarría, posiblemente, después de gastar la plata de la venta del campo que le había tocado a Catalina.

En Bolívar, vivían en la Avenida Lavalle al 555; creo que Catalina con sus hijos también vivieron un tiempo en Olavarría. Rosa y Beltrán Ané compraron una chacra cerca de las de sus padres, enfrente, sobre la ruta 65.

Según comentan, Rosa era como “un burro de carga”, todo el día estaba trabajando. De carácter fuerte, con autoridad, debía llevar adelante la familia; su marido Beltrán era, o tuvo que hacerse, de carácter reservado y de pocas palabras.

Rosa estuvo muy cerca de sus padres. Tal es así que ella y su familia cuidaron siempre a María, quien sobrevivió quince años a Doménico.

Todos los datos y recuerdos de Doménico y de María los recuperaron los Ané porque se los había compartido Rosa.

“Se le perdió el cuzco a Doménico”

Otro hecho risueño que se contaba en la familia sucedió alrededor de 1908. Doménico tenía predilección por su perro que lo acompañaba para todos lados.

Un día de octubre fue al pueblo en busca de galleta para la semana, iba a la panadería de Pedro García (después seguiría con el negocio su hijo Félix, quien, con el tiempo, fue intendente).

Era la panadería donde pagaba con los huevos que María le preparaba en el cajoncito de siempre, exceptuando los dos meses posteriores al ciclón, porque había que recomponer el gallinero.

Recordaban que era octubre porque no había prácticamente hombres en el pueblo; ocurría todos los años cuando se iban a esquilar las ovejas por los campos. Doménico estaba tranquilo, ya lo había hecho con sus cincuentas ovejas.

Después de charlar diez minutos con García, al salir, se inquietó porque no vio a su perro. Era raro, nunca se iba lejos, siempre estaba al lado del caballo. Salió a buscarlo algo preocupado.

Luego de varios minutos de incertidumbre, después de preguntar por todos lados, una vecina le contó que se lo había llevado la policía.

A media cuadra de la comisaría se tranquilizó al escuchar el ladrido de su perro, seguramente preguntando por su amo. Cuando entró, la policía lo increpó por no respetar las normas que, lamentablemente, él no conocía.

Luego de firmar el apercibimiento, le devolvieron al perro, se disculpó ante el policía quien le dio un papel con las normas vigentes que tenía que leer y cumplir.

Al llegar a su casa, más tranquilo, las leyó:

- Perros: deben llevar collar y patente.
- Cerdos: no deben estar dentro del Municipio.
- Menores: prohibir juegos y reuniones locales.
- Mendigos: deben tener permiso municipal.
- Verduras: no deben venderse ni verdes ni pasadas de madurez.
- Galopar: no está permitido en el pueblo y los sulkys tienen que tener patente.

De estas normas, proviene el famoso dicho que se usaba hasta no hace muchos años, cuando uno andaba despacio por las orillas del pueblo se decía “como sulky sin patente”, en alusión a los que no querían pagar la patente y evadían la multa.

Algunas apreciaciones históricas sobre el desarrollo productivo y comercial de Bolívar

Bolívar, como la mayoría de los pueblos, se formó en base a improvisaciones, algo anárquico, donde todo estaba por hacerse.

El azar hacía a los pobladores más o menos pujantes, un poco supeditado a quienes fuesen los primeros cientos de colonos que tuvieran injerencia en el pueblo, a las riquezas del lugar, a los medios de comunicación con las grandes ciudades y el puerto.

Luis Mallol, allá por el año 1927, daba cuenta de los primeros inmigrantes que habían venido a trabajar las grandes extensiones de tierras que conformaban el partido de Bolívar y sus alrededores.

“Cómo olvidar aquellos titanes de la grandeza americana, que sólo por conseguir un bienestar, exponían mil veces sus vidas y sus bienes.

Estos hombres que al compás del chirrido de sus carretas se internaban en el confín infinito de nuestras pampas, acampando donde el indio salvaje realizaba excursiones, devastando todo lo que hallaba a su paso, sin respetar la vida de los pacíficos pobladores, merecen la unánime veneración de sus descendientes y el pueblo todo de la Republica.

Aquellas pléyades de vecinos que vinieron de 25 de Mayo, Saladillo y otros lugares forjaron la grandeza del partido de Bolívar, cuyos beneficios recogieron sus descendientes y los numerosos pobladores que se dedicaron al comercio y a la industria”.

Esa pujanza de los inmigrantes, la posibilidad de tener tierras propias, las ganas de progresar iban dando los resultados que maravillaron a Doménico, en ese primer enero que llegó a Bolívar.

En 1918, un censo del partido de Bolívar explica, en parte, el crecimiento hasta esa época y luego su estancamiento: había 14 mil habitantes en la ciudad y 26 mil en el resto del partido.

El campo, como siempre, era el motor del desarrollo: había en producción 244 278 animales bovinos, 317 528 ovinos, 56 equinos y 24 130 porcinos declarados, con un exponencial desarrollo agrícola.

Pasaron cien años y las cifras de habitantes son similares, con la diferencia de que se despoblaron totalmente las zonas rurales: la mayoría de los habitantes vivimos en San Carlos; alrededor de 5000 personas, en Urdampillet; menos de un millar, en el disminuido Pirovano y pocos, en los campos.

Han pasado dos siglos y los productores del campo argentino siguen siendo fundamentales para el país: hace décadas que están entre las: “2 o 3 fábricas de granos más grandes y eficientes del mundo”, creando la base fundamental para que se desarrolle una gran agroindustria, competitiva en el mundo, a pesar del país inestable que continuamente cambia las reglas.

En otro país, el campo sería un orgullo nacional, en nuestra Argentina autodestructiva, inmadura, por lo general, es todo lo contrario.

De la gran cantidad de productores rurales y comercios que se desarrollaron en Bolívar, por un problema de espacio y de tiempo, solamente nombraré dos ejemplos, en representación de la mayoría: como productores, a los hermanos Santiago y Roberto Campion, hijos de irlandeses, nacidos en EE. UU. y finalmente recalando en Urdampilleta; en el comercio, Ángel Vivanco, en San Carlos.

Recuerdo que partir de 1972 y por seis años, en dos etapas, estudié la parte comercial y productiva de las empresas de Bolívar. Buscaba en qué trabajar las próximas décadas y como la formación empresarial en la universidad era nula, me puse a indagar, también, sobre el funcionamiento de los comercios y de los productores del partido. Quería saber cuál era el denominador común en el éxito y, sobre todo, poniendo el énfasis en cómo se agotaba o llegaba el quiebre de las empresas, para, posteriormente, ver como se podían prever y corregir esos errores.

Recuerdo que, en los comienzos del país, los más exitosos, comenzaban con Ramos Generales, etapa posterior a las primogénitas pulperías.

Entre la cantidad de productores y comercios de Bolívar, cabe mencionar a Juan Francisco Ibarra Otoala, que si bien tuvo injerencia en el desarrollo comercial de Bolívar, en este caso puntual,

lo comento principalmente por el relato que da cuenta de cómo se desarrollaba el avance de las colonizaciones, partiendo del incipiente pueblo de 25 de Mayo en 1855.

Otras grandes empresas de Ramos Generales aparte de El Progreso de Ángel Vivanco, similar en tamaño, era el Almacén Inglés de Gómez Tello y Cía. El comercio principal estaba sobre la Av. Ate. Brown, algo más de 50 metros y sobre Ignacio Rivas, en las dos veredas, con otros 50 metros aproximadamente cada una.

Tenían la representación en la zona de maquinarias John Deere, con el tiempo, también Ford, ambas con grandes talleres, una gran barraca para la compra de lana, cueros, unos años después, se siguieron expandiendo cuando compraron La Perla, entre otras cosas. Fue la empresa que más conocí porque Román Tello estaba casado con mi tía Matilde Gallo.

La Perla fue el tercer comercio, que había empezado Melchor Urruti, luego siguieron, entre otros Jaureguizar, Luengas y Cía., finalizado con Sánchez Bedatou, con algún alquiler o compra posterior, de Gómez Tello y Cía. para incorporar algunos rubros en la parte comercial.



Almacén "Inglés" de Gómez, Sanz y Cía. (Posteriormente Sanz le venderá su parte a los hermanos Tello)- álbum San Carlos de Bolívar 1937 - Gentileza Luis Peral

Retomando con Ángel Vivanco, si bien no lo conocí, me resultaron muy acertadas las decisiones empresariales, cómo fueron desarrolladas, los rubros elegidos y, lo más difícil, que se mantuvieron comercialmente siempre en lo más alto.

Ángel Vivanco tenía cerca de 200 metros de frente con todo tipo de productos para la venta: maquinarias agrícolas, autos Ford, electrodomésticos, bazar, y demás. Seguía unos treinta metros sobre la Av. Ate. Brown hasta el número 143, tenían un cartel vertical grande y rojo de International, de maquinarias agrícolas.

Tal era la magnitud y la confianza en la empresa que también tenía la representación del Banco Español y del Río de la Plata, más la del Banco Uruguay.

Compró grandes extensiones de campo en la mejor zona de Bolívar, hacía agricultura, construyó una fábrica de quesos muy reconocidos en la zona y tenía acopios de granos en Ibarra y en Bolívar.

No menos importante en su desarrollo fue la administración de las miles de hectáreas de campo en Ibarra, con la producción, las ventas y su comercialización.



Almacén de Ramos Generales Ángel Vivanco y Cía. (1928).

No puedo dejar de comentar un dicho anecdótico de pueblo que se mantuvo en el tiempo, aunque no he corroborado su veracidad: en Vivanco, como se habían olvidado de facturar un sulky, les faltaba esa plata. Para tratar de encontrar al moroso, decidieron facturar varios sulkys a los que podían ser los posibles compradores. Lo que quedó en la nebulosa, tal vez porque no interesaba, fue qué pasó después, disfrutaban de la anécdota.

¿Todos pagaron de nuevo? Por lo general, las cuentas corrientes se pagaban luego de unos meses o después de las cosechas.

¿Apareció el moroso?,

¿hubo notas de crédito para los que protestaron y las disculpas pertinentes? No tenemos la respuesta, pero la anécdota perduró.

Conocí al hijo de Ángel Vivanco, ya fallecido, que trataba de mantener la producción agropecuaria, ya el negocio había cerrado. Lo veía seguido en las ferias de remate de hacienda a partir de 1972.

Hace un par de décadas compartimos la medianera en un extremo de su campo, ahora a cargo de su nieto Esteban.

La otra gran empresa en cuanto a producción, era de los hermanos Campión.

Según cuentan en el Álbum del Cincuentenario de Bolívar, los Campión llegaron a Puán a fines del siglo XIX, (en la época en que los Gallo Lamaita arribaron a Bolívar). Con los años, fueron avanzando más al norte por el clima y buscando mejores tierras: primero, a Caseros; luego, Daireaux, hasta llegar a Urdampilleta.

Los hermanos Campión fueron los primeros en el país que implementaron la siembra con el sistema Lister, que le dio gran impulso y previsibilidad a la siembra de maíz.

Tal fue el impacto productivo que luego se extendió a otros cultivos con grandes beneficios en las cosechas. Estas se hicieron más seguras, con mayores rindes, tanto que les permitió adquirir la estancia El Deseado, cerca de la estación de tren de Urdampilleta, en 1921, que se la compraron a Benito Lynch, padre del escritor de literatura gauchesca.

Los Campion importaban semillas de maíz de EE. UU. del sembrero de Deere & Company. Tanto el maíz como la alfalfa eran fundamentales para la crianza y el engorde de los cerdos, su principal actividad.

Principalmente, fueron aconsejados por su padre, quien tenía mucha experiencia en la explotación de cerdos en EE. UU.

Fueron, posiblemente, los primeros criadores de cerdo a gran escala del país, de Sudamérica y, tal vez, entre los primeros del mundo por su volumen. La raza era Polland China y llegaban a pastar en los alfalfares hasta 2000 animales.

La peste porcina en 1921 mató el 90 o 95 % de todos los cerdos del país, y como no había vacunas, los Campión construyeron un laboratorio, trajeron un veterinario y todo lo necesario de EE. UU., así elaboraron las vacunas para 30 mil cerdos que salvaron de una muerte segura.

Todos estos adelantos de los Campión potenciaban la producción de granos y de carnes en el país.

También elaboraron el suero anti aftosa para los animales y tenían varios tambos. El Deseado, además de una estancia, era como un pueblo, donde vivían los hermanos Campión más 110 empleados y 14 operarios de sus talleres mecánicos.

Tuve el gusto de tratar, por años, a la encantadora esposa de Santiago Campión, Gisela Arrechea y a su hijo Santiago. Casualmente, hace muchos años somos vecinos, compartimos una larga medianera.

Grandísimos empresarios de la producción, los hermanos Campión.

Como dije anteriormente, quiero traer a colación la historia de Juan Francisco Ibarra Otoala, principalmente porque me gustan las historias de los inmigrantes y porque muestra cómo se iba colonizando una amplia zona adyacente a Bolívar.

En este caso, los inmigrantes vizcaínos, trataban de hacerse camino. Posteriormente será su hijo quien construya el pueblo J. F. Ibarra y el paraje Paula en honor a su madre. En un mapa del oeste de la provincia de Buenos Aires que data de 1890, José Francisco Ibarra figura con 49 000 has. propias, casi el 10 % de todo el partido de Bolívar.

Nadie mejor que Lis Solé, profesora de Música y Lengua en General Alvear, para contar detalladamente parte de la historia desde los inicios de Ibarra.

“Se establece en el campo con una pulpería que bien pronto se transformó en comercio de ramos generales, llamado El Indio, que

finalmente construye en la esquina de la plaza de 25 de Mayo, en la calle 27 entre 8 y 9, lugar donde actualmente se encuentran el Museo y la Biblioteca “Juan Francisco Ibarra”.

Los testimonios orales documentados relatan que, si bien mantenía buenas relaciones con los indios, algunas bibliografías refieren que más de una vez “fue soldado en defensa de los ataques de los malones”.

Hay que recordar que para 1855, en 25 de Mayo no existía más que el fortín “Mulitas” con una escasa población que carecía de una escuela y de un médico; el ferrocarril todavía no había llegado y las distancias se recorrían a caballo, en carreta o en diligencia.

Además, después de la derrota de Rosas en la Batalla de Caseros, comenzaron a deambular por la zona los indios de Calfucurá que venían arrasando la campaña de Alvear y Saladillo.

En el año 1859, a poquito de llegar a 25 de Mayo, el cacique Calfucurá amenazó con arrasar el pequeño poblado de 25 de Mayo, según él, para vengarse del comerciante Juan Basabe.

Así que el 29 de octubre de ese año, Calfucurá, con dos mil de sus indios, estaba dispuesto a entrar al saqueo de «Mulitas»; la intención no se hizo realidad gracias a la intervención del sacerdote Bibolini que, acompañado por los vecinos, le ofreció víveres, dinero y regalos en una noche infernal donde los indios entraron a las casas llevándose todo lo que les apetecía... pero sin matar a ninguna persona.

LA ESTAFETA DE CORREOS Y “LAS PAPELETAS DE CONCHAVO”

Con el comercio de frutos del país (cueros, sal, plumas), Ibarra cada vez hacía más fortuna. Existen de esa época, permisos formales solicitados por los indios para entrar al pueblo a comercializar sus cosas, principalmente la Sal; mineral necesario para el curado de los cueros y para hacer charque o carne salada.

Esos permisos pasaban por el negocio de Ibarra que era el encargado de la Estafeta Postal y que emitía las libretas de conchabo, documento también llamado “La papeleta”, certificado fundamental para evitar ir preso o a un fortín.

La papeleta se estableció con la Ley de Leva que establecía que cualquier varón que careciera de domicilio fijo y no demostrara ocupación con esa papeleta, sería detenido y llevado a cumplir el servicio militar en la frontera. Esas libretas, las expedían las Estafetas Postales y los paisanos debían recurrir a lo de Ibarra no sólo por el dinero que sacaban por el comercio, sino también por protección, para conseguir esos papeles que ese gaucho o indio trabajaba en algún lugar.

LA COMPRA DE TIERRAS FISCALES

Al poco tiempo, Ibarra renuncia a la Estafeta y compra tierras fiscales con entregas semestrales de dinero arrendando también tierras vecinas de General Alvear, Bolívar, Nueve de Julio y 25 de Mayo.

Específicamente, y según las mensuras consultadas hasta el momento, Juan Francisco Ibarra compra en Alvear en los años 1877, 1878 y 1881 las tierras que tenía en arrendamiento (antes no estaba permitido comprarlas), con una superficie de unas 9.000 hectáreas (Santa Paula) y en Bolívar unas 40.000 hectáreas, en la zona que se llamó La Vizcaína, donde llegaron después del 1900 las líneas del ferrocarril a las estaciones de Juan Francisco Ibarra y Paula.

El hacedor de toda esta historia muere repentinamente en 1882.

En Bolívar, La Vizcaína siguió su derrotero en manos de administradores con la intervención del único hijo vivo (con el mismo nombre, Juan Francisco) de siete hermanos, que construye un pueblo completo y lo dona a sus empleados; las tierras son parceladas e Ibarra (h) efectiviza un proyecto de arrendamiento que finalizaba con la “entrega de la llave” o título de propiedad”.

¿Cómo explicar la construcción de este pueblo? Si se estudia la época en la que vivió, se encuentra a don Juan Francisco Ibarra como integrante de la Generación del ‘80, una época que se caracterizó por el optimismo y el convencimiento de un futuro generoso para Argentina con el que se sustanció seguro su pensar.

La Generación del ‘80 creía ciegamente en el progreso, en el crecimiento económico y en la modernización. Para ello, el país debía estar en paz y en orden, síntesis, del pensamiento liberal y conservador.

Quizás, Juan Francisco Ibarra Florido (h), en este contexto de crecimiento, coincidiera con las ideas de Juan Bautista Alberdi cuando repetía que “gobernar es poblar” (en sus tierras vivían 2200 personas), afianzando la civilización, mientras la Argentina llevaba adelante un modelo agroexportador.

En 1899, ante el avance del ferrocarril, don Juan Francisco Ibarra Florido donó 56 hectáreas al Ferrocarril del Sud. Alrededor de la estación, pronto se establecieron los primeros pobladores y changarines en ranchos de adobe que dieron origen al pueblo de Ibarra en 1902.

INSPIRADO EN EL PUEBLO FRANCÉS DE VITTEL

Los antiguos pobladores de Ibarra recuerdan a Juan Francisco como un señor canoso, serio y de andar ligero. Su infancia y su juventud se desarrolló entre La Vizcaína (Bolívar) y San José (25 de Mayo) completando sus estudios universitarios en Buenos Aires, en medio de viajes por Argentina y por Europa, donde vivía su madre, Paula Florido.

Entre esos viajes, se destacan las estancias de verano en la aldea de Vittel, pueblo francés en una región encantada de bosques y castillos, que quedó en el corazón de Juan Francisco y que intentó reflejar en el pueblo.

Con ya casi 70 años, don Juan Francisco Ibarra (h) se había entrevistado con unos amigos ingenieros de Buenos Aires que se unieron al proyecto con entusiasmo y así lograron construir un pueblo a semejanza de una aldea europea.

Los ingenieros pertenecían a la Sociedad Colectiva Petersen, Thiele y Cruz, Arquitectos e Ingenieros, empresa que subsiste hasta nuestros días. Fueron responsables de grandes construcciones en Argentina y también en el extranjero; la mano de obra estuvo a cargo de una empresa local: Naranjo Construcciones, otro gran constructor de Bolívar.

Eran alrededor de 16 construcciones, una de ellas fue una casa con panadería incorporada que compró y trabajó por muchos años mi tío Carlos Real (comentaré en la segunda parte, los Real Rodríguez).

La mayoría de los pueblos pequeños, con el tiempo, fueron quedando muy reducidos porque la gente emigraba. Una de las pocas cosas que persiste, actualmente, es la famosa fiesta del chorizo seco que organiza la colectividad (chorizo tipo español, con pimentón).

La administración del municipio en sus inicios

La administración del erario y la política se corresponde con el resto del país: democracias muy endebladas, incompetencias, caudillismo, corrupción.

Cuando los Gallo llegaron a Bolívar, ya había problemas en el municipio; el encargado era Andrés Gamundi, a quien en 1901 le habían iniciado juicio penal porque había recibido las arcas del municipio con 10 mil pesos y había salido con una deuda de 24 mil pesos.

Otro de los hechos que contaba la familia ocurrió en 1910 cuando Francisco, por primera vez, adhirió a ideas políticas, en aquel caso, al partido radical. Se involucró en la famosa rebelión pacífica del pueblo que tuvo repercusión nacional (por lo general, cuando son de gran magnitud, las rebeliones se producen por temas económicos).

Por ese entonces, la administración del Municipio estaba a cargo de Mansueto Cepeda, pero muy influenciado por el conservador Emeterio Lautre, presidente del Concejo Deliberante.

Hubo corrupción y enajenación de fuentes de recursos comunales a testaferros, pasaron a manos privadas a cifras irrisorias: el matadero, el mercado, el servicio de alumbrado y limpieza, la extracción de arena, más la explotación del cementerio.

Todo esto hizo que el Municipio perdiera la necesaria entrada de dinero para solventarse; según dicen, la gota que rebalsó el vaso fue el aumento de los impuestos para solventar los gastos municipales.

La rebelión en la que participó fervorosamente Francisco ocurrió desde 1 de febrero hasta el 17 de 1910.

Fue de tal envergadura, que estando en cosecha, nadie trabajó, ningún comercio abrió, el pueblo era un desierto; solo se veían unos pocos a caballo.

Francisco, que nunca quería llevar leche y huevos para vender, ahora era el primero en ir, dejaba el caballo en lo de un conocido y no se perdía reunión del comité de lucha. El ordeño a las vacas no se podía suspender, y el pan era sagrado en la dieta.

A la tardecita, volvía a la chacra y le contaba las novedades a la familia. El último día que lo dejaron ir, fue a uno de los actos de mayor envergadura: se habían juntado cerca de un millar de personas en la esquina de General Paz y Roca.

Ante el comentario de Francisco: “los ánimos estaban caldeados y con ganas de seguir hasta las últimas consecuencias”, los padres preocupados, previendo una escalada de violencia, no lo dejaron ir más.

Los ánimos del pueblo estaban caldeados. En esa época, la gente tenía su cuchillo, su trabuco y solían usarlo. A esto se sumaba que las autoridades cuestionadas tenían sus matones que recorrían el pueblo ejerciendo todo tipo de violencia.

Lugar de la reunión: sobre la calle N.º16 al sur (con el tiempo, General Paz y la intersección de Roca), entre la multitud, posiblemente estaría Francisco.

En esa época, al traspasar la calle N.º18 (luego, Av. San Martín), no cambiaron de nombre.



Una de las reuniones, en 1810, posiblemente Francisco andaría por ahí. (Nuestra Historia del Partido de Bolívar, gentileza Raúl Sáez).

Hasta el año anterior, en esa esquina del señor Funes, funcionaba la Iglesia, inclusive, la entrada en la ochava mantiene la forma de una cruz. La sacristía estaba en la segunda ventana sobre la derecha, en la calle Roca, que en la foto no aparece. También se ve en la imagen la Fonda de Tasistro, al terminar la cuadra, a la derecha, sobre General Paz, la construcción más oscura. La foto también refleja la conformación del suelo arenoso donde se construyó el pueblo.

En esa esquina, se mezclan las historias de casualidades y causalidades de los Real Rodríguez: Carlos, Pedro, mamá, Ángel, Andrés, con sus futuras familias, fundamental para nosotros y el repartidor de pan, Héctor Oscar Gallo.

Recuerdo por la foto, el hábito del sombrero, que siguió hasta avanzada la década del 50, cuando yo era chico. Darino, una de las principales sombrererías que fabricaba a medida, estaba ubicada en la calle Mitre 627 y otra de Sainz y Damiani, frente al Banco Provincia.

Otra costumbre de la época era el traje, por lo general, con chaleco y acompañado por el sobretodo. Había muchas sastrerías porque se hacían a medida. Entre ellas, estaban la París de Giffoni, Arbiter de Muccillo y de Moda de Conrado de la Orden.

Para ubicarnos en tiempo y espacio, trescientos metros al norte, con respecto a la foto anterior y por la misma época, se estaba construyendo la iglesia definitiva, entre la escuela N.º 1 y la incipiente Municipalidad, tal como la había diseñado Rafael Hernández.

La comisaría se trasladó atrás de la Municipalidad, sobre la misma manzana, en la calle Arenales, junto a la Asistencia Pública donde solíamos ir a vacunarnos.



Imagen de la Escuela N.º 1, a principios del S XX (aportada por el Dr. Martínez Pérez).

La Escuela N.º 1 se inauguró el 11 de septiembre de 1881 como escuela pública para varones. Muy posiblemente, hasta 1908 había funcionado en la Sociedad Española, antes de trasladarse a las avenidas Alsina y Belgrano.

Coincide la foto con la construcción de la Iglesia que comenzó a funcionar al año siguiente. En 1882, con los excedentes del presupuesto \$ 59 400 para la construcción de la escuela N.º 1, se construyó la actual escuela N.º 2, en ese momento, para mujeres.



Escuela N.º 2, en 1882 (Imagen de Nuestra Historia del Partido de Bolívar).

Los primeros maestros fueron Juan Martínez Ruiz y Gioiele Maranesi en la de niñas, de poca duración. Martínez Ruiz se fue de licencia a la Capital por un mes y no volvió más. Lo de Gioiele fue más complicado, si hubiera vivido algo más de un siglo después, hubiera seguido dando clase.

Una sociedad ignorante, pacata, con celos, envidias, influyeron para que en seis meses se tuviera que ir.

En el año 1882 iban a clase 17 alumnos y 15 alumnas a los dos colegios.

Recién en 1933, la Escuela N. ° 1 tuvo su nombre: Domingo Faustino Sarmiento.

Siguiendo con la historia, según comentaban, el Municipio había querido sacarle los solares a la gente de condición humilde o a los adversarios políticos con los títulos en regla para dárselos a gente afín a ellos.

Tanto María como Doménico tenían muy presente los acontecimientos del Molino de Haupt, diecisiete años atrás, cuando similares personajes se querían quedar con las chacras de los propietarios, como comenté anteriormente.

Por ese motivo, siempre recordaban los festejos luego de esa salvadora primera cosecha de trigo y el posterior pago de la deuda de las dos chacras.

Con el tiempo, tuvieron cosechas dispares, ganaban en unas y perdían en otras, pero las chacras estaban pagas.

María no quería más muertes, como había sucedido el recordado 2 de octubre de 1892. Temía por el enfervorizado Francisco.

También, en 1905, ya viviendo en la chacra, habían muerto 10 personas en la masacre de Pirovano, en la sublevación cívico-militar acontecida en Argentina, organizada por la Unión Cívica Radical —dirigida por Hipólito Yrigoyen contra el gobierno del PAN en reclamo de elecciones libres y democráticas—.

Pasado un tiempo, dejaron volver a Francisco al pueblo, si bien la lucha siguió, en especial fue a nivel de la Gobernación, la mayoría de los conservadores también fueron adhiriendo y, a fines de junio, separaron a Lautre del cargo en el Concejo Deliberante. En los diarios de la Capital, resaltaban “quizá el único caso en los anales de civilismo argentino”.

El triunfo duró un tiempo, los factores de poder políticos y económicos, mayoritariamente conservadores, volvieron a gobernar por peso propio y la capacidad para ejercer el poder ante la impericia de los opositores.

La historia de Bolívar no es una excepción, se circunscribe a lo que ocurría en toda la Argentina con otros matices y formas. Francisco permanecería radical y sin conocersele un trabajo hasta su muerte.

Pasado el primer siglo de vida, los hombres e instituciones que tuvieron injerencia en el desarrollo del pueblo aspiraban, según dichos naturalizados en la población, a “un pueblo tranquilo y lindo”.

En un país muy difícil donde cambiaban rápidamente las condiciones económicas, no solo tenían un cierto recelo a las fábricas, tampoco había empresarios para crearlas o mantenerlas en épocas de crisis.

La dirigencia estaba relacionada mayormente con la actividad principal del partido: ganadería, agricultura y los comercios. Había pasado el primer gobierno de Perón. El obrero pasó de ser mayormente explotado al otro extremo y el empleador, ya sea en el campo o en el comercio, se curó de espanto.

Siempre los argentinos vamos de un extremo a otro, nada puede hacerse en común y respetando al otro.

Quiso venir la fábrica Oleaginosa Moreno, le exigieron tanto que no le quedó otra alternativa que irse a Daireaux favoreciendo su crecimiento.

Las romerías en el Prado Español y una de nuestras historias de amor: la de mi abuela González Rubio

Volviendo a nuestras historias familiares, aunque no recuerdo si me contaron o lo soñé, Irene González, mi futura abuela, conoció a Francisco en las romerías de la Sociedad Española, a principios de 1913. Eran fiestas populares muy famosas en la zona, se realizaban en los hoteles y en las fondas, había que llamar con tiempo para reservar lugar porque se agotaban las piezas.

Era tan importante que las autoridades pedían cerrar los comercios a partir de las 14 horas durante los tres días.

Para el pueblo, era una fiesta muy esperada y, para los organizadores, una fuente importante para recaudar fondos que servían para solventar la infraestructura (entre otras cosas, atendía a sus socios por temas de salud desde prácticamente su fundación, el 8 de septiembre de 1882).

Como dije anteriormente y con iguales propósitos, el 22 de mayo de 1881 se había fundado la Sociedad Italiana.

Una de las nuevas diversiones de las hermanas González Rubio, Irene y Manuela, era andar en bicicleta.

Haciendo historia, la mamá Rubio y el papá González tuvieron cuatro hijos: Jesús, Fermín, Manuela y mi abuela Irene, en Neira, perteneciente a Lugo.

Luego de la muerte de su esposa, González se casó nuevamente con Josefa Castelao, en Fonsagrada, también perteneciente a Lugo, tuvieron cuatro hijos: Federico, Antonio, Concepción y Daniel.



Foto de Nidia y Alfredo Carretero

Manuela (la del medio), Jesús, Irene (mi abuela) y Fermín, son González Rubio. El primero de la izquierda era Daniel (supo manejar el tranvía en Buenos Aires).

Federico González Castela se casó con Margarita Itzaina, tuvieron 8 hijos, tres o cuatro de ellos fueron grandes jugadores de fútbol, los dos más conocidos: Alfredo y César.

Con los hijos muy chicos, se murió su esposa, y González no estaba en condiciones de hacerse cargo de ellos. Con la concebida tragedia, los 8 hijos ahora se encontraban sin la madre y muy poco de su padre.

Una de sus hijas, Aurora, se traslada a Remedios de Escalada, hizo de madre con muchos de los hermanos. Ahí fueron, entre otros, Alfredo y César. Al tiempo, jugaban en la primera de Talleres de Remedios de Escalada.

Anteriormente, Alfredo había jugado en la selección de Bolívar que ganó el primer campeonato argentino de fútbol en el año 1931.

Luego, se radicó en Brasil, lo apodaron “el carioca”, siempre jugando al fútbol (creo que en el flamenco y Vasco da Gama) y vino como DT del Palmeira a disputar el partido de ida de la final de la copa de América con Estudiantes en el año 1968.

Lo vi a 20 o 30 metros cuando iba al banco de suplentes, pero el estadio era una locura, un hervidero, me resultó imposible saludarlo o acercarme al vestuario.

En Brasil, el Palmeira ganó 3 a 1, tuvieron que jugar el desempate en Montevideo. Como hincha de Estudiantes, veía hasta los entrenamientos de la primera; me quedaba de paso para la facultad, conocía de memoria cómo jugaban. Te hago todo este comentario porque el equipo de Estudiantes cuando jugó en Montevideo la final, no era el que yo conocía, nunca los había visto correr tanto, sin cansarse, pasaron por arriba a los brasileros.

En esa época, no había controles de nada.

Nuestro pariente Alfredo protestó en declaraciones en los medios por algo que había sido más que evidente, pero no hubo consecuencias.

El otro hijo, César, posiblemente por azar, siguió su carrera futbolística en Niza de Francia. Luego continuó con un cargo institucional, inclusive como embajador deportivo del club. Tuvo dos hijos, Daniela y Federico.

César, estimo que alrededor de 1970, estuvo unos cuantos días en Bolívar, lo disfrutó mucho, durmió en casa. Otros días se quedó en el campo donde vivía Domingo (hermano de papá) y otros, en Urdampilleta.

Visitó a todos los parientes, sobre todo a su tía, mi abuela Irene. Andaba mucho con papá, era un hombre muy amable, inclusive me regaló unos botines franceses con taponés de goma dura (por lo menos, era lo que me parecía a mí), que nunca había visto.

Siguiendo con la salida de las chicas, Irene y Manuela, una hora antes de comenzar la romería estaban alquilando dos bicicletas en el almacén de Benito González, en frente a la Sociedad Española.

Hablando de las González, unos cuantos siglos atrás, nuestro antepasado seguramente se llamó Gonzalo a secas. Por lo general, todos tenían un único nombre. Cuando la población creció, ante las confusiones por el mismo nombre de muchas personas, le agregaron “ez” que quería decir “hijo de”, conformándose los apellidos patronímicos, derivan del nombre del padre. En nuestro caso, pasamos de Gonzalo a González o, mejor dicho, a Gonzalo González.

Siguiendo con la actividad recreativa, las chicas llevaban vestido largo, oscuro, con bordes blancos y algo más amplio de las caderas hacia abajo, tanto que apenas permitía ver las medias blancas con puntillas y unos gastados zapatos oscuros. Un sombrero no muy claro dejaba entrever un largo pelo recogido.

Las chicas tenían un recorrido establecido para andar: por las veredas, donde la tierra estaba más firme. Irene marcaba el camino.

Después de andar un buen tiempo, cuando creía que tenía “domada la bicicleta”, algo cansada de tanto pedalear, Irene casi se cayó al cruzar la calle por una huella pronunciada, si no fuera porque la sostuvo un hombre que pasaba por ahí.

Después de agradecerle la gentileza, algo asustada, fue con su hermana a devolver las bicicletas.



Mi abuela Irene, en 1914.

A Manuela le habían prometido que iría a verla un muchacho que había conocido, de nombre Carlos Fernández, le habían dicho que era de cerca de Torrecita.

La música con sus pasodobles les daba ganas de bailar: creaban un clima que recordaba a la lejana España.

La Sociedad Española alquilaba los servicios de bandas de doce a quince músicos de pueblos vecinos o de Buenos Aires que interpretaban las delicias de los paseantes de la tarde y de los concurrentes al baile de la noche.

No faltaban las gaitas, ni la dulzaina, el tamboril y, algunos años, también el chistu vasco.

Cerca de quinientos farolitos chinescos estaban diseminados por todo el predio. Concurría mucha gente del campo o de pueblos vecinos que, como comenté, colmaba los hoteles.

La organización del evento también recordaba, de alguna manera, a las comunidades de inmigrantes más representativas del pueblo, habían puesto no tan arbitrariamente para esa época, gran cantidad de banderas que engalanaban el prado: 50 banderas españolas; 25 argentinas; 20 italianas y 10 o 15 francesas.

En el año 1901, la Sociedad Española tenía 352 socios.

Curiosidades y formas de vida en esos tiempos, Argentina estaba segunda en distintivos patrios, muy cerca de la italiana y lejos de la española.

Seguramente, a medida que avanzaba el siglo XX, las proporciones de banderas argentinas iban a ser mayoría.

A la entrada, había un kiosco. Irene y Manuela, maravilladas, miraban los nuevos objetos de bazar inaccesibles para ellas, que habían llegado de Europa. Ya en el centro de la romería, pero a un costado, había una gran carpa clara, donde se encaminaron las chicas, un poco por curiosidad y otro poco buscando sombra porque el sol estaba todavía fuerte.

Siguieron caminando, pasaron al lado de unos hombres que tomaban aguardiente, anisados y refrescos; algunas damas con sus respectivos maridos bebían licores suaves. Pidieron una limonada que compartieron por los alicaídos bolsillos, producto del alquiler de las bicicletas.

Las expectativas, aunque no las comentaban, estaban puestas en ver a “sus hombres”.

Luego de un tiempo, sin que pasara nada, las chicas fueron hacia el fondo, sobre un costado, donde había también gran cantidad de hombres, ahí fuimos a “pispear”, habían comentado Manuela.

Algunos estaban eufóricos y otros, no tanto, alrededor de varias mesas.

Cuando se acercaron, pudieron ver las tómbolas, las ruletas, otros juegos de azar y las caras masculinas.

Después de un buen rato y sin divisar el objetivo, las chicas salieron de la carpa.

Las bienvenidas nubes, una suave briza y el atardecer moderaban el calor; mientras, el aguatero en el patio se hacía el día. Ellas maldecían haber gastado el doble en la limonada dentro de la carpa y sin ningún resultado positivo.

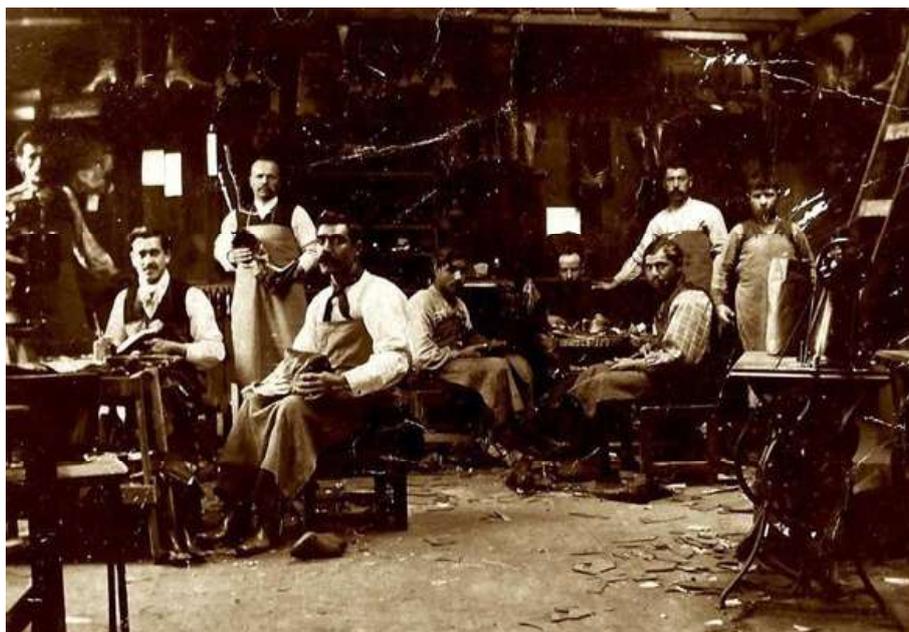
Las horas pasaban, la multitud cada vez era mayor, prácticamente cubría las instalaciones. Al fondo, una fila larga de hombres hacía cola para tirar al blanco, al lado, más eufóricos y encarnizados; otros tiraban con unas pelotitas a cuatro filas de tarros horizontales, más tres filas arriba unos de otros, luego dos y arriba del todo, el último.

Había algunos sombreros que partían los corazones más berroqueños y la moda que ha perforado la cabeza de todo el sexo débil, confundiendo en revuelto mare mágnun, la sirvienta con la patrona, la que habita un rancho de paja con la de la casa moderna; la del campo, que a duras penas vive, con la acomodada estanciera y así por el estilo, es la causante de que en la sociedad vayan desapareciendo lo que llaman “clases”.

Con las últimas monedas que tenían, compraron dos grandes ciruelas rojas al frutero que estaba en el predio.

Al rato, Irene estaba por sugerir a Manuela que quería irse, comenzaba a sentirse incómoda, se notaba su vestimenta arrugada, con polvillo, al igual que los zapatos, que se resistían a ir a la basura. Contrastaban con los impecables vestidos, grandes sombreros y brillosos zapatos de las damas que iban llegando al baile de la noche.

Para colmo, el zapato le había lastimado un dedo del pie, lo había cosido mal por no llevarlo a la “Zapatería Marconi” de Colella (con el tiempo, una de sus hijas, se casaría con su cuñado Antonio Gallo).



Así trabajaban antes las zapaterías en sus talleres, en este caso, Roma, de Rizzi y Noseda. Al frente del taller estaba Salvador Noseda y, en las ventas, sus hijos Ernesto y Raúl.

Siguiendo con la abuela Irene, ya estaba contrariada y cansada cuando le tocaron el hombro, pensando que era Manuela, alcanzó a decirle “vamos”.

Tardó uno segundos en reaccionar ante lo inimaginable: ¡la estaba invitando a bailar el hombre del incidente de la bicicleta! Según Irene, quedó paralizado al verlo, no podía reaccionar, no le salían las palabras; el bailarín no entendía qué había querido decir con “vamos”.

Fueron segundos que parecieron una eternidad, el hombre pensó que quizá ella le estaba diciendo que no, cuando comenzaba a irse. Una Irene turbada atinó a un ¡sí!, el único inconveniente fue que le salió demasiado fuerte.

No había vuelta atrás, el hombre volvía a buscarla, ella estaba paralizada, ahora dependía totalmente de su instinto.

Para colmo, la gente de alrededor, algo risueña, se había dado vuelta en su totalidad por los abultados decibeles del sí.

Cuando caminaba hacia la pista, instintivamente hizo un gesto a Manuela para que la espere, no podía creer que el que le había sostenido la bicicleta se hubiera fijado en ella.

Cuando salieron a bailar, durante la primera pieza, comentaría Irene, se concentró en seguir bien los pasos, dificultada algo más porque su compañero no era buen bailarín y sus manos comenzaban a transpirar.

En la segunda pieza, se miraron por primera vez; Francisco le dijo su nombre y ella retribuyó con el suyo, Irene.

Irene comprobaría que, por lo general, la felicidad a veces es breve y fugaz.

Cuando comenzaban a perder el miedo y a conversar, la banda increíblemente dejó de tocar, ¡era el intervalo!

Los músicos invitaban a los presentes a seguir más tarde, en el baile de la noche.

Ante el inesperado contratiempo, no supieron qué hacer, quedaron inmóviles durante unos segundos disimulado, en parte, por la cantidad de parejas que se iban de la pista. Francisco dio el primer paso para acompañarla hasta donde estaba Manuela.

Se despidieron con la promesa de que al otro día se encontrarían en la romería.

Irene estaba como en el aire, se sentaron para recuperarse de la emoción.

Le presento al bailarín, futuro príncipe valiente de la abuela Irene, Francisco, mi futuro abuelo.



Francisco Gallo (Foto gentileza de Adriana Buenanotte Gallo).

Más de 30 años me llevó encontrar la foto de Francisco, la recuperé gracias a Adriana Buenanotte (hija de Anita Gallo).

Había vuelto con mayor intensidad el dolor del pie de Irene, que había pasado a segundo plano, pero por miedo a que la viera Francisco no se había sacado el maldito zapato.

Como no tenían más plata, tomaron un par de mates gratis que le convidó la cebadora oficial de la romería, Petrona Gante, vecina de ellas.

A la mañana siguiente, les comentó Petrona que, por sus servicios, cobraba 2 pesos por noche a los organizadores de la romería.

Quedaron de verse esa tardecita en la romería para seguir con los mates, detalle muy importante para los exhaustos ahorros de las hermanas.

Cuando se iban, con una Irene exultante y una Manuela contrariada porque “su Carlos” no había venido, comenzaba la suelta de globos aerostáticos.

Dos cuadras más delante de la romería, “Irene siguió descalza”, no aguantaban más el dolor, comentó Manuela.

Después de un par de horas y mientras charlaban en la cama, comenzaron a escuchar los ruidos de los fuegos artificiales que inundaban de luces el cielo del pueblo.

Irene había tenido su mejor día. Esa noche durmió feliz.

Terminadas las romerías, comenzaba la historia del sufrido e incompleto amor de la abuela Irene con Francisco y de su mala relación con sus futuros siete hijos.

El baile de las pulgas

Adelantándome en el tiempo, pero siguiendo con el Coliseo Español, como cantaba Mercedes Sosa, “todo cambia”, en este caso, me refiero a sus actores, al modo de pensar, al mundo y, por lo tanto, a las instituciones.

Tal es así que esa fabulosa catedral del teatro que estaba al lado de la romería, con capacidad para 600 personas, orgullo de la Sociedad Española y del pueblo, salió a licitación para arrendarla en 1943. El inquilino fue Manuel Otero y la convirtió en cine.

La primera película que se proyectó fue Casablanca, el 13 de marzo de 1944.

Con el tiempo, Otero pidió el terreno para los mismos fines donde recién habían bailado mis abuelos.

Así nació el famoso “baile de las pulgas” para las fiestas de carnaval, llamado en forma peyorativa por la gente que frecuentaba los bailes en los clubes o en la Municipalidad.

Ya no alcanzaba el deseo del periodista de antaño, cuando escribía “grandes sombreros que confundían en un revuelto mare mágnun, la sirvienta con la patrona”.

La abuela Irene se casa

Retomando la vida de Irene, después de un año de noviazgo y ajena al comienzo de la Primera Guerra Mundial, en 1914, con 18 años, se casó en Bolívar con el treintañero Francisco, en la nueva Iglesia a medio construir.



La abuela Irene se casa

María Lamaita fue la madrina de boda de su hijo y Jesús González, uno de los hermanos de Irene que vivía en Benito Juárez, fue el padrino y la acompañó al altar.

María Lamaita había participado en el casamiento de Rosa en la otra iglesia. Lo que no trascendió es si María le había dicho nuevamente a su marido al final de la noche, “otro menos” o, mejor dicho, “al fin, Francisco”, si no fue así, seguramente estuvo en su pensamiento.

Doménico, algo disminuido transitaba lamentablemente el último año de su vida. Vestía con traje oscuro, camisa blanca con moño al tono, chaleco con bolsillo donde llevaba el reloj de mano con cadena, galera, bastón con mango de plata trabajada y barba candado, ahora bicolor.

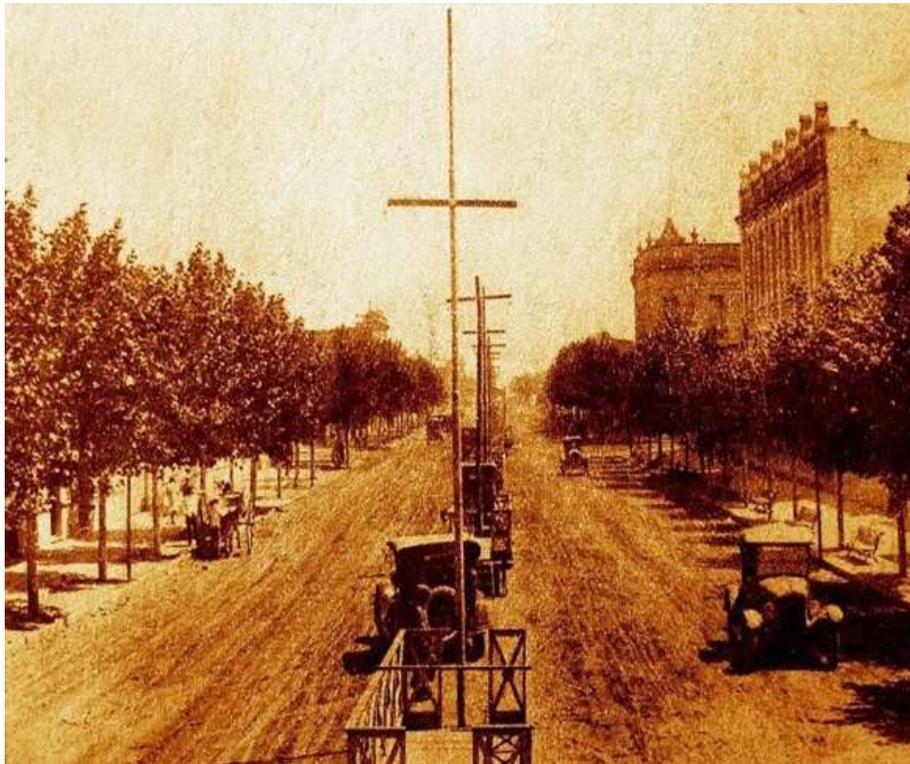
En la calle, estaban poniendo por primera vez los faroles (90 en total) para el alumbrado eléctrico: la fisonomía del pueblo, ante la alegría de la gente, iba a cambiar con las noches iluminadas.

Para los amantes de la pesca y de los barquitos, se formaba el Club Náutico en las Acollaradas; un poco tarde para el pescador Doménico.

A continuación, dos fotos de la escenografía de Bolívar, la primera, cuatro años después del casamiento (1918), con grandes avances en la construcción de la Iglesia, el parque automotor y la otra, de la arteria principal de la ciudad.



Dos Fotos publicadas en Nuestra Historia del Partido de Bolívar.



Avenida San Martín al 500 (Circa 1933.)

“¡Ay, Francisco!”

Siguiendo con Irene, lamentablemente no fue una buena elección su compañero de baile. No la pasó bien con Francisco, se peleaban mucho, él se iba muy seguido de la casa dejándola sola con sus hijos y con los trabajos en la chacra.

Francisco no trabajaba en el campo, si lo hizo, fueron los primeros años. Según cuentan, hasta solía sacarle la poca plata que ganaban sus hijos varones y su mujer para gastarla en el pueblo.

No parece muy entendible el comportamiento de Francisco a juzgar por la formación familiar que había recibido, aunque su tío Amalio era violento con su familia.



De izquierda a derecha: sentados Héctor Oscar (mi padre) y Domingo; parada Evangelina, la abuela Irene con Matilde en brazos, Velia al otro lado y Francisco.

Una vez, llevó a papá a Buenos Aires por un problema de salud (de ese viaje da cuenta la foto), pienso que pudo haber sido por un problema en sus amígdalas o algo más complicado.

Estaba operado en un hospital de Buenos Aires y, posiblemente, solo la mayor parte del tiempo de la internación. Le mandó a su madre y hermanos una tarjeta postal (principal medio de la época para comunicarse) con su foto que reflejaba, en parte, la situación que estaba viviendo.

En el envés de la foto figura el siguiente texto, con algunas correcciones: “Querida mamá, te mando esta postal como recuerdo de mis tristes días en esta ciudad. Hoy papá me sacó del hospital, estoy muy bien, te dice papá que el jueves vamos para allá, abrazo a los chicos y a vos, besos. Oscar Gallo”.



Oscar (mi padre) al salir de la internación en el Hospital, en Buenos Aires.

¿Por dónde habrá andado Francisco y cuánto dinero gastó en esa semana en la Capital? Fue el gran interrogante, su familia no se enteró.

Según comentaron sus hijos, también “llevaba mujeres al campo (donde vivía la familia)”, a comer en los frutales que le habían comprado a Luis Sarrat y que tanto les había costado cuidar a Irene y a sus hijos.

Las mujeres que frecuentaba, posiblemente, eran de los prostíbulos que estaban en las inmediaciones de 25 de Mayo y Fabrés García. Por las costumbres de esa época, deduzco que ninguna otra mujer iría a una chacra donde se encontraba la familia del hombre.

Como vivía en el pueblo la mayor parte del tiempo, gastó posiblemente solo la herencia de sus padres (cada uno de sus hermanos había heredado alrededor de 43 hectáreas).

Domingo, uno de sus hijos, cansados con su mal trato, se fue a trabajar a Benito Juárez con su tío Jesús González (hermano de su madre Irene).

Cuentan también que Francisco alardeaba andando en avión. Un día, al sobrevolar la casa, les arrojó un diario. La familia, posiblemente, no sabía que había bautismo de vuelos: pagando una suma de dinero daban una vuelta sobrevolando el pueblo.

Con respecto a las vidas de mis abuelos, se las deberían de ingeniar para reconciliarse y seguir teniendo hijos. ¿Por qué fue así? Son interrogantes que ya no serán develados, posiblemente la cultura y las costumbres de la época tienen la respuesta.

Emulando a su tío Amalio y a su cuñado Corbi, Francisco, además de pegarle a su hijo Domingo, seguramente en la repartija le tocaba también a la abuela Irene, porque habían venido de los hermanos de Benito Juárez a amenazarlo que “si le pegaba, se las tendría que ver con ellos”.

Al no trabajar y como le gustaba estar en el pueblo, empeoró la relación con su esposa e hijos, sobre todo, con los varones. Vivían 800 metros antes del cruce de las rutas 226 y 65, sobre el margen izquierdo, saliendo de Bolívar.

Recuerdo de muy chico, haber estado a la nohecita en la tranquera de la casa, mirando las pocas luces del pueblo, con miedo

a los gitanos (posiblemente para que no anduviéramos solos, nos asustaban con el cuco o con los gitanos).

Pasaba esporádicamente algún vehículo que levantaba polvareda por el hasta entonces acceso de tierra a Bolívar.

Los martes: día de las damas bolivarenses en el cine Select



El cine Select, situado en las calles Venezuela y Olascoaga (en Nuestra Historia del Partido de Bolívar, gentileza R. Genovese).

Los martes programaban cine para las mujeres, se llamaba el “día de la dama bolivarense”, pasaban películas supuestamente del agrado de ellas, con entrada económica.

A las Gallo le gustaba ir al cine, iban los martes a la noche a ver “las cintas” y, como no conseguían que los varones las acompañaran, disfrazaban a mamá de hombre para que nadie las molestara.

Venían en sulky al pueblo, lo dejaban a dos cuadras del cine, le quitaban el disfraz a mamá, lo escondían bajo del asiento y se disponían a disfrutar de las películas.

Como verán, en esa época, dejaban la “llave puesta del sulky” de noche y nadie se lo llevaba.

Nosotros, promediando el siglo XX, íbamos a ese cine los domingos a las 13 horas: daban dos películas más un capítulo de otra que seguía, continuada por varios domingos.

Recuerdo la sala, sus olores, los gritos y el zapateo contra el suelo de los chicos cuando pasaba algo importante en la película.

Otra salida en esas épocas, aproximadamente 80 años atrás, era ir a la Vizcaína, aunque no era tan común. Allí se podía cenar, se festejaban casamientos (recuerdo haber ido a uno), cumpleaños o solo ir a tomar algo, algunas costumbres se mantienen hasta nuestros días. A continuación, cuatro fotos publicadas en Bolívar, nuestra historia.



Foto del Hotel "La Vizcaína".

Siempre existió la "vuelta al perro", ya sea a pie o en auto, por la avenida San Martín, la avenida Brown y también por el parque.

Una típica "vuelta a la glorieta" de un domingo por el parque.



La isla de la glorieta, a la derecha, el puentecito de madera (fotos de Partido de Bolívar, Nuestra Historia).

Con los años, aumentó notablemente el tráfico en el pueblo, fue necesario poner las garitas manejadas por la policía en puntos estratégicos.

Recuerdo algunas en la Av. San Martín. Una, en la intersección con Av. General Paz, donde ahora está el mástil.

En la foto, en un acto público, se ve la garita donde dirigía el tránsito un policía, a la derecha, la librería El Globo que, en las últimas décadas, estuvo dirigida por Isaac Mosca.



Garita de la policía para controlar el tráfico

Otro recuerdo: las bocinas propaladoras que hacían las veces de las futuras radios. Estaban ubicadas en lo más alto de las fachadas de unas pocas casas, en las esquinas. En la foto, a la derecha, arriba de la librería El Globo se ven claramente. Había otra en Av. Lavalle y Sargento Cabral.

El primero en comenzar con la actividad de las bocinas fue Armando Casino, en la Av. Alsina entre Arenales y Güemes, donde también funcionaba la Alianza Francesa, después, lo vendió a Carlos Márques y luego, con los años, lo continuó su hijo como Carlos Márquez junior. Ese estado primigenio fue lo que, aproximadamente medio siglo después, se transformó en las radios FM.

Comenzaron en 1936 en la Av. San Martín, próxima a la calle Viamonte, en forma informal, recién dos años después fue autorizada.

Pasaban música e información y, a las tardecitas, analizaban temas deportivos. La gente se agolpaba en las esquinas para escuchar y comentar. El estudio se trasladó a la calle Av. Almirante Brown N. °132, se solventaba con las propagandas.

La mudanza de la abuela Irene

Pasaban los años y, a medida que se casaban los hijos de Irene, se iban del campo. Finalmente, cuando ya estaba entrada en años, los dos hijos varones que eran socios le compraron una casa en la calle Olavarría y Santos Plaza, a metros de donde vivíamos nosotros.

Recuerdo la mudanza en el camión de sus hijos, como también el trato diario que tuvimos por años con la querida abuela.

Una de sus camas donde habrían dormido ella o alguno de sus hijos en la chacra está en mi casa, en la pieza donde dormía mi hija Eugenia que la compramos cuando se vendieron sus cosas.

La abuela Irene, al final de sus días, con valentía y sin quejarse, estuvo dos años en un hogar, en la calle Lavalle y Sargento Cabral.

Mamá propuso hacer una rotación para tener a la abuela: las hijas dijeron que no la podían tener en sus casas, a su vez, Irene no quería molestar a las hijas.

Siguiendo con sus hijos varones, pienso que quedaron enganchados con el antiguo barrio porque compraron parte de una chacra cercana donde vivían, cuando habían sido socios. Ahí tenía los caballos y el carro para repartir la leche.

Con el tiempo y sin sociedad mediante, papá siguió comprando chacras vecinas.

Velia Gallo (hija de Irene), casada con Enrique Remis, habían comprado también una chacra muy cerca.

Rosa, casada con Ané, como comenté anteriormente, fue vecina. Los Piccirillo, también, tenían buen trato; es posible que la mujer de Antoñito Gallo haya vivido ahí.

A papá le gustaba trabajar en el pueblo, había comenzado de joven como de repartidor de pan en la panadería El Sol.

La lechería

Con el tiempo, mi padre siguió de repartidor, pero de leche — ahora como dueño— en una sociedad que tenía con su hermano Domingo, quien estaba a cargo de la fábrica en el campo junto con la familia Scalice, que ayudaban en el ordeño.

El entrañable Mazzucco era quien traía la leche todos los días en un carro de grandes ruedas tirado por cuatro caballos hasta Santos Plaza 84 donde alquilábamos una casa. De ahí, papá iba recargando para repartirla, mientras mamá quedaba a cargo para vender al por mayor a algún lechero y un poco al por menor.

El ordeño en el campo comenzaba de noche, aproximadamente a las 4 de la madrugada: el despertador en casa sonaba alrededor de las 5 horas, todos los días.

A la mañana temprano, en el garaje de la casa, se bajaban los tarros de leche, traían entre 600 a 900 litros aproximadamente, según la época del año.



Papá en los primeros años como lechero, con su cartera de cuero colgada donde ponía las monedas de la venta de la leche y, eventualmente, 50 centavos o 1 peso en billetes.

Un dato curioso de los caballos con los que repartía la leche era la memoria visual que tenían. Papá se bajaba en una casa a dejar la leche y los caballos seguían hasta la otra casa, siempre en la misma cuadra, donde también dejaba y ahí lo esperaban para seguir.

En el verano, como sobraba leche por la mayor producción, con una máquina desnatadora que teníamos, ayudábamos a hacer crema para la venta, y el suero del subproducto volvía al campo para los cerdos.

Si trabajábamos mucho y ayudábamos a limpiar los pisos, cuando pasaba el heladero Font en un carrito de tres ruedas a la siesta, nos compraban a Alberto y a mí dos helados de 5 centavos. Se imponía en esos tiempos el chocolate, la vainilla y el limón; con las décadas, el dulce de leche y el sabayón resultaron imbatibles.

Otro dato de la casa que alquilábamos en la calle Santos Plaza N.º 84: la puerta de calle, por lo general, quedaba abierta.

Se terminaba el trabajo pasado el mediodía, luego de una exhaustiva limpieza por el manejo de tanta leche, mientras papá llevaba el carro a la chacra, cerca del cruce de las rutas 226 y 65.

Volvía a casa en la bicicleta alrededor de las 13 horas, con la que iba todos los días, a las seis de la mañana a buscar el carro.

El ordeño se realizaba a mano, en un lugar sin techo, por el paraje El Porvenir, a unas tres leguas del pueblo. El frío, las lluvias, el barro, la posible brucelosis y tuberculosis dificultaban aún más el trabajo.

Primero, era feriado solamente el 1 de mayo, con los años, se incorporó el 1 de enero.

A medida que iban creciendo la lechería y las ganancias, también lo hacía la incipiente visión para los negocios de mi padre que ayudó, en gran parte, al mayor crecimiento del patrimonio de la sociedad.

Con los años, ya sin la sociedad, seguramente con satisfacción, papá siguió comprando lotes chicos, vecinos a donde había nacido.

Fue muy trabajador, con gran instinto de superación, honesto, solidario. Es reconfortante haber escuchado a través del tiempo, siempre buenos comentarios de él. Han pasado un poco menos

de medio siglo de su accidentada partida, pero su memoria siempre está presente.

Si bien les había encontrado la vuelta a sus negocios, su mayor visión y su capital fue incentivar y sostenernos para que continuáramos con estudios universitarios.

Estábamos tratando de superar el plan “A” de mamá: Alberto, a trabajar en el banco; Griselda, a estudiar un profesorado y a mí, lo más difícil, ir a trabajar al campo.

Su muy lamentable y rápida partida no impidió que completáramos los estudios universitarios.

Unicef confirmaba que los hijos de padres sin escuela primaria (en nuestro caso, un segundo grado dudoso de ellos), cuaduplican los niveles de pobreza.

Nuestros años trágicos

Siguiendo con la historia, en este caso muy triste, el 1 de Julio de 1915, con 65 años y producto de una hemorragia cerebral, lamentablemente, María volvió a enviudar.

Había llegado a su fin la vida de su gran amor: el teggianesi Doménico Gallo.

A un poco más de un año de su muerte, en 1916, recién San Carlos fue declarada ciudad.

Cuenta la gente que siguió frecuentando a María, que vivió con el recuerdo de su esposo y, además, era visitada por sus hijos (especialmente por Rosa y por sus nietos).

Regularmente, juntaba flores en su patio, ataba el caballo al sulky e iba al cementerio a visitar a su Doménico.

Impensadamente, el destino todavía tenía reservado otros capítulos más para la pareja.

La historia de los “tanos” continúa quince años después, en un septiembre trágico de 1930, cuando murió nuestra María Lamaita (la primera italiana en llegar a Argentina), en momentos en que José F. Uriburu, al mando del ejército, derrocaba al gobierno democrático de Irigoyen por medio un golpe cívico-militar.

Así se inauguraban los famosos golpes militares en Argentina a los regímenes democráticos, con la participación del otrora “bebé” Juan Domingo de la señora Sosa, que tanto dará que hablar.



Construcción del pórtico del parque Las Acollaradas, en 1931 (foto aportada por Martínez Pérez).

La crónica número 11 de El Precursor, un pequeño diario del cura Plana, daba la noticia más triste: “en la madrugada del 29 de septiembre de 1930, a los 86 años muere nuestra Doña María Lamaita de Gallo, su vida fue de una buena cristiana, cumpliendo como tal mientras la salud se lo permitió.

Siendo muy vastas las relaciones de familia y amistades que han sentido su desaparición. Se le ofició un responso en su domicilio y se le ofreció una misa de cuerpo presente en el templo parroquial, siendo muy numerosa la concurrencia que quiso testimoniar su aprecio a la finada y a la familia”.

Por el certificado médico que se conserva en el cementerio, sabemos que murió producto de una insuficiencia cardíaca; era muy longeva si tenemos en cuenta que, en la década del 30, la medicina era muy precaria, sin siquiera antibióticos.

El comentario de la familia Ané, con los que ella convivió siempre, dice que murió en el hospital de un cáncer de labio. Bajo esa hipótesis, decían que había recibido un picotazo de un avestruz en el labio.

Uno se va y otro llega

Luego de algunas vivencias, pensamientos y formas de ver que quería comentar, no como verdades absolutas, sino para cotejarlas con otras, retomo la historia familiar.

Francisco, mi abuelo, por su parte, pasó los últimos años de su vida solo en un hotel que estaba en la esquina de Roca y Las Heras, para morir finalmente en el hospital.

En los últimos días, sus hijos fueron a despedirse; no trascendieron las charlas, tan mal la deben haber pasado que nunca hablaban del padre.

Al parecer, aunque sin una confirmación fehaciente o solo una expresión de deseo, les habría pedido perdón.

Compartí con mi abuelo treinta días de nuestra existencia (desde el 1 de diciembre hasta el 30, del año 1948), él, agonizando; yo, en plena adaptación a la vida.

Dicen que se perdieron todas sus pertenencias, el comentario que escuché de mamá fue que Irene, en un ataque de rabia, le habría quemado el baúl donde tenía sus cosas.

Nada había quedado de los gratos momentos, de los bailes en la romería, de cuando le sostuvo la bicicleta impidiendo que se cayera y por qué no, de muchas noches acaloradas.

Otra curiosidad de los Gallo es que mi tío Domingo interrumpió, seguramente por la mala relación que tenía con su padre, una tradición que llevaba 130 años en la familia. Un Francisco le ponía a uno de sus hijos Domingo, a su vez este, Francisco a uno de los suyos. Tío Domingo en vez llamar Francisco a su hijo, lo llamó César, y él tuvo dos hijas.



Los Gallo (de izquierda a derecha): Héctor Oscar (mi papá), Maruca, Velia, Matilde, Domingo, Anita, Evangelina y la abuela Irene, feliz, cumpliendo años.

Uniformidad de peinados y tinturas monocromáticas, en parte, por la foto, similares anteojos con aumento, disimulado con vidrios oscuros que resaltan la felicidad de la abuela.

Recuerdo el último año de abuela Irene cuando me contaba convencida que a la noche había hablado con San Pedro. Le pedía que la llevara y él le respondía que “todavía no era el momento”, entonces se quedaba tranquila.

Recurrentemente, ya con más confianza, seguía hablando por las noches con San Pedro y así me lo transmitía con mucha seguridad, imposible contrariarla.

Estaba tranquila, tenía un conocido de tantas noches que velaba por ella y que la acompañaba hasta su último viaje.

Transcurrido alrededor de dos décadas de la foto y con 92 años, el 22 de marzo de 1988, San Pedro, después de tantas negativas, le confirmó la partida. Pienso que, por cosas del azar, ahora está a tres o cuatro metros de su hijo Héctor Oscar.

Los hijos de Francisco e Irene con sus respectivos cónyuges e hijos son: Matilde/Román Tello: Jesús, Arturo, Alejandra y Mario; Domingo/ Ñata Herrera: Olga y César; Velia/ Remis: Raúl, Carlos, Marta y Ana; Evangelina/ Manuel Pérez Toral: Nora y Horacio; Héctor Oscar/ Felicidad Real: Alberto, Oscar y Griselda, Anita/ Juan Buenanotte: Adriana y Fabio; María Irene “Maruca” / Jorge Marina: Jorge Omar y María Celeste.

Despedida y último acompañamiento

Para terminar la historia de los Gallo y como despedida, luego de concluida la valiente, azarosa e imprevisible vida de nuestros familiares inmigrantes, los voy acompañar, como se debe, hasta el cementerio.

Posiblemente Francisco y, a lo mejor, sus hermanos hayan hecho un arreglo económico, ya que al parecer la bóveda que construyó Doménico, (en la calle 1, N.º 4) pasó a ser propiedad de Rosa y de su esposo Ané. En el frente, ahora dice Ané- Gallo.

Creo que de los Gallo quedan solo los restos de Rosa; en la parte de atrás, en el subsuelo, reducidos, relegados al olvido lógico, están los cimientos donde se construyó la familia Gallo Lamaita: Doménico y María.

A Francisco, me comentaron que lo trasladaron fuera de la bóveda, a otro lugar porque donde se encontraba el féretro había agua. Según un familiar Ané, fue trasladado con el consentimiento de algunas de las hijas de Francisco.

Siguiendo con la historia de los padres, una mañana vino Fernando Ané a mi oficina y como sabía que me interesaba todo lo referente a la historia de la familia, me comentó que recién llegaba del cementerio y que había visto los movimientos realizados en la bóveda.

Había ido con su padre Juan María, seguramente con autoridades del cementerio y posiblemente con otros Ané, porque “necesitaban hacer espacio”.

Entre estos movimientos, me comentó que habían trasladado a María al cajón de Doménico.

Involuntariamente, completaban una romántica historia propia de cine que tanto le hubiera gustado conocer a María.

Habían transcurrido 130 años desde aquella mañana en Lobos, cuando la triste María (transitaba los primeros meses de viudez de su querido Tropicano), le abrió por primera vez la puerta de su casa a ese albañil. Ahora él le abrió la puerta de su casa para terminar definitivamente juntos. Pensé que era un gran final de la película de los “tanos”, pero aún quedaría otra escena más.

Años después...

Hoy retomo el relato convencido de poder cerrar la historia de los Gallo. Las dos últimas hermanas, Maruca y Velia, se fueron recientemente en 2017.

Lamentablemente, yo no estaba en el país cuando se accidentó la entrañable y sufrida Maruca Gallo de Marina, la tía que más había tratado desde chico y a quien periódicamente visitaba. No sé si al caerse se quebró, o si fue a la inversa.

Luego de una internación en el hospital y ante la negativa de ella a operarse, agotada y debilitada, la llevaron al Hogar donde estaba su hermana Velia, con quien coincidió en la misma pieza, cama de por medio.

Solo quería morir, por eso su negativa a la operación, se lo comentó a mi hija Eugenia que, al no estar yo, iba a verla al hospital y me reproducía sus palabras.

Ya en el Hogar, la escena posterior debió haber sido triste, conmovedora y dolorosa: la precariedad de su salud con sus 90 años, y la de su hermana Velia, con 98 años, también sin poder desplazarse sola.

Cuentan que llevaron a Maruca a la pieza de Velia y la acostaron sobre un lado de espalda a su hermana. Ante la situación de no poder ver a su hermana, ni su hermana acercarse tres metros para verla, Maruca atinó a decirle: “cuando me pueda dar vuelta, te saludo”.

¡Pobre Maruca, cuánta indefensión y desamparo al final de su vida!

Los últimos 39 años, desde la desaparición de su hija Azulita Marina el 25 enero de 1978, prevaleció el sufrimiento, no tuvo más alegría.

En el departamento de Azulita, en la Capital Federal, quedó el uniforme del Banco de Galicia sin estrenar, en esos días comenzaba a trabajar.

La angustia y los escasos deseos de vivir se completaron no con la muerte de su ex marido, sino hace unos años, con la de su hijo Jorge Omar.

Con Jorge compartí a mamá (nacimos con seis días de diferencia) y por un tiempo, como Rómulo y Remo, ante la imposibilidad de amamantar de Maruca, más la delicadísima salud del bebé, mi madre lo hizo en su lugar. Como puede verse, la lechería había incorporado un nuevo rubro, inclusive días anteriores, por las mismas causas compartí la teta con Analía Antoniano, de la casa de al lado.

Por lo que me comentaron, deduzco que el último día, Maruca lo debe haber pasado algo más aliviada, después de años de pedir con insistencia morir.

Su última mañana, imagino que estaría dolorida, nerviosa, inquieta, haciendo la valija, intuyendo la inminente partida hacia su último viaje. Por lo general, como nos ocurre en los preparativos de los viajes, estamos con los pensamientos un poco acá y otro poco a donde nos dirigimos. Así estaba Maruca cuando le comentó a Ana que estaba preocupada porque si bien se sentía contenta en Buenos Aires con su marido y sus hijos, el problema era que Azulita y Jorge Omar querían venir para Bolívar.

Maruca le comentó que estaba temerosa porque no sabía cómo iba a subir al sulky y, sobre todo, si podría aguantar el viaje a Bolívar estando quebrada.

El final, un tanto feliz, la encontró junto con lo que más quería: su familia.

Pienso que se fue rodeada y protegida de sus ahora vivos amores reencontrados. Siento mucho no haber podido acompañarla en sus últimos días.

Han pasado varios meses de la partida de Maruca. Hoy, en la vereda de la escuela N.º 1, han puesto una baldosa en memoria de Azulita, su hija desaparecida.

Fue un día atípico, vacío, por primera vez, no pude compartir el amor y la tristeza infinita de Maruca con que arropaba a su hija Azulita, un ser de excepción, pura bondad. Hoy tampoco está Maruca. Los cuatro —Maruca, Jorge y sus dos hijos— con los que compartí muchos años de la infancia se han ido y la muerte es más definitiva.

A los pocos meses, se fue la también la última de mis tías Gallo, la sufrida Velia, a los 98 años. Sus dos hijos varones, Carlos y Raúl habían fallecido mucho antes que ella.

Tenía una salud privilegiada, recuerdo que la encontré una fría mañana de invierno, muy temprano, caminando con mis locuras por el parque Las Acollaradas, cubierto totalmente por una alfombra blanca. Ahí andaba Velia, tendría no menos de 90 años, volvía para su casa después de dar varias vueltas a la glorieta y, ante mi pregunta sobre por qué andaba tan temprano, me contestó “camino antes que se levante la helada porque después hace frío”.

Así era la gente de campo, nuestros antepasados, acostumbrados al frío, a levantarse temprano para trabajar, a las carencias. Una particularidad de la madre Irene y de su hija Maruca: cuáles eran sus preocupaciones, ya próximo a partir.

Irene, más bien, le preocupaba el destino final, que “le abrieran la puerta arriba”, por eso charlaba periódicamente en sus sueños con su confidente San Pedro. En cambio, su hija estaba más preocupada por el viaje, ya tenía a sus seres queridos arriba del sulky, el problema era cómo soportar el viaje de 350 kilómetros estando quebrada.

Nuevamente, pasaron los años, yo estaba contento porque al fin había finalizado con todas las historias después de tanto tiempo, cuando increíblemente reaparecieron otra vez los dos “tanos”, para no dejarme terminar.

Sucedió que, para hacer la última reducción en la bóveda, después de muchos años, nuevamente abrieron el cajón y pasaron los restos a otro más chico.

Nuevamente, Fernando Ané, con quien teníamos afinidad por los temas familiares, ante mi avidez por los dos tanos, me vino a comentar la última escena algo dantesca que detallo a continuación: “el cuerpo de María estaba arriba, al costado de su marido, a la altura del pecho, bastante reducida.

Doménico llamaba la atención, en parte, por su altura y por el color rojizo del pelo”. Por lo que siguió contando, pienso que María le había elegido su mejor gala para la despedida de su marido: el mejor traje oscuro, camisa blanca, su galera preferida, puesta a la altura del estómago y los impecables zapatos negros de charol (estimaba talle 45).

Era posiblemente el vestuario que había usado por última vez, en el casamiento de Irene y Francisco.

Ahora, en una pequeña casita neutral los dos están más juntos que nunca, entremezclados, posiblemente se convertirán con el tiempo en un mismo polvo.

Espero que algún día, en este o en el próximo siglo, alguien los libere a la naturaleza para “hacer lugar”.

Acá, entre los vivos, prácticamente nadie se acuerda de ellos.

Para finalizar, luego de varias décadas viviendo cerca de ellos, los despido. He tratado de recordarlos con mi precaria escritura por un instante, y rescatarlos del inexorable olvido.

Molte grazie!

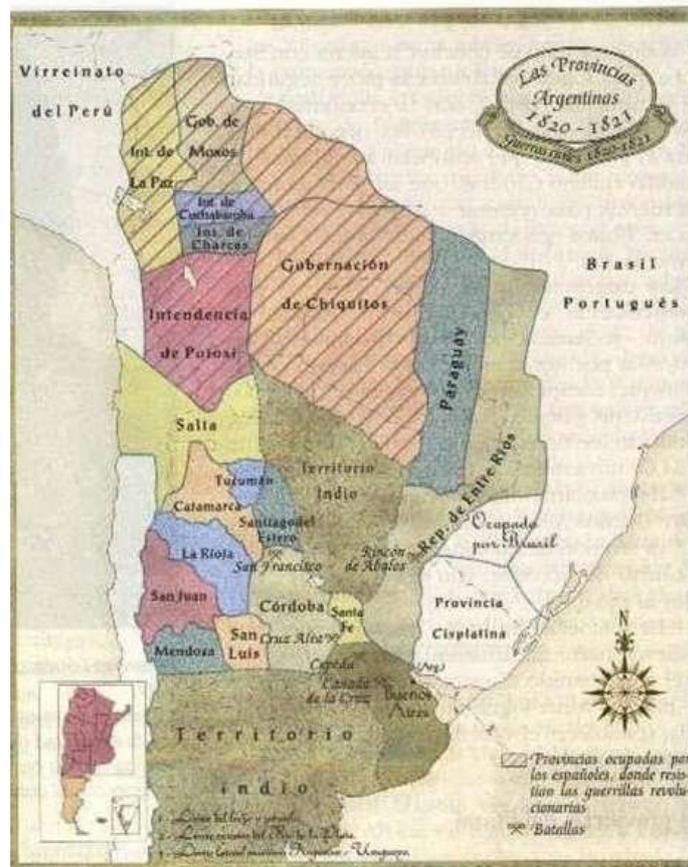
Los Real Rodríguez...

Las referencias se remontan a 1852, con el nacimiento de Felipe Real y seis años después, de Josefa Delgado, su futura esposa. En 1878 y como resultado de esta unión, Josefa queda embarazada de nuestro abuelo José Magín Real Delgado.

Mientras comenzaba a formarse nuestra familia Real Delgado en España, en el mismo año y en Argentina, se iban concatenando varios sucesos trascendentales, incluyendo la zona donde la mayoría de sus nietos vendrían a vivir.

Para ubicarnos en el tema, antes de que se fundara Bolívar, evaluemos en un mapa de época la diminuta Argentina cuando vinieron nuestros inmigrantes y su futura descendencia.

Las Provincias Unidas (1820-1825)



La extensión de nuestro territorio en 1821 era comparable con algunos cambios a la de 1870, donde comienza nuestra historia familiar (más los recientes agregados territoriales de Formosa y definitivamente, la disputada Misiones, producto de la Guerra de la Triple Alianza).

La provincia de Buenos Aires, hasta la década del '60, se mantenía similar en extensión. La lucha contra el nativo, principalmente contra los mapuches que habían venido del otro lado de la cordillera, era pareja, costaba avanzar, las comandancias de fronteras con sus fortines y fuertes llegaban en una línea imaginaria hasta 25 de Mayo, Tapalqué y Azul.

Nuestro primer destino familiar, Lobos, ya estaba a salvo del nativo, la futura Bolívar estaba en la frontera del lado del nativo.

El presidente Derqui, por decreto promulgado el 18 de octubre de 1860, nombra oficialmente República Argentina a nuestro país

El año 1878 fue muy importante para nosotros, se estaban concatenando varios sucesos: nuestro futuro abuelo José Magín Real Delgado crecía en la panza de su madre Josefa en España, Doménico Gallo llegaba desde Italia a Lobos, se estaba fundando Bolívar y comenzaba la llamada Conquista del Desierto, una epopeya del ejército argentino comandada por Julio A. Roca, durante la presidencia de Nicolás Avellaneda.

Hasta el momento de la Conquista, la cordillera no separaba el territorio de Chile del de Argentina, era todo uno.

Lo fundamental y decisivo de la Conquista del Desierto fue que determinó, nada más y nada menos, quiénes serían los futuros dueños de la inmensa Patagonia: Argentina o Chile.

A continuación, para tener una idea más acabada de lo que estaba en juego en esos momentos, vemos los dos mapas: el de la izquierda, es uno de los pretendía Chile y el de la derecha, el que conquista Argentina.



El exacto momento histórico en el que ocurrió la Conquista del Desierto impidió una futura guerra fratricida con Chile, ya que su ejército estaba lejos, conquistando en el norte de su país los territorios de Perú y Bolivia (con salida al mar). Ello impidió incalculables muertes y pérdidas económicas entre Chile-Argentina, además de la incertidumbre sobre a quién o cómo se repartiría la inmensa Patagonia.

Existía también posibilidad cierta, de acuerdo a los reclamos chilenos, que en caso de una guerra hoy no fueran nuestros: el camino de los Siete Lagos, con Bariloche, San Martín de los Andes, El Bolsón, más Vaca Muerta, Santa Cruz, Tierra del Fuego y las Islas Malvinas. La Patagonia no tenía dueño. El libro *Las Conquistas Territoriales Argentinas*, de Rómulo Félix Menéndez (1982), comienza con la Revolución de Mayo, a la que el autor describe como la guerra del “primer” Estado Patrio contra el Virreinato del Río de la Plata. Esta campaña es liderada por el Cabildo de la ciudad de Buenos Aires, un gobierno local que abarcó una superficie aproximada de 350.000 km², hasta constituirse en lo que hoy se conoce en el mundo como la República Argentina con 2.780.085 km² de superficie continental”. En la mayoría de esos territorios conquistados está la ineludible y definitiva

participación de Julio Argentino Roca, dos veces presidente del país en alternos mandatos, y fundador de la Argentina moderna, la cual pasó a estar a principio del siglo XX entre las 6 potencias económicas del mundo, originando la mayor parte de la gran inmigración italiana y española. El investigador Menéndez afirma, que “la confrontación en ciernes no tiene por objeto defender un enorme patrimonio heredado, sino conquistar lo que no se posee”. Agrega luego, “solo la presencia o el uso de la fuerza hizo posible el dominio real de los espacios en litigio”.

Azares y más azares

Ahora sí, después de hacer catarsis sobre nuestro país, por última vez, retomo el camino familiar, con la pareja central de nuestra historia española: la futura esposa de José Magín.

Nació en 1885, se llamó Casilda Rodríguez Álvarez y es, a mi entender, nuestra gran heroína.

Los padres de Casilda fueron Juan Rodríguez, oriundo de un pueblito de montaña llamado Millaroso, cerca de Barco y camino a Domís, en España, de donde era su esposa Felicidad Álvarez.

Los padres de Casilda tuvieron dos hijos más: Ángel y Jesús, este último tuvo un papel muy importante en la historia y en la vida de los Real Rodríguez que vinieron a Argentina, incluyendo mi familia.

Los innumerables azares de nuestra existencia siguen sucediendo. En este caso, dos décadas más tarde, se disputaban la guerra entre España y EE. UU. por los territorios de Puerto Rico y Cuba, hasta entonces en manos de España, mientras nuestro abuelo José Magín estaba en el frente de batalla.

Fue una guerra cruenta, las posibilidades de sobrevivir eran pocas, tal es así que en España se la conoce como el “desastre del ‘98”.

El resultado en Cuba fue de 60 mil muertos (50 mil por enfermedades, 10 mil en combate o por heridas) y nuestro abuelo estaba entre los 13 mil heridos o enfermos restantes.

Tenemos que estar eternamente agradecidos a la no tan buena puntería del soldado norteamericano, ya que el tiro que hirió a nuestro abuelo materno, José Magín Real, impactó cinco centímetros debajo de lo que hubiera sido mortal.

Ciento veinte años atrás, el azar volvía a estar de nuestro lado. Avanzamos hasta el año 1914, otra curiosidad del destino: muy posiblemente el mismo año se produjo un doble casamiento: en Bolívar, el de los abuelos Francisco Gallo e Irene González, y el otro, en Galicia, el herido José Magín Real con Casilda Rodríguez.



Una foto nuestra heroína Casilda y el abuelo militar José Magín, en esa época.

Dicho sea de paso, me impresionan la mirada de Casilda Rodríguez, sus rasgos parecidos con los de mamá y algo de los míos. Por lo menos, fenotípicamente, no tengo dudas de estar emparentado con los Rodríguez.

Casilda Rodríguez, al igual que su hermano Jesús, cinco años menor (nacido el 27 de enero de 1890), de gran importancia para los Real Rodríguez y para mi futuro padre, nacieron en un pequeño pueblito Carballeda, a 3800 metros de Domíz donde vivía José Magín Real, futuro esposo de Casilda.



Jesús Rodríguez

Jesús llegó solo a La Argentina en el barco Reina María Cristina Marín, a la edad de 13 años, el 23 de enero de 1904. Obligadamente hace un curso acelerado de cómo convertirse en adulto en unos días.

En ese entonces, ¡era tan incierto y lejano nuestro futuro! En Europa, la Primera Guerra Mundial estaba a pleno. Mamá, creo que estaba novena en turno para nacer, en una zona con todo tipo de carencias, cualquiera podía morir, como veremos después.

En Argentina, gracias a la costumbre del escurridizo abuelo Francisco de regresar a la chacra y al inevitable sí de la abuela Irene, nació papá en cuarto lugar.

Volviendo en el tiempo, a diferencia de María Lamaita a quien se le murió el primer esposo, Nuncio Tropiano (en Lobos) para permitir que apareciera nuestro Doménico, de este otro lado de la historia, la que muere es nuestra Felicidad Álvarez. Fue otra María quien luego llegó para casarse con el viudo Juan Rodríguez, mi bisabuelo.

La nueva pareja tuvo dos hijos: Teodoro y Toribio, hermanastros de los hijos anteriores de Rodríguez: Casilda, Jesús y Ángel. Pira, hija de Toribio se casó con Carlos Márquez, vivieron en Bolívar y tuvieron dos hijos: Carlos y Marta “Pucci” Márquez Rodríguez.

Teodoro vivió en Pigué (por los pagos donde había comenzado su hermanastro Jesús) y Toribio en Lanús, donde tenía un bar-restaurante.

Recuerdo que, siendo muy chico, fui con mamá a su entierro, y luego me llevó a comer por primera vez al restaurant de Toribio y de ahí fuimos al cementerio en la Chacarita. Ahí fue también donde me encontré por primera vez con la muerte.

Las imágenes de ese episodio son de mediados de la década de ‘50. De alguna manera, participé de una escenografía que con el tiempo desapareció, pero que a mí me permitió compartir los mismos ritos de la gente de Buenos Aires de principios del siglo XX, seguramente también del siglo anterior.

Íbamos en un carro negro tirado por dos caballos, tenía una puerta pequeña por donde se ascendía por medio de un estribo, cubierta desde arriba por una cortina con flecos al tono.

Recuerdo que había una ventanita por donde, con mis escasos seis años, miraba por primera vez la inmensidad de la famosa Buenos Aires, acompañado por el sonido que producían, en las calles adoquinadas, los cascos de los caballos y las ruedas.

A continuación, una foto de mis recuerdos.



Imagen de un cortejo de la época similar a mis recuerdos.

Retomando nuestra historia anterior, cuando murió nuestra Felicidad Álvarez, la suerte ya había estado de nuestro lado, hacía tiempo que había parido a nuestra imprescindible y futura abuela Casilda.

De la unión de José Magín y Casilda nacieron once hijos, dos de ellos murieron a temprana edad: uno, prematuramente; y el otro, Arturo, de tífus a los veinticinco años, aproximadamente.

El 12 de agosto de 1921, en la partida de nacimiento dice literal: “se procede a inscribir el nacimiento de una hembra, ocurrido a las cinco horas del corriente, hija legítima de José Magín Real Delgado de 48 años y de Casilda Rodríguez Álvarez de 36 años”. Como su mamá, quizá un tanto pretenciosa, llamaron a su hija: Felicidad.

Fuimos a la casa de Domíz

Los Real Rodríguez vivían en Domíz, Galicia. Viajamos con mi esposa Silvia a ver cómo era ese pintoresco pueblito en la montaña dominado por el frío y la precariedad normales de la época, con todo lo que nos había contado mamá en mi memoria.

La casa era típica en la región: ubicada sobre una calle angosta y con paredes de piedra. En la planta baja estaba el ganado; arriba, sobre el piso y las vigas de madera estaba la cocina, las dos piezas y un largo balcón angosto. No tenía baño.



Rescatando historias, la fachada de la casa en Domíz durante nuestro viaje al lugar.



40 años después, mi sobrino Martín Gallo vuelve a la casa.

Una señora, la dueña actual de la casa de los Real, muy amablemente nos abrió la puerta por donde se accede a la cocina por una escalera.



Mi esposa Silvia y la actual dueña (de espaldas) en el interior mágico de la casa de Domiz donde nacieron los Real Rodríguez.

Entrar a la casa fue muy emocionante, apareció la escenografía original, tantas veces imaginada en las historias contadas por mamá y los hermanos, durante más de medio siglo.

Ahí estaban las primeras huellas de los gallegos con su dura niñez: ahora entendía mucho mejor los relatos de mi madre.

Desde la calle y sobre un costado, había una entrada por escalera que daba a la cocina. Se podía ver la tabla levantada (a la izquierda de la imagen), con el hueco donde miraban los animales para, excepcionalmente, tirarle algunas sobras.

A la derecha de la foto del interior donde está Silvia de pie, se puede ver la abertura que daba a las piezas.

Las paredes y el techo confirman el lugar donde cocinaban.

Si uno quisiese imaginar una cena familiar y se remonta a esa época y a esa cocina, se da cuenta de que no podía haber una mesa ni sillas para once personas, a no ser que comieran por turnos.

Si estuviera la necesaria mesa con las sillas, no me imagino la circulación de la familia. Según contaban y parecía ser razonable, todos comían alrededor de la olla. Pienso que habría algún tipo de vajilla, o pan donde colocaban la porción de comida.

He querido imaginarme, aunque me es difícil, la escenografía de la casa en las cenas, con once personas alumbradas por alguna vela, teniendo en cuenta que no sabían que existía la luz eléctrica.

Mamá (con 95 años) recordaba que, dentro de la olla, había castañas y coles, los productos que abundaban. Tal vez, comerían algún chivo viejo muy esporádicamente, como parte de la escasa fuente proteica animal.

Mi madre también contaba que comían un poco de pan; con el tiempo, los Real Rodríguez se iban a poder desquitar con creces. Habría algún cereal que se molían para hacer la harina.

Felipe, padre de José Magín, según cuentan, una vez que había enviudado fue a vivir con ellos, acontecimiento que mamá no recordaba.

Si seguimos imaginando la escena de todos ellos comiendo de la olla y poniendo un poco de humor, parecería que la diferencia de olores no era muy distinta a los de los animales que dormían debajo de la cocina.

Comentan que el viudo Felipe, vaya a saber si para ahogar las penas o de puro borrachín nomás, iba muy seguida abajo donde guardaban la bebida. Luego, ya en mal estado, había que ayudarlo a subir.

A continuación de la cocina, como se ve en la foto, había dos piezas no muy grandes, similares a la cocina, donde dormían once personas.

¿Y a Felipe dónde lo ponemos? Seguramente se preguntaron en su momento su hijo José, su nuera Casilda y ahora yo. Entiendo que en la cocina dormían algunos, igualmente no había posibilidades para la mesa y las sillas.

Subían el agua hasta la casa en baldes, por calles empinadas, desde la base del pueblo, aproximadamente 200 metros.

La casa tampoco tenía baño. Ante la pregunta de rigor, ¿cómo hacían para vivir sin baño?, mamá decía “íbamos al campo o entre los árboles”. Cabe recordar, para tener un panorama más preciso de la situación, que estaban muy “flojitos de papeles”, como decía un gitano cuando vendía un auto.

Al estar aislados en la montaña, sin medios de locomoción y lejos de los centros poblados, la vida primitiva transcurría sin grandes cambios, como diría Bauman, “la modernidad sólida”.

Es una forma de tener idea de la vida en esos lugares, en siglos anteriores, sin grandes cambios.

En estas historias, en particular las de los Real Rodríguez, tenemos la gran ventaja, ya que pudimos hablar con todos los protagonistas, conocimos el pueblo de sus orígenes, su entorno, sus formas de vida y sus anécdotas.

Y fue posible recuperarlo porque llegaron cerca de medio siglo después de los Gallo Lamaita, o sea, una generación menos.

Inclusive, cuando fui al pueblo, en el año 2002, pude charlar con una señora de aproximadamente 80 años (en esa época mamá tendría similar edad) que estaba carpiendo unos coles en un terreno fértil, arriba del lugar donde termina el pueblo (foto).



Carmen (hija de Engracia, hermana de mamá) y Silvia, mi compañera.

Es una forma de tener idea de la vida en esos lugares en siglos anteriores, sin grandes cambios.

Aprovecho la ocasión, ya que Silvia, mi esposa, está en las fotografías, para contar que con ella tuvimos cuatro hijos: María Eugenia, casada con Jorge Sarraúa, que nos dieron tres nietos: Francisco, Helena y Lucas.

La sigue Virginia, con una sensibilidad muy especial, ella anda por el mundo. Tuvo un tiempo viviendo en Lyon, Francia, otro año viviendo en Irlanda, en varias ciudades, incluida Dublín, ahora hace un año que vive en Australia. En todos los países que ha estado, trabaja, hace tiempo para recorrer otros países cercanos y convive con sus pares, de las culturas más diversas.

A continuación, sigue Ernesto, casado con Mariana Mottura y dos nietos: Pietro y Nina.

Agustina, la menor, está casada con Tomás Leonetti, tienen a Pedro, nuestro último nieto, a la espera de su hermanita Inés.

Volviendo a la fotografía de más arriba, en el fondo se ven los cerros donde llevaban a las chivas, las plantaciones de castaños, un posible árbol donde Angelito había escondido los bolos, según sus relatos cuando lo trajeron para Argentina y “el baño” de toda la familia que ayudaba a las buenas cosechas.

La señora de la fotografía, sobre la derecha, algo robusta con batón azul, se notaba que el trabajo y la comida estaban entre sus prioridades; era físicamente parecida a mamá, con algún kilo de más, que los disimulaba bien con su largo batón

Esa imagen me resultó increíblemente familiar, bien podría haber sido la vida de mamá, si le hubiera tocado quedarse.

Esa señora y las que nos abrió la casa, son las dos únicas mujeres que vivían en el pueblo, sumado a un portugués que “apareció por ahí y se aquerenció”, según nos contaron las dos originarias.

Cuando hablamos con ella, nos comentó que se acordaba de los Real, inclusive, recordaba el nombre de alguno de ellos.

Pudimos confirmar que los batones azules de las dos mujeres los habían comprado en el mismo lugar.

También tengo presente la imagen de haber caminado por un pueblo abandonado; en su momento, estimo que vivían cerca del millar. Era un pueblo abandonado donde quedaban, como dije anteriormente, solo tres habitantes.

Lamento que Carmen, quien muy gentilmente nos llevó, nos dejó recorrer poco tiempo. Se notaba que se quería ir, rezongaba, no tenía buenos recuerdos de su niñez en ese lugar.

Cuentan que su tía, Elvira Real, con escasos doce años la cuidaba, mientras Engracia, su madre, trabajaba.

Cuando los hermanos recordaban su Domíz, Angelito en forma recurrente y como único recuerdo, pensaba si estarían los bolos con que jugaba, decía que los había dejado escondidos debajo de un árbol cuando lo habían traído para Argentina.

Cuando fui a Domíz, no encontré ningún árbol cerca de la casa, solamente quedaba el recuerdo de un nene huérfano de cinco años.

Alcanzamos a ir al cementerio, ahí estaban las placas de los dos abuelos: Casilda y José Magín.

Parte de esa cultura de los inmigrantes, de la falta de agua y de los baños fue transmitida a nosotros. Siendo chicos, a nosotros nos tocaba bañarnos solamente los sábados, aunque en esta tierra el agua fuera una de las cosas que había en abundancia y gratis.

Uno de los hermanos, Arturo, murió aparentemente de tifus en la casa de Domíz, después de muchos días de sufrimiento —como comenté—.

No había médico en el pueblo y el que venía, lo hacía a caballo y muy espaciado en el tiempo.

Tengo entendido que Carlitos y otro hermano fueron caminando en busca de ese médico que nunca llegó.

Esas escenas de dolor y sufrimiento dentro de la casa eran recordadas por todos los hermanos con mucha tristeza.

Mamá contaba que, a sus siete años, al igual que los otros hermanos, llevaban todo el día a pastar las chivas por la montaña. Como única comida, tenía un pedazo de pan.

Si querían mejorar la dieta, ordeñaban alguna de las chivas que cuidaban y humedecían con leche el pan.

Carlitos contaba risueñamente que, una vez, mamá tomó aguardiente sin saber qué era y volvió borracha a la casa. Siguió un tiempo enojada porque la dejaron en penitencia, era una nena de siete u ocho años.

Medio siglo después, cuando mamá volvió a España, le recriminó a Engracia (su hermana mayor que hacía las veces de madre), por qué no les daban más comida. La respuesta que obtuvo fue contundente y simple: “no había”.

Pedro comentaba con alegría, ya de grande, que se había salvado de su gran temor: terminar como linyera.

Casilda (mi abuela materna) enviudó joven, en este caso, la bala que se había llevado al combatiente de Cuba, José Magín Real, había sido la misma que, poco tiempo después, se la llevó a ella: la implacable neumonía. En 1928 se descubrió la penicilina pero faltaban todavía muchos años para que llegara a Domíz.

Muchos de los hijos y nietos hemos heredado esa predisposición a los problemas respiratorios.

Al igual que los tanos, los gallegos comienzan a subirse a los barcos

Retomando la vida de Casilda, sola con sus hijos y viendo que la subsistencia era crítica, mandó a su hijo mayor Ricardo a la Argentina, a probar suerte.

Seguramente, su hermano Jesús Rodríguez, que había ido antes a Argentina, la ayudó a tomar esa decisión.

Instalados en el Hotel de los Inmigrantes, Jesús conoció a una persona que le ofreció trabajo en un criadero de chanchos que, a su vez, tenía una panadería en Cabildo, a 50 km de Bahía Blanca.

Ricardo Real, sobrino de Jesús, llegó a la Argentina en la década del '20. Al poco tiempo de su llegada, entró a trabajar en el ferrocarril en Capital Federal.

Así andaban los dos gallegos, Jesús y Ricardo, peleando por mejores vidas, queriendo conseguir un futuro mejor en Argentina. Más adelante, comentaré la trascendencia de esos momentos para nuestro futuro.

Con los años, Jesús se casó con Agustina, una vasca con carácter; seguían viviendo en Cabildo cuando nacieron dos de sus hijos: Carlos y Consuelo. El tercero, Alfredo, no tengo referencia si nació en esa misma ciudad o en La Madrid.

Jesús se inclinó por trabajar en la panadería. Con los años, ya conociendo el oficio y junto con algunos ahorros, Jesús compró una panadería en General La Madrid y la llamó El Sol.

Ricardo, hermano de los Real y sobrino de Jesús, ante la invitación de su tío, dejó el ferrocarril y se fue a trabajar con él a La Madrid, destino final de su vida.

Retomando la vida en Domíz, se siguieron acentuando la precariedad y las angustias de Casilda y de sus hijos.

Avanzada su enfermedad, previendo su desenlace y como única y última esperanzas para sus hijos, Casilda le pidió a Ricardo (había vuelto y le había confirmado que le iba bien trabajando en la panadería), que los lleve a todos para Argentina.

Cerca de cien años atrás, en el último acto trascendente, esta madre con su neumonía avanzada más la determinante ayuda de su

hermano Jesús y de su hijo mayor Ricardo, nos cambió la vida a los Real Rodríguez, posibilitando nuestro nacimiento y permitiéndonos disfrutar de la maravillosa existencia.

Cuando Ricardo volvió a La Argentina se lo trajo a Angelito de cinco años.

Su madre, sin esperanza de vida, con un nene tan pequeño, indefenso, no tenía más alternativa que mandárselo a su solidario hermano Jesús, quien lo cuidó y lo trató como a un hijo.

¡Qué situación límite para la invalorable y bravía Casilda, peleando la vida sola, con tantos hijos, sabiendo que estaba expirando su tiempo!

Mi reconocimiento eterno a nuestra abuela Casilda.

En el barco, al primer día de zarpar, cuentan que Angelito lloraba desconsolado, estaba desesperado por volverse, quería sus bolos; no imaginaba que lo bueno estaba por venir.

Por esa época, a principios del siglo XX, en España, la edad promedio de vida era de 32 años: como dije, dos hijos, de cinco y veinticinco años respectivamente, habían muerto y también los dos padres, recién comenzada la cuarta década. Con el progreso de ellos y, sobre todo, de la medicina, la mayoría de los restantes hijos vivieron más de noventa años.

En uno de los viajes, también vino Díaz, el esposo de Engracia, a probar suerte a la Argentina. No le resultó, volvió y quedó encargado junto a Engracia de cuidar las propiedades que tenían los Real Rodríguez en Domíz.

No sé si fue una buena decisión de Engracia quedarse sola en España, si fue por ser la hermana mayor, casada y con hijos, o se tuvo que hacer cargo. Lo lamentable es que no pudo compartir la vida con sus hermanos, quedó sola.

En Argentina, había mayor potencial de crecimiento en todo sentido.

Díaz y Engracia tuvieron tres hijos: Carmen, Casilda y Carlos (no está en la foto, no había nacido aún).

La foto todavía conserva las huellas frescas de la partida hacia Argentina de Carlitos, Elvira y mamá, un par de años antes de su arribo en 1932.



Engracia con su marido Díaz y sus hijas: Carmen y Casilda.

Fuimos con Silvia a la casa de Carmen, en El Barco (de Valdeorras), a conocer a la tan querida hermana Engracia con quien mamá se carteaba periódicamente. En aquel momento, con sus 92 años, sorprendentemente nos encontramos con “otra Elvira”, otra hermana, sobre todo por el tono de la voz.

La pasamos muy bien, inclusive, fue a nuestro encuentro Carlos, su hijo, desde León, que hacía un gran esfuerzo en corregir a su madre porque hablaba mucho en gallego (similar al portugués) y nosotros no entendíamos.

Carmen llegó a tener afinidad con nuestra hija Eugenia que había ido a visitarla con mis otros hijos, Virginia y Ernesto, años atrás.

Con los años, mi hija Eugenia fue a estudiar a Madrid en dos períodos, retomando las cariñosas visitas.

Casilda (igual nombre que la abuela), la otra hija de Engracia, era monja y vivía en un convento de clausura en Cabezuela del Valle perteneciente a Cáceres.

Mamá fue a visitarla, durmió una noche ahí; aunque insistió, no le permitieron compartir la misma pieza. Casilda murió bastante joven en El Barco.

Con Carlos y Tere hemos tenido más trato, los hemos visto dos veces en España. Ellos viajaron una vez a Argentina para encontrarse y conocer la familia, de esta manera, se acrecentaron los lazos.

Anteriormente, durante medio siglo, mamá fue la que mantuvo los contactos y los lazos por medio de las cartas con su familia de España.

Después de varias décadas, Engracia transfirió a sus hermanos el importe del valor de lo que les correspondía por las propiedades que tenían. Con una parte del pago, recuerdo que mamá me compró un reloj Omega.

Ante la falta de trabajo en esa época en España, los padres trataban de que sus hijos entraran en el ejército o en la Iglesia, que eran las dos instituciones más poderosas de España.

José Magín Real, nuestro abuelo —como vimos— fue militar. Estimo que Engracia ayudó a que su hija Casilda fuera monja y Carlos también estudió para cura. Faltándole solo la confirmación, renunció, el amor hacia Tere inclinó la balanza.

El estudio en el seminario le sirvió posteriormente a Carlos para trabajar en la docencia.

¡Y partió el último barco de Vigo, venían los tres Real Rodríguez restantes!

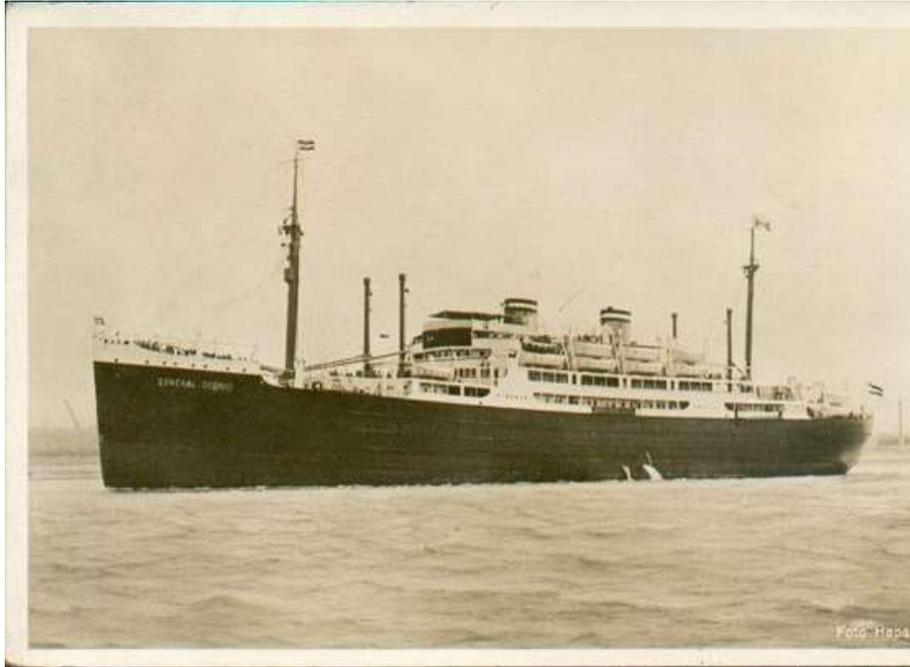


Imagen del tan amigable Buque alemán General Osorio que trajo a muchos de los gallegos.

Lamentablemente, el Buque alemán General Osorio no tendría mucha vida en la Segunda Guerra Mundial: un bombardeo de los aliados lo mandó al fondo del mar.

Desde Argentina, nuestro sentido homenaje por haber traído en buen estado las encomiendas encargadas, tan necesarias por estos pagos.



Mamá, en España, con once años, en la casa del fotógrafo, con un vestuario holgado (seguramente de un hermano), peluquería casera, tramitando el documento para venir.

Algunas anécdotas de los viajes de los inmigrantes gallegos

En uno de los viajes de los Real Rodríguez provenientes de Domínguez que vinieron a la Argentina estaban: Andrés, Pedro, Antonio y un primo de apellido Pereira (no se conoce el apellido de la madre), que se quedó a trabajar en la panadería por un tiempo y luego formó su familia en La Madrid.

Cuentan que la noche anterior a embarcarse desde Vigo, durmieron en un hotel del puerto. No sé bien si el protagonista principal de la anécdota fue Pedro o Andrés. Querían dormir y la luz de una lámpara que pendía del techo les molestaba. Intentaron apagarla de todas las formas posibles, una de ellas fue soplando porque no podían tocarla, estaba muy caliente.

Ante la imposibilidad de lograr el objetivo y al no encontrar otra forma, un zapatazo certero les regaló la oscuridad tan deseada para poder dormir. Acababan de conocer la luz eléctrica. Al otro día, cuando preguntaron, se enteraron del invento y de una perilla que estaba en la punta de la pieza que apagaba la molesta luz.

Otra anécdota transcurre en Brasil, donde atracaba también el barco para bajar y subir pasajeros, además de algunas mercaderías.

Para ganarse algún peso, Pedro había conseguido trabajo cargando bananas al barco.

Como nunca había visto una banana, comió tantas y se descompuso de tal manera que fue la primera y última vez que las probó.

Los cuatro —Pedro, Andrés, Antonio y Pereira— venían como de la prehistoria, estaban comenzando a ver la civilización, todo era nuevo, la vista no les daba para ver tantas cosas y el restringido estómago, para recibir tanta y variada comida.

Un par de años después y sin tener la menor idea de Argentina, partían desde España los últimos hermanos: Carlos, Elvira y Felicidad.

Aproximadamente, diez días navegando en el General Osorio los convencieron de que Argentina no era cerca como habían creído.

Los tres indefensos y asustados jóvenes gallegos de quince, trece y once años respectivamente, viajaban en tercera categoría entre los 752 pasajeros de esa clase.

Cuentan que Mamá se escapaba del camarote por la noche para ver bailar. Las fiestas eran arriba, en la cubierta, en primera clase. Había memorizado el camino pasando entre varios pasillos de los 228 camarotes del barco y las escaleras hasta llegar al salón de baile.

Todo era nuevo, mi madre disfrutaba de ver cómo bailaban, imitaba algunos pasitos; no tenía pudor, pasaba desapercibida entre las aproximadamente quinientas personas que viajaban arriba en primera.

Aunque la alegría le duró poco porque, ante repetidas salidas, los hermanos, un tanto asustados de que le pasara algo la denunciaron y como resultado quedó en penitencia.

No pudo volver a salir del camarote de noche, ahora que le había “agarrado la mano” a los pasos de baile, comentó Felisa.

Otra anécdota con Carlitos como protagonista sucedió cuando atracó el Osorio en Brasil. Carlos vio por primera vez un monito y quedó tan impactado que compró uno con los pocos ahorros que tenía. Lo que no tuvo en cuenta fue la convivencia de los cuatro integrantes en el camarote. Al otro día, las hermanas no aguantaron al mono y denunciaron a Carlos. Habría quedado muy enojado con las hermanas: sin el mono y sin la plata.

En la mañana del 10 de julio de 1932, retumbaba el sonido de la bocina, estaba atracando el Osorio en el puerto de Buenos Aires. Igualmente los gallegos tendrían que esperar en el barco uno o dos días hasta que Ricardo finalmente llegara a buscarlos desde La Madrid.

Habían salido en verano de Vigo y no entendían cómo en poco tiempo volvían al frío del invierno que tanto les disgustaba.

Mamá, con el tiempo, contaba que había aumentado tres kilos en el barco: había comenzado a comer en cantidad y en variedad.

Descubriendo América

Había transcurrido cuatro o cinco años después de la llegada de mi madre a La Madrid, cuando se sacó una foto con su hermana Elvira. Se las ve radiantes, comenzaban a conocer otra vida.

Acá se refleja el potencial de Argentina junto con la cultura del inmigrante (en las dos fotos de mamá, ambas tienen once y quince).

Independientemente de si fueran analfabetos o indigentes venían con las familias a “hacerse la América”, a trabajar, a progresar, a hacer estudiar a sus hijos (cosa que ellos no habían podido).



Mi madre y su hermana Elvira

Me impresiona la cara de mamá en esta fotografía, por su fisonomía tranquilamente podría ser mi hija, aunque en la práctica, hace unos años que actuamos como tal.

La comida y la mejor vida dejaban ver no solo su genética, sino la felicidad de la nueva vida, el gran acierto de Casilda con el invaluable apoyo de Jesús (su hermano) y el hijo mayor, Ricardo.

Volviendo a La Madrid, la panadería El Sol andaba muy bien, y necesitaba gente para trabajar, lo cual fue determinante para que todos los hermanos varones tuvieran trabajo y aprendieran el oficio de panadero.

Gracias a esa ayuda y a las ganas de progresar, consiguieron lo que no podían tener en España, un buen pasar para ellos y para sus familias.

Unos años antes, como comenté, nuestro mesías, tanto por el azar como por su instinto, cuando estaba en el Hotel de Inmigrantes, había conocido a un hombre que le había ofrecido trabajo a más de 500 km al sur. El movimiento de la población recién llegada iba acompañando el crecimiento de La Argentina.

Hacía poco tiempo que estaban desarrollándose los incipientes pueblos. Tres décadas atrás, eran tierras naturales, habitadas por pocas personas, no tan lejos de las famosas Salinas Grandes, que medio siglo atrás, las había conquistado Calfucurá.

Ahora estaban llegando los otros colonizadores, los europeos, con ganas de trabajar, en busca de una mejor vida, ayudando a la creación y al desarrollo de los pueblos.

La decisión de Jesús de ir y aprender el oficio les cambió la vida a todos los sobrinos que estaban en Domíz y a las futuras generaciones que vinimos a este mundo gracias a ellos. Seguramente, Jesús conoció a su futura esposa Agustina, de origen vasco, que vivía en Bahía Blanca o Saavedra, cerca de donde él trabajaba.

Nuestra sentida gratitud, en nombre de todos los Real Rodríguez, a ese anónimo señor que le dio trabajo a Jesús.

Como comentaba, con el tiempo, Jesús le vendió la panadería de La Madrid a Ricardo Real (su sobrino). Ahí habían aprendido el oficio de panaderos y siguieron trabajando con Ricardo tres de

sus hermanos: Carlos, Andrés y Pedro. También estaban las dos hermanas mujeres, Elvira y Felicidad.

Antonio Real, otro de los hermanos, también tuvo su panadería no lejos de La Madrid, en Líbano.

Con los años y por problemas familiares que comentaré más adelante, Antonio vendió su panadería a su hermano Andrés.

De a poco se va juntando la tropilla

Con los años, después de aproximadamente una década de trabajar con Ricardo y con el pago extra que había recibido por lo trabajado en esos años, Carlos, Pedro y Andrés se fueron de La Madrid con la intención de comprar una panadería en Pehuajó.

Un hecho no menor de la cultura de los hermanos fue que, después de trabajar diez años, Ricardo les pagó lo que habían ganado.

Se estilaba así. Los hermanos menores consideraban a Ricardo como un padre.

Pasaron por Bolívar a saludar al tío Jesús, quien les contó que la panadería estaba en un estado crítico, ya no le fiaban más la harina y le era muy difícil continuar.

Jesús los convenció de que, en vez de comprar una panadería, le diera la plata a él para pagar las deudas y se pusieran a trabajar juntos.

Los hermanos aceptaron la propuesta, todo seguía quedando en familia, estimo que fue en agradecimiento y por orgullo de trabajar con tío Jesús.

Primeramente, según comentario de sus hijos, cuando Jesús llegó a Bolívar, puso la panadería a 280 metros aproximadamente de la definitiva, más al sur. Con el tiempo, compró varios terrenos, incluida la propiedad de la esquina que hasta 1909 había sido la iglesia del pueblo. Los terrenos tenían aproximadamente 50 metros sobre la Avenida General Paz y 60 metros sobre la calle Julio A. Roca.

Como vimos, la panadería El Sol, tanto en La Madrid como en Bolívar, fue el epicentro del aprendizaje del oficio y el desarrollo de la totalidad de los varones de las familias Real Rodríguez como panaderos.



Publicación de 1928 cuando Jesús hacía publicidad de sus panaderías.

Es interesante la historia sobre la trascendente esquina de Av. General Paz y Roca en Bolívar, por tres hechos importantes.

El primero: en 1905 y hasta 1909 fue la iglesia del pueblo.

El segundo: en 1910, esa esquina pasó a ser el centro de reunión del pueblo en la famosa y prolongada huelga contra el Gobierno Municipal.

El tercero: el más importante, la otrora iglesia, después de algo más de una década fue comprada y habitada, como dije anteriormente, por otro Jesús, el nuestro, quien construyó la panadería El Sol, replicando y manteniendo el nombre de la de La Madrid, en el año 1925.

La casa de Jesús Rodríguez en Bolívar se construyó en Roca 740, estaba arriba de la cuadra de la panadería. Vivía con Agustina, su esposa, y sus tres hijos: Carlos, Alfredo y Consuelo.

Ante el pedido desesperado de su hermana Casilda desde España, como comenté, tío Jesús se hizo cargo de Angelito de cinco años como un hijo más y dormía en la pieza junto con Alfredo.

Con el tiempo, ya de adolescente, mamá vino también a vivir con ellos por su negativa a casarse con un hombre mayor en La Madrid. Le tocó dormir en la pieza con Consuelo, su prima.

Cuando vinieron a trabajar a la panadería, desde La Madrid, a Pedro Real lo ubicaron en la habitación con Carlos (el otro hijo de Jesús).

Los hermanos Andrés y Carlos alquilaron una vivienda; con el tiempo, el enamorado Andrés se volvió a La Madrid en busca de Vicenta, su futura esposa.

En La Madrid quedaron Ricardo y Elvira. Ella se casaría con Agrícola Martínez, creo que era de los pagos de Lugo, al igual que mi abuela paterna, Irene González.

A esas historias de tantos azares, como dije anteriormente, hay que sumarle un hecho fundamental —para mí— en la panadería de Bolívar: el contratar a un repartidor, un muchacho de una chacra cercana, llamado Héctor Oscar Gallo.

Casi un siglo después, siguieron los agradecimientos a Jesús, ahora por emplear a aquel repartidor, caso contrario, no hubiera conocido a Felicidad, tampoco vos estarías leyendo estas historias (ya sé, vos no te perderías nada, pero como te imaginarás, yo sí).

Medio siglo después, sin proponérmelo y sin haber profundizado en analizar las historias de la familia, me encuentro viviendo en la casa lindante a la de Jesús.

Fallecido Jesús, siguió viviendo en esa casa su hijo Carlos, con su esposa Titi Di Carlo y sus dos hijos.

El patio de mi casa actual en Roca 760 también linda, en un costado, con la panadería y, a continuación, con el fondo, con la de Consuelo (hija de Jesús, quien le donó el terreno) y de su esposo Marcos Calac.

Ocasionalmente, llevo algún lechón u otro tipo de carne para que la cocinen en el horno de la panadería.

Actualmente, aún perduran los tres hornos, aunque algo deteriorados, las largas palas de madera colgadas, las máquinas de amasar, las tablas, los cestos de alambres, los clásicos olores a harina, a pan, a leña, a humo, más la imaginaria y fantasmagórica imagen de los gallegos con sus ropas blancas haciendo el pan.

A la noche, se pueden ver prendidas las luces de la cocina de la casa de Jesús, ahora vive solo su nuera Tití Di Carlo, esposa de Carlos Rodríguez.

A continuación, más al fondo, se ven algunas ventanas de la construcción de la casa de Consuelo y Marcos que está habitada por algunos de sus nietos.

A propósito de esta última casa, solíamos ir a fastuosas fiestas los 27 de diciembre para el cumpleaños de Marcos.

Estas son las memorias y vivencias de un chico de aproximadamente ocho años, contadas seis décadas después: Recurrentemente, todos los años, ya a la madrugada del 28 y con Marcos pasado de copas, con cualquier pretexto lo hacían ir a un campo de urgencia por algún accidente supuesto de alguno de sus empleados.

A la vuelta, ante la falsedad de la noticia y los consabidos dichos por el día del inocente, muy enojado los insultaba a todos, lo cual no era impedimento para seguir con la fiesta hasta el amanecer, recuperando las copas que no había podido tomar. Parecía que, por su estado, se olvidaba el incidente porque al otro año se repetía una situación similar.

Recuerdo que era muy difícil y antieconómico para papá regalarle a Jesús algo para el cumpleaños. Se las ingeniaba comprando un atado de cigarrillos importado Chesterfield, muy valorados en esa época.

Promediando la fiesta, cuando veía que Marcos se quedaba sin cigarrillos, se lo regalaba, en esos momentos era el mejor presente que podía recibir.

Otro recuerdo que me quedó en la memoria, por lo sorprendente para mí, es que muy avanzada la noche, Alfredo Rodríguez (hijo de Jesús) competía para ver quién tiraba los platos más lejos —a una distancia de aproximadamente de 30 metros— contra el paredón del fondo. No hace muchos años, recordando el acontecimiento, me di cuenta de que es la medianera de nuestra casa. Con el tiempo, hicieron un departamento en ese lugar adonde vivió por un tiempo el señor Rol, un amigo de Marcos Calac.

Estimo las roturas de por lo menos unos 20 o 30 platos, por supuesto, de la mejor porcelana. Lo curioso era que nadie lo criticaba, todos se sorprendían, algunos se reían, los dueños de casa no decían nada.

Por la forma en que actuaba Alfredo, independientemente del alcohol, parecía que igualmente no le hubiera hecho caso a nadie, o también puede ser que ya lo había hecho otra vez.

Recuerdo también que decían que a Consuelo (esposa de Marcos e hija de Jesús), le hacían curas de sueño, no se la veía por una semana o más tiempo.

Marcos vivía de fiesta en fiesta, siempre con mucha gente en la casa, comiendo, tomando.

Consuelo no tenía respiro ni intimidad, siempre atendiendo a muchos invitados, con la escenografía propia de los que comen y toman por horas.

Seguramente, Consuelo se recluiría.

Me resulta intrigante el papel de su madre Agustina, vasca, de carácter fuerte y de tío Jesús con la situación de su hija.

Consuelo era muy buena, de muy buenos modales, se apreciaban mucho con mamá, es más, sus hijos la llamaban tía.

En su juventud, vivieron varios años juntas, inclusive, cuando andaba de novio con Marcos Calac. Los tenía que acompañar en las salidas, había que cuidar el buen nombre y el honor de la señorita.

En una oportunidad, Marcos se presentaba a un cargo electivo en unas elecciones y les hizo todos los trámites de nacionalidad a los gallegos Real Rodríguez para que pudieran votarlo.

¡El enojo y las “pateadas” de Marcos cuando comprobó que en la mesa de extranjeros había sacado un solo voto! Mamá dice que había sido ella quien lo había votado, los hermanos también decían que habían sido ellos, con cara de asombrados.

Con los años, se reían de esas elecciones, todos mantenían la postura de haber votado a Marcos.

Los orígenes y la cultura de los Rodríguez y Real eran muy diferentes a Marcos Calac, posiblemente haya influido en la votación. Siguiendo con la historia, al poco tiempo, Andrés —como dije anteriormente—, decidió volverse a La Madrid porque Vicenta —con quien estaba de novio—, era de ahí.

Ya casados, se iban a vivir al Líbano con todo el futuro por delante, ya que le habían comprado la panadería al pobre hermano Antonio.

Con los tres hermanos, Pedro, Andrés y Carlos, incluido Angelito, trabajando en la panadería de su tío Jesús, en Bolívar, la panadería nuevamente volvió a funcionar muy bien: mejoró la calidad y la cantidad de la panificación.

Les dejaba mucho margen y, gracias a eso, se fue extendiendo el negocio: Jesús compró otra panadería, La Favorita, en Olascoaga e Ignacio Rivas.

Luego, cumpliendo con una promesa hecha (según dicen, con alguna demora) y ante la insistencia de su hijo Carlos, Jesús le vendió finalmente La Favorita a Angelito —seguro, a precio muy inferior del estimado—.

Jesús trataba a Angelito como a un hijo más, lo quiso hacer estudiar, pero él prefirió trabajar “para hacerse un porvenir”.

Alfredo se recibió de ingeniero, tenía una fábrica grande relacionada con el plástico, con otro socio. Se fue cerca de un año a pasear por Italia y cuando volvió, el socio aparentemente lo jorobó y la fábrica se fundió. Al poco tiempo y con problemas económicos, se fue a vivir a Brasil, sobre el mar, creo que cerca de San Pablo, tenía un amarradero donde alquilaba lugar para los barcos personales y las lanchas.

En otro orden de acontecimientos, Jesús le había dado los papeles de la venta de la panadería La Favorita a Angelito. Comentaba su familia que, al poco tiempo de la accidentada muerte de Jesús, Marcos Calac le pidió los documentos a Angelito para corroborar realmente si se la había vendido.

Con el tiempo, Carlitos compró su panadería en Ibarra; Pedro, La Estrella en la Av. Alsina N.º 364; y Andrés, cuando vino a Bolívar, La Ideal, en la Av. Almirante Brown N.º 425.

Con los años, El Sol de La Madrid la heredó el hijo de Ricardito (hijo de Ricardo, el mayor de los hermanos), y El Sol de Bolívar la siguió el hijo de Jesús, Carlos Rodríguez.

Décadas después, Andresito (hijo de Andrés) abrió su propia panadería, San Andrés, en San Martín N.º 1235.

La sociedad fue muy buena para los dos partes, los Real tuvieron sus panaderías y Jesús, además, compró campos.

Gracias a sus panaderías, principalmente Carlitos y Angelito adquirieron campos. Todos los hermanos llevaron un buen pasar y siempre estuvieron unidos, excepto el sufrido hermano Antonio que tuvo que emigrar obligatoriamente a Capital por la enfermedad de su esposa.

Tío Jesús no sólo hizo el papel “de yegua madrina, juntando casi toda la tropilla gallega y de un solo pelo” (diría R. Hernández), sino también, les enseñó el oficio de panaderos, también a su hermano Ángel Rodríguez que compró la panadería La Angelita en Av. Belgrano y Sarmiento —en su momento, pertenecía a la viuda de Méndez e hijos—.

Tío Jesús era muy respetado por los Real que, orgullosamente, llevaban el apellido Rodríguez.

Los hermanos se veían a diario, se notaba que estaban marcados por sus orígenes, sus desventuras y sus alegrías.

A Jesús lo recuerdo siempre apurado, dinámico, servicial, emprendedor intuitivo, era de estatura baja, pelo corto con tono grisáceo.

Recuerdo una vez, en la década del ‘50, fue a casa y nos llevó a dar una vuelta en un auto increíble, creo que era un Mercury color bordó.

Jesús tenía la particularidad de cambiar el auto por uno nuevo todos los años, los compraba en Casa Vivanco.

Un camionero jubilado que en un momento trabajó conmigo me comentó que, de joven, había comenzado a manejar un camión y uno de los primeros trabajos había sido traerle muchos viajes de pasto de otro pueblo para las moribundas vacas de tío Jesús (por un grave problema climático).

Lamentablemente, y adelantándome en su historia, en el camino viejo de tierra a Olavarría —cuando no había ruta pavimentada—, en un auto tipo rural Mercedes Benz de su hijo Carlos, Jesús volcó y perdió la vida. El auto era de color verde claro, llamaba la atención por la trocha estrecha con respecto a la altura. Siempre apurado, iba en un auto que no era de él. Había salido de Bolívar a medianoche, por un camino de tierra hasta Mar del Plata con el gerente del Banco Nación, su esposa y sus dos hijos. En aquella época, era muy importante mantener buenas relaciones con los gerentes de banco, ya que eran los que otorgaban los créditos.

Como en la panadería se recaudaba mucho dinero diariamente, con él iba pagando los muchos créditos que tenía.

Jesús estaba de vacaciones en la costa atlántica con su hija Consuelo y su yerno Marcos Calac, pero ante el compromiso de llevar

al gerente de un banco a Mar del Plata, volvió a buscarlo y encontró la muerte.

Siguiendo con la historia de mamá, como comenté, tuvo que venir de apuro desde La Madrid a Bolívar porque su hermano Ricardo, quien estaba a cargo de ella, la quería casar con un hombre mayor, según decían, aunque no es justificativo, con la insistencia de su cuñada Felisa.

Todos los hermanos estuvieron varios años sin hablarle a Ricardo por esa actitud: fue el primer error contabilizado al hermano mayor.

A Antonio le tocó la peor parte

Otro hecho conflictivo ocurrió con Antonio cuando a su señora le diagnosticaron tuberculosis. Ricardo y su mujer Felisa les pidieron que se fueran de La Madrid por el posible contagio. Hasta ahí, era razonable el pedido: que siguiera indicaciones médicas.

También fue razonable el pedido que le hiciera Antonio a su hermano Ricardo: que le cuidaran a su hijo Antoñito mientras durara el tratamiento. Lamentablemente el último fue denegado.

Este acontecimiento debió haber marcado de por vida a Antonio porque se alejó de todos sus hermanos definitivamente, en especial, por negarle el cuidado de su hijo.

En Líbano, Antonio tuvo que venderle la panadería a Andrés para tratar a su mujer en Córdoba. Opinar sobre hechos que sucedieron ochenta años atrás, respecto de cómo ninguno de los hermanos se hizo cargo de su hijo parece raro, visto con una perspectiva actual, pero en esa época se creía que la tuberculosis era muy contagiosa y mortal.

Después, el sufrido y marginado Antonio se fue a vivir a Capital con su hijo por la zona de Congreso, donde puso un bar, creo que en la Avenida Rivadavia.

Su hijo Antonio heredó la historia. Estimo que gracias al acercamiento que lograron sus primos Beba (hija de Andrés) y Guillermo (hijo de Pedro) visitándolos en Buenos Aires hicieron que él viniera a Bolívar con su familia una vez y se quedaron a dormir en lo de mamá.

Antoñito trabajaba en el diario Crónica, vivía austeramente, según comentarios de los que fueron a visitarlo.

Adelantándome, ahora que estoy contando la historia de Antonio, recuerdo que volvió para el casamiento de Guillermo Real, después regresó nuevamente cuando murió papá, en junio de 1972, gracias a que Beba le avisó a tiempo.

La última vez que vino Antonio fue promediando los '80, había venido también años antes para un emotivo cumpleaños de Pedro. En la foto, con todos sus hermanos, sin Ricardo, ni Engracia.



Andrés, Carlos, Ángel, Pedro, Antonio, Elvira y Felicidad.

Antonio se quedaba en casa, no creo que haya regresado más a La Madrid. Me daba la sensación de que estaba con bastante recelo, expectante, con una carga emocional contenida. A él le había tocado la peor parte de los hermanos en Argentina. En mis recuerdos todos le ofrecían afecto, seguramente tardíos.

Creo que la pasó bien cuando vino a Bolívar, le gustaba ir a visitar a sus hermanos y salir con mis hijos a tomar helados. Lo curioso es que lo hacía en chancletas y, a veces, en pijama.

Andrés construye su panadería en Bolívar

Otro hecho curioso de los hermanos Real en Bolívar sucedió con Andrés. Cuando quiso poner una panadería en Bolívar, sus hermanos trataron de convencerlo para que no lo hiciera, seguramente para no tener competencia porque era muy buen panadero. Ahí, papá ayudó a remediar, en parte, el error, ayudándole a encontrar un lugar para la panadería.

Luego, Andrés, aún con la desconfianza de sus hermanos, tuvo su panadería en la calle Av. Brown 425.

Al tiempo, cicatrizaron las heridas con el buenazo de Andrés. Todos los hermanos estaban contentos porque no habían perdido mayormente ventas de pan y habían sumado uno más a las reuniones diarias para jugar a las cartas.

Siempre recuerdo el comentario ingenuo de Andrés, en el living de la casa de Ricardo en La Madrid, lleno de gente, diciendo “qué linda son estas reuniones porque nos vemos todos” —el único detalle que complicaba la apreciación era que estaban en el velorio de Felisa, su cuñada—.

Elvira (muy unida a mamá), estuvo muy cerca de venir a vivir a Bolívar desde La Madrid. Papá le había conseguido una casa y la oportunidad para su Marido Martínez de poner un negocio en la Av. Brown, a cien metros de la panadería de Andrés. A último momento desistió, se fueron a vivir a Tandil.

Con el tiempo, él confesó, tal vez algo celoso que “eran muchos Real”.

Mamá se queda sin altar

Al tiempo de estar en Bolívar, según cuenta Felicidad, ella empezó a sentir un cosquilleo cuando veía al repartidor de la panadería. Le comentó a su tía Agustina (esposa de Jesús) con quienes vivía que le gustaba ese muchacho, parecía muy respetuoso y se llamaba Héctor.

Con el visto bueno de los tíos, tuvieron permiso para salir a pasear. Ahora sí, había elegido ella y ambos se paseaban los fines de semana a la tardecita, por el centro de la ciudad.

En la mañana del 14 de mayo de 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, Felicidad y Héctor se casaron en la Iglesia del centro. Eso sí, no sucedió en el altar principal, sino al costado, sobre el ala izquierda, a la entrada.

¿Por qué no lo hicieron en el altar principal si lo habían reservado un mes antes?

Como las muertes no se programan, el día antes, según contaba mamá, el cura Plana les avisó que le había salido un trabajo extra, tenía un entierro muy importante y como pagaban bien por el responso, no lo podía perder.

De urgencia, mamá fue a la iglesia para hablar con el cura. Al llegar la desesperación fue mayor, estaban preparando la escenografía con grandes telas negras para recibir el féretro. Plana les propuso casarlos en la capilla del colegio Jesús Sacramentado. Parece que la novia se opuso terminantemente, había soñado casarse en el altar de la Iglesia San Carlos Borromeo. Después de algunas discusiones acaloradas, el cura aceptó —aunque no de buena gana—, que la ceremonia se hiciera igual, pero a un costado, al fondo.

Felicidad, en su última noche de soltera, comentó algo contrariada: “por lo menos, es la casa de Dios”. En esta oportunidad, la devota novia no recordaba que el Señor estaba en todos lados.

Esa noche les hicieron una fiesta de casamiento adelantado. Al otro día, partían a la mañana en tren, rumbo a Buenos Aires para pasar su luna de miel.

La cena fue en la casa de Jesús quien, conociendo los muy escasos recursos de los novios, invitó a diversas amistades suyas con algún dinero para que le hicieran buenos regalos a la pareja. Lo único que les sobraba a los novios era el entusiasmo.

Se mantenía, aunque actualizadas, las costumbres de milenios atrás sobre la dote que tenía que dar el padre de la novia al novio cuando se casaba. Tío Jesús hizo de padre, en aquel momento, en vez de la dote, pagó la fiesta, y los invitados con sus regalos conformaron la dote de la mujer.

Mamá contaba que, gracias a esa cena, pudo tener lo necesario y de calidad para la casa. Muchas cosas de las cuales usábamos nosotros quedaron en casa, como es el juego completo de vajilla de porcelana para doce personas de la marca inglesa J. y G. Meakin que les había regalado Marcos Calac y su prima Consuelo.

Recordaba mamá que en la cena estaba la abuela Irene, pero no recordaba que estuvieran sus hermanos, ni los del novio. Pienso que, al ser un lugar reducido, importaba que estuvieran en esta oportunidad “la gente de la dote”.

¡Y llegó la tan esperada mañana! Era un frío viernes, soleado. Según cuentan, el novio, un tanto nervioso, con traje oscuro, llegó temprano a la Iglesia con su mamá Irene, madrina de la boda.

Adentro todo era silencio, hacía frío, un ambiente lúgubre producto de los arreglos para el funeral. La familia de los novios, según comentaron, le pusieron alegría y entusiasmo para revertir el clima.

Al poco tiempo, llegó la novia con un vestido blanco veinte centímetros debajo de la rodilla, con un sombrerito blanco, del brazo de su hermano Pedro, el padrino. Como el pequeño altar para el casamiento estaba en la parte de atrás, la caminata de la novia, desde la puerta al improvisado altar, fue muy frustrante.

Mamá contaba que siempre había soñado con entrar a la Iglesia con su vestido blanco, caminar esos aproximados treinta metros hasta el altar, casarse ante Dios y, sobre todo, la caminata de vuelta, ya con su flamante esposo.

Lamentablemente, se contabilizaron dieciocho segundos para los diez pasos de la novia hasta el improvisado altar; para colmo,

tuvo que entrar por la puerta izquierda ubicada al costado, la puerta central estaba abierta para los otros feligreses con la finadita.

La boda se llevó a cabo en un ambiente familiar de mucha alegría. Ajeno al entorno, el sol entraba con llamativa luminosidad por los vitrales de atrás, mejorando notablemente la luz de la lúgubre escenografía.

Dicen que alguien le comentó a Felicidad que el Señor se acordó de lo que le había hecho el cura, iluminando milagrosamente el pequeño altar del fondo.

Con mamá hemos hablado bastante sobre su vida. En 2016, con sus 95 años, me contó que había salido con Marta (la señora que la acompañaba todas las tardes en su casa y, luego, en el hogar) a dar uno de sus paseos regulares por la ciudad en la silla de ruedas.

Me comentó con una mirada cómplice y vivaz que le había pedido entrar a la Iglesia: “Lo primero que hice cuando entré, fue mirar el pequeño altar al costado”. Me alegró que tuviera con quién compartir un acontecimiento tan lejano y querido de su vida.

Siguiendo con el casamiento, luego del clásico saludo en el atrio, todos se encaminaron al festejo, mientras comenzaban a sonar las campanas de la Iglesia en un tono cansino y espaciado, preparándose para la próxima ceremonia.

La novia, mientras se marchaba junto a su flamante marido en una Ford A, alcanzó a ver por la ventanilla trasera cómo avanzaban los negros caballos que precedían la pompa fúnebre que la habían dejado sin el altar.

Nunca supo de quién era el cortejo que le frustró el lugar, ahora no tiene sentido comentarle, tampoco tuvo la culpa “la finada”, la italiana María de Biassi viuda de Campitelli.

No se supo por qué se habría retrasado el entierro, la mujer había fallecido el 12 en Urdampilleta y habían tardado dos días en llevarla a la Iglesia, lo necesario para que la novia se perdiera el tan anhelado altar.

Las dos habían querido el visto bueno del Señor para el nuevo estado que iniciaban.



Felicidad y Héctor, mis padres, el día de la boda.

El fotógrafo tuvo tiempo necesario para la foto, aunque privó a la cámara y, por lo tanto, a nosotros, de la mirada frontal de la pareja.

A la novia leonesa ya se le notaba su personalidad y al novio, su bonhomía.

El festejo de la boda consistió en un pequeño y rápido ágape esa misma mañana.

¿Por qué todo fue tan breve? El único medio para viajar del ahora matrimonio, era el tren y salía a las 11 horas. A las apuradas, partieron con destino a Buenos Aires, donde pasarían sus ocho días de luna de miel.

En esa época, la noche de la boda no se acostumbraba a quedarse en el pueblo. El motivo era que la mujer, por lo general, no había tenido relaciones o, por lo menos, tenía que aparentarlo.

“Eso” se hacía en otro lugar, lejos de las miradas de las amistades, de los parientes y, sobre todo, de las vecinas que al día siguiente con miradas cómplices irían a verla para deducir entre ellas cómo habría sido la noche.

Ahora sí, todo se iba encaminando, no había que esperar ningún barco, teníamos a la última inmigrante casada, se aproximaba nuestra existencia, habían pasado 73 años desde que había llegado la primera inmigrante de Galicia, nuestra María con sus padres Lamaita y Desco desde Italia.

Yo estaba más cerca de nacer, detrás de Alberto y delante de Griselda.

Héctor Oscar estaba nuevamente en la Capital, como comenté, de chico había ido por un problema de su salud y no la había pasado bien.

Ahora tenía la revancha, esta vez sí, estaba pletórico de y por felicidad.

En Buenos Aires, de luna de miel, hizo tiempo para otra de sus pasiones: llevó a su esposa a ver un partido de fútbol; eso sí, a la tribuna popular, el presupuesto no daba para más. La cancha posiblemente haya sido la de Banfield, porque ese día jugaba con Estudiantes.

Dos décadas después y siguiendo con el fútbol, papá fue por última vez a la cancha, fue en la Boca, Estudiantes y el Milán de

Italia jugaban la final de la copa Europea Sudamericana. Lo acompañamos con mi hermano Alberto, recuerdo su alegría y emoción, aunque al final, perdimos la copa.

Tanto papá como yo teníamos la cábala de no escuchar y no ver a Estudiantes, porque si lo hacíamos, casi siempre perdía.

Con los años me desquité sobremanera, en el año 1968 fui a estudiar a La Plata, época en que Estudiantes ganaba casi siempre. Además, como el estadio me quedaba de pasada a la facultad, veía algunos entrenamientos de la primera del equipo.

Aunque, para decir verdad y volviendo a nuestro relato, no nos importaba mucho si la cancha era de Banfield u otra, a nosotros nos interesaba más el otro partido que se jugaba de a dos.

La otra cancha estaba impecable, a estrenar, faltaba ver qué pasaba con la efectividad del goleador.

Como se verá, todo llegó a buen puerto, valga la redundancia, después de tantos barcos de inmigrantes europeos.

Los españoles e italianos y sus descendientes se encontraron en múltiples azares para que nosotros pudiéramos tener la infinita suerte de nacer.

Inconmensurable suerte

Un último comentario fuera de tema, ahora que veo la frase escrita: “la infinita suerte de nacer”.

Para mí, este tema siempre ha sido de gran ayuda, fijate si te sirve.

Como habrás visto en todas las historias, hago bastante hincapié en los incalculables azares que fueron pasando.

Esos azares agregaron condimento a la pregunta existencial: “¿cómo y por qué me tocó a mí?”.

Recuerdo que décadas atrás, leyendo, reflexionando, me daban vueltas esas preguntas hasta que decidí tratar de ponerle cifras y adjetivar sobre la posibilidad “shakespeariana” de ser o no ser.

Buscando en la caja donde tengo todas las fotos, encontré fundamentalmente cuatro, con el foco puesto desde ángulos diferentes.

Una opción, muy conservadora en el cálculo, me dio que las posibilidades de nacer (tanto tuyas como mías) es de 1 en 134 mil billones de posibilidades.

La primera cuenta que había sacado, me dio 1 en 521 mil billones.

Estos cientos de miles de billones de probabilidades solo están circunscriptos al conteo de espermatozoides y óvulos fértiles, a través de cientos de generaciones hasta llegar a nosotros.

A estos números, les falta la tercera foto, la que saca todo el entorno, fuera del marco que la contiene, abriendo y direccionando el foco a las infinitas variables y azares que se tuvieron que dar de generación en generación para llegar a nosotros.

Todas las generaciones que nos antecedieron a nuestra familia actual, por cientos de años, tuvieron que sortear las innumerables guerras, las luchas por la subsistencia, los accidentes, las enfermedades de todo tipo que mataron a grandes porcentajes de la población: sarampión (200 millones), malaria, fiebre amarilla, tifus (4 millones, incluido un hermano de mamá, Arturo, cuando vivían en Domíz), cólera, la peste negra (entre el 30 y 60 % de la población europea), ébola, fiebre española (entre 50 a 100 millones), viruela (56 millones), más recientemente el HIV (25 millones), la mayoría prácticamente sin medicina. Sumando todas esas variables, las cifras se agrandan exponencialmente.

Si fijamos al máximo ese ángulo de la foto, se transforman en siderales las cifras ante las escasísimas y remotas posibilidades de encontrarse las dos personas únicas e irrepetibles y sobrevivientes de todos esos males, a través de generación en generación, por miles de años en todo el planeta hasta nuestros días, para poder llegar a la existencia tuya y mía.

La foto de este cálculo ya la podemos adjetivar: inconmensurable, prácticamente infinita.

El resultado de esta tercera foto nos dice que nuestras posibilidades de nacer, por poner números, es de 1 en cuatrillones, o quintillones...sextillones...

Si te ha quedado alguna duda de tu infinita suerte, tengo la cuarta foto macro, ahora en 360°, para terminar de convencerte.

Salgamos de las micro: de espermatozoides, óvulos, azares, guerras, enfermedades y vayamos a la macro.

Veamos nuestra existencia en el Universo, donde todo comenzó, la posterior evolución, hasta los imprescindibles microscópicos óvulos, espermatozoides, ADN, átomos...

Según la ciencia actual, todo comenzó hace 13500 millones de años atrás, con el Big Bang.

Nosotros somos consecuencia y parte de ese hecho.

El 97 % de la masa de nuestro cuerpo está formado por la materia de las primitivas estrellas.

Haciendo un pequeño resumen (según la ciencia por estos tiempos), aunque conocido, no deja de ser increíblemente fantástico, que sirve para lo que quiero decirte al final: “una estrella formada unos 3000 millones desde el inicio del todo y luego de cumplido su ciclo, explotó alrededor de 5600 millones de años atrás, dando posteriormente lugar a la formación de nuestro sistema solar, a cientos de millones de kilómetro de donde estás leyendo ahora.

El 99 % de la masa de nuestro cuerpo está compuesto por C, P, N, H, O y S, que, como vimos, nos llegó de esa estrella lejana que se formó 10 mil millones de años atrás, como consecuencia de la gran explosión.

Decía Carl Sagan: “el calcio de nuestros dientes, el nitrógeno en nuestro ADN, el hierro de nuestra sangre, estuvieron en otro

tiempo en el interior de esa estrella que explotó”. “Estamos hechos de polvo de estrellas”.

El carbono que nos llegó es el segundo elemento más abundante en nuestro cuerpo. Seguramente, nuevos descubrimientos de la ciencia darán resultados más exactos y algún nuevo enfoque que haga más inverosímil nuestra existencia, los cuales no cambian la esencia del tema.

Todos los organismos vivos que evolucionamos, en el único planeta habitable conocido, según la ciencia actual, estamos relacionados entre sí, todos descendemos del mismo antepasado bacteriano que comenzó unos 3500 millones de años atrás.

Todos los organismos desde las imprescindibles bacterias hasta los mamíferos modernos más grandes estamos formados por células que utilizan los mismos procesos químicos básicos y las mismas rutas básicas. El ADN y el ARN son la base de la reproducción y están presentes en todas las células de los seres vivos.

Como decía Stephen Hawking de nosotros: “solo somos una raza avanzada de monos, en un planeta menor de una estrella promedio, pero podemos entender el universo y eso nos hace muy especiales”.

En nuestra evolución actual, la ciencia estima que, algo menos de la mitad de nuestro cuerpo está compuesto por células humanas, el resto son microorganismos simbióticos, comensales o patógenos, bacterias principalmente, virus y hongos que también van evolucionando en forma de asociaciones dentro de nuestros cuerpos que se conoce como nuestro microbioma.

La evolución del Homo sapiens va ocurriendo arriba de una nave que ya ha superado el 70 % de su época más habitable, sobre un suelo vivo que, a los pocos kilómetros de profundidad, ya tiene 800 °C, y llega en unos miles de kilómetros, a los 6000 °C, temperatura similar a la capa exterior visible del Sol (dentro de nuestra galaxia, va a 1 millón de km/hora en dirección a otra galaxia más grande, Andrómeda, con la cual chocaremos dentro de 4500 millones de años).

No estamos quietos, vamos dentro de nuestra galaxia que gira sobre sí misma, tardando 1000 millones en dar una vuelta que se

desplaza a 2 millones de Km/h, a su vez nuestro sol va rotando sobre su eje y se desplaza dentro de la galaxia a 820 000 km/h, tardando 230 millones de años en dar una vuelta. Mientras tanto, nosotros en la Tierra, lo seguimos a nuestro sol con una órbita elíptica a 107 000 km/h y, para no aburrirnos, vamos rotando sobre nuestro eje a 1500 Km/ hora, según el lugar del planeta donde estemos, con una inclinación de 23.5 °, produciendo las cuatro estaciones anuales.

Vivimos “pegados a una estrella”, controlar el tremendo flujo de energía que brota hacia el espacio en el centro de ese horno nuclear y que no nos haga daño, depende de cosas increíbles que se fueron dando en la evolución por millones de años.

La Tierra tiene un poderoso campo magnético y eso es gracias a su núcleo parcialmente líquido.

El movimiento constante del hierro líquido crea una corriente eléctrica dentro del planeta que, a su vez, genera un campo magnético que se extiende hacia el espacio, envolviendo a nuestro planeta y protegiéndonos de la furia del sol como una burbuja de magnetismo gigante llamada magnetósfera.

A su vez, hay científicos que confirman a Júpiter como el “paraguas protector” de la Tierra, ya que atrae objetos errantes del sistema solar que pasan por sus proximidades.

Todo ocurre en medio de una oscura soledad, profunda, silenciosa, inhabitable, comparable en el universo a un granito de arena en un inmenso desierto, mientras tanto, vos estás participando de esta maravilla por unas cuantas décadas.

Cuando el Homo sapiens quiera seguir existiendo el día que desaparezca la tierra y vaya en búsqueda de otro lugar habitable, la estrella más cercana es la Próxima Centauri. Con la tecnología actual de la sonda espacial robótica Voyager 1 que sigue con vida, se necesitarían 70 000 años para llegar.

Para finalizar, esta última y larga foto macro solo tiene por objetivo convencerte de esta inverosímil y fantasiosa realidad que estamos viviendo.

Una en cuatrillones, quintillones, sextillones... son las posibilidades que tuviste de nacer, pero para que ocurriera esto, tuvimos

que evolucionar como especie en el universo y eso ocurrió en el último 0,0000259 del tiempo universal.

Un ejemplo práctico: si a la historia del universo (que sabemos hasta ahora), la llevamos a la escala de un año, el Homo sapiens aprendió a escribir el 31 de diciembre a las 23 horas, 59 minutos, 45 segundos, justo cuando se empezaba a escuchar el sonido de los corchos de la sidra para festejar el año nuevo.

Nuestro cuerpo sigue evolucionando, en el último siglo sobresale exponencialmente nuestra mayor fortaleza: el desarrollo cognitivo.

Necesitamos que pasaran 13 800 millones de años para que hoy estemos vos y yo por unas pocas décadas, disfrutando de esta realidad increíblemente mágica.

Un buen ejercicio existencial es mirar para arriba en una noche despejada, sin mucha luminosidad en derredor. Ahí está la eternidad, con su pasado.

Por ahí está la galaxia más cercana a nosotros, Andrómeda, con la que vamos a chocar. La vista diaria que tenemos de ella tarda en llegar a nosotros 2,5 millones de años a la velocidad de la luz, para tener una idea de las dimensiones y la mirada del pasado del Universo.

Otro buen ejercicio existencial es, en un día sin nubes, contemplar la bóveda celeste y el sol con sus fotones producidos por la energía de su fusión nuclear en su centro, que tardan más de 100 000 años en salir a la superficie y luego, solo 8 minutos en llegar a vos, poniendo el combustible para que comience o siga la vida en el planeta que nos da, aparte de vida, luz y calor.

Como vimos, todo es increíble, disfrutamos de nuestro Eros, eso sí, por lo general, siempre a hay un contra balance, un Thánatos que, en este caso, también se ha expresado.

Tengo información de una altísima fuente muy confiable, del mismo riñón de la madre Naturaleza que me dice: “Esto es todo para vos. Eso sí, mientras tanto, en tu camino, no estás solo, me tienes a mí, disfrútame”.

No quiero desilusionarte, no me hagas caso, pero me dicen que los dioses son inventos nuestros, sólo están por necesidad dentro de nuestro cerebro, igual que el cielo, el infierno, la eternidad, la reencarnación (quedaron exceptuadas las uñas reveldes).

Como te imaginarás, lo desmentí categóricamente y dejé de escuchar.

“¡Habrás visto, ese hereje!” diría mi madre.

Te comento para tu información, que todo esto lo he charlado en terapia, con varios psicólogos y coincidieron que no estaba loco, me tranquilizaron y por eso te hago todos estos comentarios.

Eso sí, siempre está la duda sobre si no lo hicieron para no contrariarme y seguir cobrando las abultadas consultas.

Después de tantos números y de largos comentarios, para poder convencerte, llegamos a lo que quería decirte:

Es necesario poner en el haber de nuestra vida, todas esas infinitas suertes que nos permitieron nacer. Si no lo haces, te perdés este inconmensurable crédito que te han dado con la vida, que no sólo te ayuda a que sea menos onerosa la existencia cuando tiene que pagar pérdidas, enfermedades o frustraciones en el transcurso de tu existencia, sino también, para disfrutar con mayor lucidez el paso diario por nuestra maravillosa y corta existencia.

Nos acompaña la increíble naturaleza llena de vida, de lógica que vamos descubriendo, que nos enseña y nos cobija.

Nietzsche, concordando con Thánatos, nos decía sobre la vida: “Amor fati” amor a lo que nos toca, no traicionar la vida, es la única te tienes, hay que gastársela toda, vivir el presente con entrega.

Concluyendo, como has visto, terminaste siendo una de las personas con inconmensurable suerte, elegida para disfrutar la vida.

Esas que han pasado de no existir para nadie, a ser esas... de la suerte infinita.

Como decía Shakespeare, “Ser o no Ser, esa es la cuestión”.

Pessoa, expresó en palabras mi sentir, “Para mí, ser es sorprenderme de estar siendo”.

Lo demás, está en vos...

Vuelvo a lo nuestro y con el compromiso firme de no irme más del relato familiar.

Resumiendo, los hijos de los gallegos Magín Real y Casilda Rodríguez formaron sus propias familias, con sus respectivas parejas e hijos: Engracia/ Díaz: Carmen, Carlos y Casilda; Ricardo/ Felisa: Susana y Ricardo; Carlos/ Ñata Diez: Cristina y Carlos; Andrés/ Vicenta Dongarra: Josefina, Andrés y Silvia; Elvira/ Agrí-

cola Martínez: Martha y Edgardo; Pedro/ Nelly Zabaton: Laura, Nelly y Guillermo; Felicidad/ H.O. Gallo: Héctor Alberto, Oscar Alfredo y Griselda María; Ángel/ Elyhester “Pely” Moretti: Miguel; Antonio/ no sé el apellido de su mujer: Antonio.

Con respecto a Ricardo, que vivía en La Madrid (adonde tenía su panadería El Sol), en sus últimos días, pude llevar a mamá y a Carlitos a una muy emotiva despedida. Lo último que le dijo dificultosamente a mamá que le daba ánimo con un “fuerza, que tienes sangre española”, fue “sangre gallega”, corrigiéndola.

A la vuelta, Carlitos y mamá estaban complacidos de haber ido a despedir a su respetado hermano. Pedro era el que más trato tenía con él y mamá lo había considerado prácticamente como a un padre, hasta el fallido intento de casamiento en La Madrid.

A continuación, la imagen de Ricardo, elegante, de modales delicados.



Ricardo, el hermano mayor de mi madre.

Todos los hermanos de mi madre que vivieron en Bolívar fueron muy unidos, periódicamente se reunían para charlar, para reírse, para jugar a las cartas, principalmente en lo de Andrés y en casa.

Ya grandes, después de un tiempo, cuando ya no trabajaba en la panadería de su hijo, lamentablemente Andrés se enfermó. Lo llevaron a un centro oncológico en La Plata, su última morada.

De Bolívar fuimos a Monte Grande a despedirlo, Pedro, Carlitos, mamá, Angelito y yo.

Vicenta se quedó a vivir en Monte Grande con sus hermanas. Luego de unos años, se fue a la casa de Beba hasta que su cuerpo le dijo basta.

Carlitos, todas las mañanas y por décadas, fue a casa. Se tomaba una media medida de ginebra mientras charlaba con mamá y a la tardecita, cuando volvía del campo, iba por la otra media. Los dos se esperaban siempre para charlar.

En los últimos años, le decía a mamá “gallega, yo me tengo que venir a vivir con vos”, ella le cambiaba de tema para disuadirlo. Una de las frases de Carlitos era “hay que cuidar la flauta porque la serenata es larga”. Siempre fue medido en todo, vivió 97 años.

Una de las últimas invitaciones de Carlitos a mamá fue: “vamos a España al Barco de Valdeorras y subimos caminando a Domíz, con una manzana”.

A él le no le disgustaba ir a morir en Domíz, la pérdida de su hijo fue determinante de una inmensa tristeza, tanto que lo acompañó hasta el resto de sus días.

Mamá no era de ir de visita, prefería que fueran a su casa, aparte de su familia también iban los Gallo.

Con los Rodríguez hubo mucho trato hasta el final, Angelito fue con quien más compartió desde chico con su primo Alfredo Rodríguez (hasta que se fue a Brasil).

Pedro, después de fallecer Jesús, llevaba a su mujer Agustina todos los domingos al campo.



Elvira, mamá, Carlitos y Angelito en la cocina, un día cualquiera, en la última época, jugando a las cartas.

A esa mesa, después de 80 años la heredé yo; sigue firme en mi cocina, con todas sus historias.

Las reuniones eran siempre familiares, exceptuando a Pedro que tenía también vida social fuera de la familia.

Recuerdo una anécdota de los gallegos y papá cuando fueron a Tandil a visitar a Elvira y a su esposo.

Conociendo los hermanos el volumen y la variación de los ronquidos de Andrés y sin decirle nada, lo mandaron a dormir con papá. Resultado: toda la noche papá estuvo levantado, creo que durmió algo en un auto, en la cochera. A la mañana siguiente, los otros gallegos se divertían por la situación.

Retomo por última vez para dar fin y siguiendo cronológicamente la vieja camada de hermanos Real, solamente queda mamá.

Elvira con 99 años partió en 2018; Carlitos con 97 años un tiempo antes. Ahora queda mamá, con 97 años, resiste en su cuerpo frágil, bastante lúcido, con ganas de seguir. En los últimos cumpleaños las dos hermanas se comunicaban dificultosamente por WhatsApp.

Todo tiene un final, después de tantos años de andar buscando las huellas dejadas por la familia, de convivir con sus historias, es hora de ir despidiéndome.

Han pasado casi dos siglos desde que tenemos alguna referencia de nuestras familias Gallo, Lamaita, Rubio, Descó, Comparata, y algo más de unos 150 años, los Real Rodríguez Delgado Álvarez, y un siglo de los González Rubio (la abuela paterna, Irene).

Esta fue una forma de recordarlos, de traerlos a la vida por un instante, de tenerlos, por lo menos, en un papel por si alguien pregunta por ellos.

Con añoranza, tanto los que conocimos como de los que nos hubiera gustado conocer, somos la continuación de ellos, hemos heredado sus genes, sus ejemplos de vida, su cultura, nos han ayudado a conformarnos como personas.

Es hora de enfocarnos en el presente y en el futuro.

Los hijos, los nietos, los bisnietos y demás familias, pertenecen a una historia actual. Todos somos viajeros, ellos serán nuestros herederos del tiempo en su viaje al futuro.

Estamos viviendo.

Oscar A. Gallo, 1987-2018

P.D. El 16 de octubre de 2019, con 98 años partió mamá, la última de las dos familias. Un mes atrás, cuando todavía se le entendía, antes de partir me dijo: “un cariño para todos y un cuidense”.

Este libro se imprimió en Impresiones Centro,
San Carlos de Bolívar en el mes de Mayo de 2024

